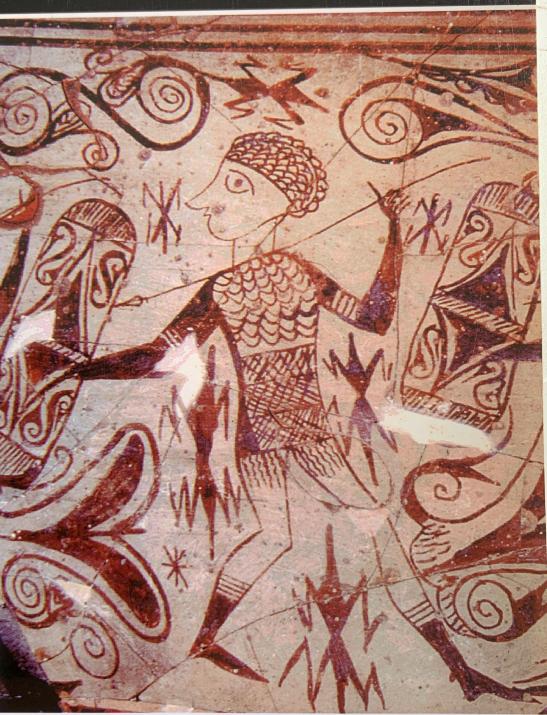
# HISTORIA MONETARIA DE HISPANIA ANTIGUA







C. ALFARO ASINS
A. ARÉVALO GONZÁLEZ
M. CAMPO DÍAZ
F. CHAVES TRISTÁN
A. DOMÍNGUEZ ARRANZ
P. P. RIPOLLÈS ALEGRE

# ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	1
ABREVIATURAS UTILIZADAS EN LA OBRA	17
CAPÍTULO I	
LA MONEDA GRIEGA Y SU INFLUENCIA EN EL CONTEXTO	INDIGENA
Marta Campo Díaz	II (DIGE) (II
1. LAS PRIMERAS EMISIONES DE EMPORION Y LOS INICIOS DE LA CIRCULACIÓN	N DN I A
PENÍNSULA	N EN LA.
Antecedentes en el contexto griego	1
Las fraccionarias de Emporion: entorno y evolución:	2
Primera fase, c. 450-425 a. C.	2
Segunda fase, c. 425-375 a. C.	2
Tercera fase, c. 375-fines siglo IV a. C.  Los inicios de la circulación monetaria en la península	2
	2
2. EL SIGLO III A. C. HASTA LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA	2
Emporion: la adopción de la dracma	3
Las dracmas del caballo parado  Las dracmas con reverso pegaso	30
Dracmas con el pegaso modificado	3
Las emisiones de Rhode	3:
Imitaciones galas de Emporion y Rhode	3
Función y circulación de las emisiones de Emporion y Rhode	3 3
3. DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA A LAS CAMPAÑAS DE CATÓN	4
Emporion ante la presencia de Roma	4
La respuesta indígena: imitaciones ibéricas de las emisiones de Emporion	4
Circulación de las emisiones e imitaciones de Emporion	4
4. <u>EMISIÓN Y CIRCULACIÓN DE LAS ÚLTIMAS DRACMAS DE EMPORION</u>	. 4
The state of the s	modulit
CAPÍTULO II	CURACIONE
AS EMISIONES FENO-PÚNICAS	
armen Alfaro Asins	
1. ANTECEDENTES Y CONFIGURACIÓN DE LA CULTURA FENO-PÚNICA	5
2. <u>AUTORIDAD EMISORA Y LOCALIZACIÓN GEOGRÁFICA</u>	<u> </u>
Autoridad emisora	5
Localización geográfica	52

	ASPECTOS TÉCNICOS DE FABRICACIÓN	
3.	Metrología y denominaciones	- 53
	Reacuñaciones	53
	Contramarcas	56
4.	ICONOGRAFÍA	57
	THE COUNTY OF TH	59
5.	EPIGRAFÍA  Letras y leyendas púnicas: topónimos y fórmula de acuñación	- 60
	Leyendas latinas: topónimos, nombres y magistrados	63
,	EVOLUCIÓN Y CRONOLOGÍA	63
6.		- 64
7.	LAS PRIMERAS EMISIONES (c. 300-237 a. C.)	_ 65
	Cuestiones generales, producción, circulación y tesoros	65
	Gadir Ybusim/Ebusus	66
		- 68
8.	LOS BÁRCIDAS EN IBERIA Y LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA (237-202 a. C.)	70
	Cuestiones generales, producción, circulación y tesoros	70
	El numerario cartaginés en <i>Iberia</i> (237-206 a. C.)  Las emisiones ciudadanas: <i>Gadir</i> , <i>Ybusim/Ebusus</i> , <i>Malaca</i> , <i>Seks</i> , <i>Baria</i>	72
	Otras acuñaciones de influencia cartaginesa	- 80
0.8	ADDRESS AGGRESS AGGRESS AS ASSAULT	85
9.	LAS CECAS PÚNICAS BAJO LA ÓRBITA ROMANA (siglo II a. C54 d. C.)	86
	Cuestiones generales, producción, circulación y tesoros  Gadir/Gades	86
	Ebusus	90 93
	Malaca	95
	Seks	97
	Abderat/Abdera	100
	Tagilit	102
	<u>Ituci</u>	103
	Olontigi  Las cecas llamadas "libiofonicia " A 11 A 2 2 2 2	104
	Las cecas llamadas "libiofenicias": Asido, Lascuta, Bailo, Iptuci, Oba, Turirecina, Arsa, Vesci Las cecas inciertas: 'ypbr, 'lbt'. Grupo con caballo y palma	105
	atoletius. ypor, tot . Orupo con caballo y palma	
CADÍT	TULO III	
LAS A(	CUÑACIONES IBÉRICAS Y CELTIBÉRICAS DE LA HISPAN	TERIOR
Almudei	na Domínguez Arranz	
1,	INTRODUCCIÓN	116
	Las monedas y al desertion	117
	Las monedas y el descubrimiento del alfabeto ibérico  El territorio ibérico y celtibérico	121
2.	LAS CECAS	124
	La ceca de Untikod	125
	La ceca de Untikesken entre los indigetes	

	Las cecas de los layetanos: Laieśken, Abafiltur, Iltirkesken, Ilturo, Lauro, Baitolo, Biluaon, Baśti, Ieśo y	1
	Ośkunken	_ 12
	Las cecas de los cessetanos: Kese, Kaio y Masonsa	_ 12
	Las cecas de los edetanos: Arse, Śaiti, Kili, Kelin. La ceca de Ikalesken	13
	Las cecas de los ausetanos: Auśesken, Euśti/Euśtibaikula y Ore	13
	Las cecas ilergetes: Iltirta, Arketurki y Eso	13
	Las cecas de los suessetanos y iacetanos: Sesars, Bolskan, Sekia y Iaka	13
	Las cecas vasconas: Baskunes, Bentian, Arsakos, Arsaos, Ontikes, Tirsos y Unambaate	_ 14
	Las cecas de los sedetanos: Seteisken, Saltuie, Kelse, Alaun, Lakine, Iltukoite, Otobeśken y Usekerte	_ 14
	La Celtiberia: cecas incluidas en la Celtiberia	_ 1:
	Cecas atribuídas a los lusones: Buísau, Karaues, Neítobis y Tuíiasu Cecas atribuídas a los belos y titos: Kontebakom Bel, Belaiskom, Belikiom, Bilbilis y Śekaisa	1:
	Las cecas ibéricas localizadas en la Galia Narbonense	1:
		1
	EL TALLER DE ACUÑACIÓN. CUESTIONES DE FABRICACIÓN	_ 1.
	El aprovisionamiento del metal	_ 1.
	El procedimiento de fabricación de las monedas  El sistema monetario ibérico y celtibérico	_ 1
	MUNICIPAL RICERCOM PARTE CAPALITY CONTROL	
	<u>ICONOGRAFÍA</u>	_ 1
	Hombres y dioses en las monedas ibéricas y celtibéricas	_ 1
	El tipo del jinete	_ 1
	El origen del tipo del jinete y su significación	_ 1
	Representaciones de animales y objetos	
j.	MARCAS Y CONTRAMARCAS	_ 1
	Marcas de valor y de emisión	- 1
	Contramarcas	_ 1
5.	LA EPIGRAFÍA	_ 1
7.	LA CIRCULACIÓN MONETARIA: LOS HALLAZGOS COMO FUENTE DE INFORMACIÓN	_ 1
8.	LA CRONOLOGÍA Y FUNCIÓN DE LAS MONEDAS IBÉRICAS Y CELTIBÉRICAS	
	Marin create at Goods plant. Sportle, Court Ocea Pano	
DÍ	TULO IV	
		7 01
SA	ACUÑACIONES IBÉRICAS MERIDIONALES, TURDETANAS Y DE	i SA
LA	A HISPANIA ULTERIOR	
cia	Arévalo González	
1.	EL ENTORNO DE LAS ACUÑACIONES	_
2.	LAS CECAS	080 -17
	Las cecas ibéricas meridionales: Kastilo/Castulo, ¿Iltiraka?, Florentia/Ilturir o Ilbirir/Iliberi, Urkesken	
	Las cecas turdetanas: Ipolka/Obulco, Monedas inciertas atribuidas a Obulco, Abra	
	La ceca de Salacia: ¿Ketouibon?/Salacia	

3.	CUESTIONES DE FABRICACIÓN  Lucar de emisión
5.	El proceso de acuñar y el volumen de emisión
	Monedas híbridas
	Reacuñaciones
	Metrología y denominaciones
4.	ICONOGRAFÍA
5.	EPIGRAFÍA
5.	Levendas
	Magistrados monetales
6.	CIRCULACIÓN MONETARIA
0.	Tesoros
	Hallazgos
~AP	ÍTULO V
	ACUÑACIONES LATINAS DE LA HISPANIA ULTERIOR
Francis	sca Chaves Tristán
1.	EL ENTORNO DE LAS AMONEDACIONES
	Delimitación del territorio
	La configuración de los pueblos indígenas
	Condicionamientos políticos y sociales
	Condicionamientos económicos  Organización invídico
	Organización jurídica
2.	LAS CECAS
	Cecas del valle alto y medio del Guadalquivir y del Genil: Iliturgi, Sacili, Ulia, Ventipo, Ilurco, Corduba, Carbula, Sisipo-Detumo, Celte, Sisapo, Halos, Urso, Ipora, Bora
	Cecas del bajo Guadalquivir y Corbones oriental hasta el Tinto
	Margen izquierda del Guadalquivir: Carmo, Cilpes, Searo, Callet, Salpens, Orippo
	That got detected det Guadallillylr' lling lice Cours Occast Initial
	Del Aljarafe sevillano al rio Tinto: Laelia, Lastigi, Ostur, Ilipla, Onuba  Cecas del Portugal actual
	Riberas del Guadiana: Dino Sirna Murtili Dane L.
	oosta attantica ilasia el viladiana. Incas
	Cecas de la sierra de Cádiz y Málaga hasta la costa: Carteia, Lacipo, Baicipo, Acinipo, Carissa, Nabrissa,  Otros area de la sierra de Cádiz y Málaga hasta la costa: Carteia, Lacipo, Baicipo, Acinipo, Carissa, Nabrissa,
	Otras amonedaciones  Cumbaria, Aibora, Ceret, Ugia  Otras amonedaciones
3.	STOPHIZAL IIIN IN I
3.	ORGANIZACIÓN DE LAS CECAS Técnicas
3.	Metrología
3.	recinicas

LA RI Al

C.
LA
Pe

4.	ICONOGRAFIA	
5.	I FYFNDAS MONETALES	<b>306</b> 306
	Leyendas alusivas al toponimo	307
	Magistrados	308
6.	CIRCULACION MONETAKIA	308
	Tesaurizaciones Hallazgos aislados	311
7.	FUNCIÓN DE LA MONEDA DE BRONCE	312
8.	EVOLUCIÓN Y CRONOLOGÍA	315
CAF	PÍTULO VI	
LAS	EMISIONES ROMANAS Y SUS IMITACIONES EN HISPANIA DURAI	NTE LA
REPU	ÍBLICA	
Alicia	a Arévalo González y Marta Campo Díaz	
1	LA MONEDA ROMANA-REPUBLICANA DE BRONCE Y SUS IMITACIONES (A. Arévalo)	318
	La presencia de moneda romano-republicana de bronce en Hispania	318
	Las imitaciones de moneda romano-republicana de bronce	321 322
	La moneda de imitación en Hispania	
2	DILITA CITATION OF A	<b>325</b> 325
	Antecedentes y características  Las guerras sertorianas	327
	La guerra civil entre César y Pompeyo	330
	César contra los hijos de Pompeyo	332
	La sublevación de los ceretanos	333
	The state of the s	
	PÍTULO VII	
LAS	ACUÑACIONES CÍVICAS ROMANAS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA (44 a. C	C54 d. C.
Pere .	Pau Ripollès Alegre	
AI 1	. <u>INTRODUCCIÓN</u>	335
2	2. LAS CTUDADES EMISORAS	337
	Noroeste	338
	Provincia Lusitania: Colonia Augusta Emerita, Municipium Liberalitas Iulia Ebora, Colonia Pax Iulia,	
		220
	Municipium Salacia Imperatoria, Baessuri(s)  Provincia Raetica: Laelia, Irippo, Municipium Iulia Constantia Osset, Municipium Italica, Colonia Hispalis	338
	Provincia Baetica: Laelia, Irippo, Municipium Iulia Constantia Osset, Municipium Italica, Colonia Hispalis	338
		338

	Colonia Valentia, Municipium Saguntum, Municipium Hibera Iulia Ilercavonia	
	Colonia Iulia Ilici Augusta, Colonia Valentia, Municipium Saguntum, Municipium Hibera Iulia Ilercavonia Colonia Iulia Ilici Augusta, Colonia Valentia, Municipium Emporiae, Municipium Ilerda, Colonia Victrix Dertosa, Colonia Iulia Urbs Triumphalis Tarraco, Municipium Colonia Caesaraugusta, Municipium Augusta Bilbilis, Dertosa, Colonia Iulia Urbs Victrix Osca, Colonia Caesaraugusta, Municipium Colonia Caesaraugusta, Municipium Colonia Victrix Osca, Colonia Caesaraugusta, Municipium Colonia Victrix Osca,	
	Dertosa, Colonia Iulia Olos Victrix Osca, Colonia Cacsaraugusta, Municipium Augusta Bilbilis,	
	Dertosa, Colonia Iulia Cies Iulia Victrix Osca, Colonia Caesaraugusta, Municipium Augusta Bilbilis, Iulia Lepida/Celsa, Municipium Cascantum, Municipium Graccurris, Municipium Calagurris Iulia, Municipium Turiaso, Municipium Ercavica, Municipium Osicerda, Municipium Segobriga, Segovia, Municipium Clunia, Municipium Ercavica, Municipium Clunia, Augusta	
	· · · · · · · · · · · · · · · · · · ·	
	Municipium Ciuna, Augusta  Tole[tum], Ebusus, Insula Augusta	346
	DE LAS CECAS	359
3.		362
4.		
5.	LUS IALLIAND VICE	366
6.	LAS DENOMINATED	367
7.	TO THE ACTION AND ACTION ACTION AND ACTION	371
8.		372
9.	LA TIPOLOGÍA	375
		375
	Reversos	377
10.	LAS LEYENDAS DE LAS MONEDAS	380
11.	LA FUNCIÓN DE LAS MONEDAS Y PROPÓSITO DE SU ACUÑACIÓN	383
12.	LA CIRCULACIÓN DE LAS MONEDAS PROVINCIALES ROMANAS DE HISPANIA	386
13.	EL CIERRE DE LAS CECAS	393
BIBL	IOGRAFÍA	רחו
2100	19 GIVIT II	397
ΔDÉN	NDICES	
ALLI		119
	I. Relación de cecas de la península ibérica y su localización geográfica	419
	II. Relación de nombres personales en las acuñaciones de la península ibérica	422
ÍNDI	CES	
	I. Índice de mapas	
	II. Índice de cuadros	
	III. Indice de gráfices	
	IV. Índice de figuras	

## CAPÍTULO III

# LAS ACUÑACIONES IBÉRICAS Y CELTIBÉRICAS DE LA *HISPANIA CITERIOR*

Almudena Domínguez Arranz Universidad de Zaragoza

## I. INTRODUCCIÓN<sup>(1)</sup>

El estudio de la numismática ibérica reviste un papel de enorme trascendencia para el conocimiento de los pueblos indígenas durante los siglos II y l a. C. Es un hecho patente que el uso del alfabeto y la moneda supuso un avance cultural notable en *Hispania*, marcando el diferente nivel de las poblaciones del área ibérica y céltica oriental, respecto a las de la céltica occidental que no acuñaron. Igualmente se advierten diferencias entre los pueblos del área mencionada y los meridionales que batieron moneda, con los que mantuvieron estrechos contactos a juzgar por la composición y distribución de los tesoros y por la circulación monetaria, no sólo respecto al uso o no de la plata, sino también a la escritura y tipología, como se podrá comprobar en los respectivos desarrollos.

En el capítulo I ha quedado demostrado cómo, a partir de la fundación de la colonia griega de *Emporion*, la moneda se comienza a usar en una pequeña área de *Hispania*, difundiéndose esta costumbre entre las poblaciones del noreste peninsular. En un principio se dedican a copiar los prototipos que llegan de *Emporion* y *Rhode* y de las demás colonias griegas del Mediterráneo, para más tarde, entre finales del siglo III a. C. y principios del siguiente, producir sus propias monedas con tipología indígena y leyendas ibéricas.

Para el siglo II a. C. se puede decir que contamos ya con un sistema monetario indígena basado en la plata y el bronce, aunque no todas las ciudades pusieron en marcha sus talleres al mismo tiempo. Éste es, no obstante, el período más complejo de estudiar por los pocos datos cronológicos, aunque sabemos que por entonces la mayor parte de las cecas locales inician y están desarrollando su producción. Se crea entonces el denario ibérico que, como se verá, ejerció en Hispania una función de enorme importancia en el terreno fiscal y en la financiación de los gastos militares.

<sup>1.</sup> Quiero expresar mi agradecimiento a P. de A. Escudero, A. Pereta Aybar y P.P. Ripotlès por sus correcciones y sugerencias al texto

Por la misma época, en la Galia, surgen las primeras acuñaciones célticas que imitan las de las ciudades griegas donde los mercenarios de esta región habían prestado sus servicios (Siracusa, Tarento, Cartago) y se copian las estáteras de oro de Filipo II de Macedonia.

En la península italiana y Sicilia la moneda romana era la dominante, únicamente las ciudades-estado independientes de esta isla producían valores de bronce con tipos locales e inscripciones griegas, mientras en la península sólo *Paestum* -antigua *Poscidonia*- conservó las acuñaciones cívicas, aunque ya en este momento con leyendas latinas.

En el primer cuarto del siglo I a. C. algunas ciudades despliegan una gran actividad desde sus talleres. Son las que sufragan los gastos bélicos derivados de las guerras sertorianas. Tras la batalla de *Herda* van surgiendo acuñaciones locales que, gradualmente, incorporan el latín a sus leyendas. Un proceso similar sucede en Italia, donde las áreas que eran antes ricas en monedas griegas (o sus imitaciones indígenas) acaban realizando unas pocas series locales de bronce, aunque éstas también fueron romanizadas hacia el final del período republicano.

#### Las monedas y el descubrimiento del alfabeto ibérico

Los iberos aparecen en la historiografía en fecha relativamente reciente, en principio de la mano de la lingüística y la filología y más tarde de la arqueología. Inesperados descubrimientos en el suelo hispano potencian estos estudios desde una perspectiva arqueológica y etnológica, primero bajo la dirección de investigadores extranjeros, más tarde desde instituciones creadas en el propio país.

A principios del siglo pasado surgieron las primeras tesis sobre el vascoiberismo. Durante el resto de la centuria los esfuerzos de filólogos y epigrafistas como E. Hübner, que venían trabajando en la recopilación de las inscripciones latinas e indígenas, se centraron en establecer las bases del iberismo, mientras los especialistas en numismática se ocupaban de definir los centros de emisión de monedas ibéricas iniciando las primeras identificaciones de las letras del signario ibérico (Delgado, Zobel de Zangroniz, de la Rada y Delgado).

No obstante, al no disponer de datos arqueológicos suficientes y siendo fragmentario y tardío el carácter de las fuentes literarias, fue inevitable que las discusiones desembocaran en propuestas absurdas, hoy ya superadas, como buscar el origen de los iberos en la mítica Atlântida o en los continentes vecinos, dentro de un modelo difusionista, propio de una época en la que la política imperialista desarrollada por Europa occidental le permitía ejercer su superioridad sobre los territorios colonizados.

Para finales del siglo, en el suelo hispano, se descuhrirán los primeros hallazgos importantes de la cultura ibérica (la Dama de Elche, las esculturas del Cerro de los Santos, etc.). Desde entonces se inició una interesante labor comparativa entre éstos y otros elementos conservados en colecciones particulares con los llegados desde el otro extremo del

Mediterráneo a los museos europeos, siendo fácil establecer la asociación de los iberos con los pueblos indoeuropeos de Oriente que, en contacto con las culturas griegas y púnicas, adoptarían un alfabeto derivado del fenicio, introducióndose posteriormente en la península. Dentro de la misma tendencia de buscar sus raíces fuera del territorio hispano, el propio Bosch Gimpera planteó su origen africano.

Compartidas y ampliamente razonadas por Édouard Philipon fueron las tesis indoeuropeistas, en discreta polémica con su maestro M. d'Arbois de Jubainville. El trabajo de Philipon sobre la onomástica de las lenguas indoeuropeas le condujo a concluir que la formación nominal y los sufijos aproximaban bastante la lengua ibérica a las de los pueblos arios. Deducción que se produjo en un ambiente general de escaso conocimiento de las lenguas indoeuropeas, en el que se consideraba a los vascos como los antepasados de los iberos y sus lenguas pertenecientes a la familia de las lenguas aglutinantes. Philipon discrepaba de las ideas vasco-iberistas de la escuela alemana y la defensa que ésta hacía de la descendencia de los iberos, ahora bien, si uno de los aciertos del lingüista francés fue su rechazo a las etimologías entre el vasco y el ibérico, no así su defensa a ultranza del origen ario de la raza ibérica. En efecto, entonces la influencia de los estudios clásicos y próximo-orientales era extraordinariamente fuerte, amen de que las investigaciones de Gómez Moreno eran aún desconocidas.

No cabe duda que el descubrimiento de los signos con valor silábico, algunos ya intuidos por Zobel de Zangroniz, y las equivalencias establecidas por Gómez Moreno, fueron determinantes para la lectura de los textos ibéricos y la concepción del mapa lingüístico de la península.

Es un hecho, pues, que el conocimiento de la moneda ibérica y celtibérica ha ido unido al estudio de la lengua y del alfabeto y no se puede entender uno sin el otro, siendo los eruditos decimonónicos los que dieron los primeros pasos hacia el discernimiento de una lengua desconocida que, aún sin que logremos traducir sus textos en la actualidad, ha alcanzado niveles de comprensión impensables para nuestros antepasados. La profundización en el estudio de las monedas que presentaban leyendas en esta grafía no se haría esperar y su observación minuciosa proporcionaría pistas a Gómez Moreno para ir desgranando signo a signo el alfabeto.

Efectivamente hasta las postrimerías del siglo XIX no se mostró un auténtico afán por conocer la moneda ibérica, estando entonces la atención de los estudiosos enfocada preferentemente hacia el desciframiento del alfabeto, si bien hubo intentos anteriores de interpretación de éste último por parte de Antonio Agustín (1517-1586), Fulvio Orsini (1529-1600) y Juan de Lastanosa (1607-1684), cuyo Museo de las medallas desconocidas españolas tuvo una gran difusión entre los coleccionistas y eruditos de la época, y sobre todo a partir del XVIII. Un ensayo numismático de entonces fue el de Mahudel (1725), que aunque no tuvo demasiado éxito, planteó por primera vez el tan debatido problema del argentum oscense a partir de la lectura de Tito Livio. Desde este momento se emprendió la labor de traducción de los epígrafes conocidos, llegando a identificaciones erróneas de algunos rótulos monetales, pero también a aportaciones importantes. El principal empeño de autores del dieciocho, como Martí, Mayans, Pérez Bayer, Velázquez de Velasco, el

padre Flórez y López Bustamante, fue asignar unas equivalencias a los "caracteres desconocidos", bien mediante el método comparativo con otros alfabetos, como habían sugerido sus antecesores, bien tratando de descubrir el funcionamiento de estos signos dentro de un sistema de escritura, como defendió Gregorio Mayans,

Velázquez de Velasco planteó una propuesta acertada sobre las correspondencias de las letras a, e, l y s a partir del alfabeto griego y, en su Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas (1752), reconoció los alfabetos turdetano, hoy denominado ibérico meridional, celtibérico, que vendría a ser el ibérico levantino, y fenopúnico. Para él, casi todas las monedas con alfabeto celtibérico se encontraban en la Tarraconense. Por su parte, Martí, en desacuerdo con el sistema comparativo como esquema válido para interpretar los signos ibéricos, diferenció un alfabeto antiguo hispano de otro púnico o cartaginés.

No tardarían en aparecer las primeras obras con pretensiones de tratados numismáticos, como el Examen de las medallas antiguas atribuidas a la ciudad de Munda en la Bética de López Bustamante que constituyó en su día la primera tentativa de elaborar un catálogo de monedas ibéricas. Mientras que el padre Flórez, en sus tres volúmenes de Las Medallas de las Colonias, Municipios y Pueblos antiguos de España, secundado más tarde por autores como Sestini, Grotefend, Saulcy y Boudard, profundizaría en la identificación de algunas cecas con sus ciudades actuales.

A. Delgado reunió un buen número de materiales numismáticos en el Nuevo Método de Clasificación de Medallas Autónomas de España (1876), la primera recopilación de monedas de los pueblos indígenas de la península ibérica, continuada por sus discípulos Pujol y Camps, Heiss, Zobel de Zangroniz y Hübner, autor éste muy conocido por su Corpus Linguae Ibericae. Aun siendo obvios los errores de Delgado en el reconocimiento de algunas cecas, sin embargo, por lo que respecta a la cronología, hizo un serio intento de aproximación a la realidad de las acuñaciones ibéricas, situándolas entre los años 218 y 41 a. C.

No cabe duda que de todas las obras que se originaron hasta las primeras décadas del siglo XX, La Moneda Hispánica (1924-1926) de A. Vives es la que tuvo una mayor repercusión y ha logrado mantener mayor vigencia, al menos como obra de referencia. Sin embargo fueron las aportaciones de M. Gómez Moreno, epigrafista y excelente conocedor de la numismática hispana, las que representaron un papel más relevante en la evolución de los estudios de numismática ibérica. La principal novedad que aportó este autor fue la constatación del carácter semisilábico de la escritura, es decir unos signos silábicos y otros alfabéticos en el sistema de escritura ibérica, que permitiría avanzar en las transcripciones de los epígrafes monetales.

Rechazó la interpretación de sus signos ibéricos a partir de los alfabetos griego o rúnico, aceptando la diferenciación de los sonidos oclusivos silábicos de las labiales, dentales y velares, aunque sin admitir una coincidencia gráfica entre sonoras y sordas como se creía hasta entonces, lo que le llevó a reconocer hasta dieciséis signos disponibles en el ibérico. A través de los epígrafes Iltirta, Kili, Bilbilis, Śekobirikes, Erkauika, Uśamus, Lauro e Ilturo logró identificar las cinco vocales, las consonantes y, más tarde, los signos con valor silábico, llegando a relacionar varios letreros con topónimos conocidos por las fuentes latinas, además de apuntar con bastante acierto la localización de algunas cecas. El primer investigador en aplicar su tabla de equivalencias fue G. Hill en sus estudios sobre la *Hispania Citerior* y la Galia Narbonense. Sobre esta sólida base, los trabajos posteriores de J. Untermann, A. Tovar y J. de Hoz contribuyeron sobre todo a diseñar los diferentes territorios lingüísticos ibéricos y de la lengua celtibérica.

Con estos precedentes rectificar los problemas planteados en torno al reconocimiento de algunas cecas, debido a la lectura errónea que anteriormente se había hecho del alfabeto, representó la principal preocupación de buena parte de los autores de las primeras sintesis y manuales de numismática general y del mundo antiguo (entre otros, F. Mateu y Llopis, O. Gil Farrés y A. Beltrán) que aparecieron en torno a los años cincuenta y sesenta, sólo superados en el presente por los Monumenta Linguarum Hispanicarum de Untermann que, más que un trabajo centrado en la epigrafía y lenguas de Hispania, como pudiera parecer a primera vista, representa sin duda el mejor estudio sobre la moneda indígena.

Hoy asistimos a una perspectiva más crítica de la investigación que pasa por la revisión de los materiales insuficientemente valorados y el estudio y la correcta publicación de otros nuevos. Existe una mayor preocupación por abordar los problemas de circulación y del volumen de producción de cada ceca, gracias a un conocimiento más preciso de los materiales de base: los hallazgos monetarios de procedencia conocida y los provenientes de excavaciones o sondeos realizados en yacimientos arqueológicos. Trabajos pioneros en esta línea fueron los de R. Martín Valls y E. Llobregat. El primero ofrecía por primera vez un análisis de la circulación ibérica, además de intentar explicar su distribución por áreas geográficas y talleres, aduciendo motivaciones de índole económica principalmente. En cuanto al análisis de Llobregat, centrado en la zona alicantina, anunciaba otros estadios similares sobre áreas o yacimientos concretos. Aunque insuficientes, han ido apareciendo monografías o trabajos más detallados sobre las cecas (Abařiltur, Arse-Saguntum, Bolškan, Eřkauika, Ikalesken, Iltirta, Kelin, Kese, Untikesken, Usekerte), además de estudios de conjunto sobre áreas de mayor amplitud, como los del Valle Medio del Ebro de A. Domínguez y la Tarraconense Mediterránea de P. P. Ripollès.

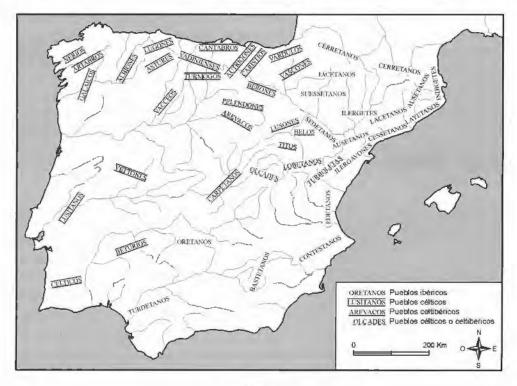
Explicar la cronología de las emisiones ibéricas continúa siendo uno de los principales y más difíciles problemas, aún no resuelto satisfactoriamente a pesar del gran avance conseguido gracias a estudiosos, como M. Crawford, responsables de la comprobación de buena parte de las dataciones tradicionalmente asignadas. Revisiones que han alcanzado una gran trascendencia sobre todo en el caso de los tesoros que comprenden moneda romana e ibérica.

Así pues, en el presente, los objetivos de la numismática ibérica en el ámbito de la Hispania Citerior se centran básicamente en dos. Por una parte aplicar la metodología y técnicas de investigación que se han ido perfilando en los últimos años. Gracias a un examen más riguroso de los hallazgos y mejor conocimiento de los conjuntos atesorados o perdidos, principalmente los vinculados a yacimientos o áreas arqueológicas, se puede alcanzar una mayor precisión del marco cronológico en el que surgieron estas acuñaciones. Por otra, en la definición de los patrones metrológicos, con más reservas en la moneda de bronce que la de plata, a causa de las dificultades que conlleva efectuar su seguimiento por sus características y técnica de fabricación.

Por otra parte, y éste es el segundo objetivo, integrar estas acuñaciones generadas entre los siglos III y I a. C. en el contexto histórico y político en el que se produjeron, el de la conquista y organización administrativa provincial romana, es vital para comprender las razones de su puesta en marcha y su función dentro de un ambiente en el que cada vez se imponía con más fuerza la cultura romana.

#### El territorio ibérico y celtibérico

En el siglo V a. C. se tiene constancia escrita de la existencia de los iberos y de *Iberia*, siendo desde entonces utilizados estos términos con diferentes matices en cuanto a su dimensión geográfica. Avieno llamaba así a todos los pueblos de la costa desde el Júcar al *Orano* (identificado con el Ródano), mientras Hecateo con el mismo término englobaba a diversos habitantes de Occidente. En cualquier caso, por lo menos hasta Polibio, se entiende por *Iberia* la península y por iberos los pueblos del litoral mediterráneo (mapa 11).



Mapa 11
Pueblos ibéricos, célticos y celtibéricos de la península

Casi todos los autores entre los siglos I a. C. y IV d. C. coincidieron en mostrar unas poblaciones englobadas dentro del dominio romano que habían asimilado las influencias de diferentes grupos culturales. No obstante es una información escasa y desigual, que plantea un grave problema en la reconstrucción del ámbito espacial de las poblaciones célticas e ibéricas en los últimos siglos antes del cambio de Era, ya que entonces era bastante habitual, por los pactos de colaboración con los romanos, la alteración de los límites territoriales. En efecto, asistimos a la expansión de los sedetanos, centrados originalmente entre los valles de los ríos Martín y Guadalope, hasta el núcleo de Kelse, en el Ebro, al desplazamiento de las fronteras de los ilergetes hacia el oeste absorbiendo la mencionada ciudad, entre los siglos III y II a. C., y a la ampliación del saltus Vasconum que, restringido primitivamente a la montaña y somontano al norte de Pamplona, pasó a ocupar parte del territorio de sus vecinos celtíberos y suessetanos, de tal forma que la celtibérica Kalakorikos, quedó circunscrita a la órbita vascona desde la etapa sertoriana.

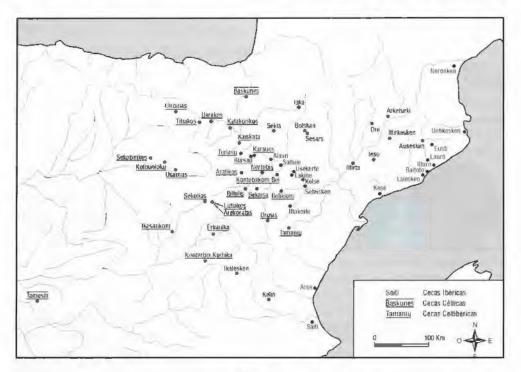
Así las cosas, las referencias literarias, los vestigios de cultura material y los testimonios lingüísticos son los que permiten delimitar el ámbito geográfico de los pueblos indígenas de la Citerior que, en líneas generales, se extendía a lo largo de la costa mediterránea y su hinterland y, siguiendo el curso del Ebro, se adentraba en la Meseta, con una prolongación al otro lado de los Pirineos para incluir la Galia Narbonense. Mucho más complejo es definir la zona de contacto de los pueblos ibéricos con los célticos y de los diferentes territorios étnicos dominados por la lengua celtibérica, es decir concretar los límites occidentales de los pueblos ibéricos, sedetanos, ilergetes y suessetanos, o bien los orientales de los belos, titos, lusones y arévacos. Esta línea pudo estar, en el parecer de Untermann, en la cuenca del Ebro, entre la desembocadura del Jalón y la zona oriental del curso alto del Jiloca. Los topónimos y antropónimos recogidos en estas fuentes, pero sobre todo en los epígrafes monetales, han facilitado esta tarea de delimitación de las áreas dominadas por ambas lenguas, ibérica y celtibérica, porque por lo general tanto unos como otros respetaron su propio ámbito, con muy pocas excepciones. Tal es el caso de Bilbilis o Calagurris, topónimos de apariencia ibérica (no Kalakorikos que es como se escribe en las monedas indígenas conservando el sufijo céltico) que, por su situación geográfica y seguramente por su lengua, deben ubicarse en suelo celtibérico.

Entre los pueblos que acuñaron en la Citerior, el ilergete fue sin duda el de mayor importancia y extensión a tenor de las numerosas citas relacionadas con la segunda guerra púnica y la sertoriana, otros fueron los suessetanos, iacetanos, indigetes, ausetanos, layetanos, cessetanos, sedetanos y edetanos. Los suessetanos, junto con los berones y celtíberos, eran poblaciones célticas pero lingüísticamente vinculadas a los iberos, de tal forma que, como los vascones, utilizaron la grafía ibérica en los epígrafes de sus monedas. Asimismo las fuentes nombran expresamente a unos celtíberos citeriores entre los que incluyen a los belos, titos y lusones.

La dificultad que entraña fijar el emplazamiento de bastantes centros de acuñación de cada uno de estos grupos, se debe principalmente al limitado número de emisiones que se pusieron en circulación y también a la falta de actividad tras el período republicano. Sabemos que unos núcleos desaparecieron y otros fueron absorbidos por sus vecinos mayores en tamaño o importancia y que pocos consiguieron el estatus de municipium en

época imperial. Por ello, la identificación de los topónimos monetales con ciudades actuales no siempre se ha resuelto de forma satisfactoria, ya que muchas localizaciones basadas en la simple homofonía toponímica han conducido a errores importantes. Mayor seguridad proporciona, sin embargo, la coincidencia o similitud con nombres latinos cuando éstos se conservan en las fuentes. A falta de argumentos seguros, los criterios numismáticos han supuesto una gran ayuda en esta compleja tarea. En efecto, la semejanza entre los tipos o los símbolos utilizados por distintas cecas o la distribución de los respectivos hallazgos monetarios por un área específica puede aportar alguna pista sobre su posible ubicación o por lo menos su aproximación a una territorio concreto.

A ciertas cecas se les puede atribuir un lugar seguro gracias al conocimiento de su correspondiente topónimo latino y, a veces, de sus vestigios arqueológicos, como Saltuie-Caesaraugusta, Turiasu-Turiaso, Bolskan-Osca, Arse-Saguntum, Kese-Tarraco. Sin embargo, a otras, aún conociéndose éste, no es posible asignarles un emplazamiento fijo, como la ciudad de los Śekisanoś seguramente la Segisama de las fuentes escritas, de ubicación incierta. Hay leyendas monetales que se pueden vincular no sólo con ciudades latinas, sino también con epígrafes escritos sobre otros materiales, como Lutiakoś, relacionado con la Lutia mencionada por Apiano, a poca distancia de Numantia, y con un Lutiakei en grafía ibérica sobre el bronce de Luzaga (Sigüenza), localidad donde casualmente se halló la primera moneda de esta ceca. Otros epígrafes simplemente contribuyen a corroborar los de las monedas, es el caso de los de Arekoratas, en el bronce de Luzaga y en una



Mapa 12

Localización de las cecas ibéricas, célticas y celtibéricas de la Citerior

tessera de bospitalidad celtibérica, Belikiom, en un monumento funerario, y Orosis, en el santuario de Peñalba de Villastar, estudiados por A. Tovar, J. de Hoz y F. Burillo.

De bastantes ciudades de la Celtibería tenemos conocimiento únicamente a través del rótulo monetal (Kaisesa, Karalus, Letaisama, Louitiskos, Oilaunikos, Olkairun, Okalakom, Roturkom, Samala, Titum). Su ausencia en las fuentes literarias y epigráficas podría deberse a su origen, consecuencia del desarrollo urbano que se produjo después de las guerras celtibéricas, pero que, sin embargo no llegaron a sobrevivir a los conflictos del siglo I a. C.

Ahora bien, si resulta problemática la concreción del espacio geográfico, mayor dificultad presenta la delimitación del territorio político de cada una de las *civitae*, ausente la información textual en este aspecto, considerando además la amplitud en la dispersión de sus monedas, que muchas veces se solapan o estaban al servicio de las ciudades sin ceca (mapa 12).

#### 2. LAS CECAS

Los centros de acuñación ibéricos no estuvieron localizados en un lugar fijo, o por lo menos no durante todo el tiempo en el que mantuvieron su vigencia. La aparición de objetos relacionados con la fabricación monetaria alejados del núcleo emisor, como cospeles, patrices o punzones, supone una confirmación de que las operaciones no estaban centralizadas, sino que existían talleres móviles y tanto los utensilios como parte del personal especializado que se ocupaba de las diferentes fases podían desplazarse y, de hecho, así parece que ocurrió en tiempo de guerra.

Los epígrafes son un buen testimonio de que casi un centenar de estos centros estuvieron funcionando en la *Citerior* entre los siglos II y 1 a. C., pero indudablemente su actividad no se desarrolló al mismo tiempo, sino que más bien estuvo supeditada a las circunstancias políticas y a su proximidad a las áreas de conflicto. Es decir que, en último término, estuvieron vinculados a los movimientos de los ejércitos romanos en el interior del suelo hispano. De manera que los más cercanos al litoral mediterráneo o territorio inmediato, en su mayor parte situados en los ámbitos indigete, layetano, cessetano, edetano, ausetano e ilergete, se pusieron en marcha muy pronto, mientras los restantes talleres se tueron incorporando a la actividad a lo largo del siglo II a. C. y sobre todo entre el período que va desde las guerras celtibéricas a las sertorianas.

El final de las amonedaciones se produjo antes de concluir el período republicano, si bien en ningún modo ello implicó la desaparición de la moneda indígena, por el contrario, sabemos que los denarios continuaron circulando en la península ibérica con otras monedas romanas durante bastante tiempo después, utilizándose incluso contramarcados en época imperial. Pero el hecho de que no se presenten nunca junto a otros romanos en tesorillos de áreas extrapeninsulares, hace suponer que no tuvieron el mismo carácter que la moneda republicana, siendo su circulación estrictamente local, y el destino de los que fueron llevados por algunos generales romanos a su regreso a Italia debió ser la recuperación del metal para su refundición y posterior uso por la ceca de Roma.

Tampoco la producción monetaria fue continuada, sino intermitente, como lo demuestran las emisiones conocidas. Aunque éste es un tema ciertamente difícil de precisar en nuestro caso, puesto que, como veremos, no siempre es posible ordenar y sistematizar las series ibéricas debido principalmente a la ausencia de referentes cronológicos. Es factible pensar que si el hecho mismo de la acuñación estuvo relacionado con los períodos de conflictos, sería en estos momentos, ante necesidades concretas, cuando los talleres trabajarían a pleno rendimiento y fundamentalmente los más importantes, mientras que en los períodos de tranquilidad continuaría circulando la existente, sin incorporare nuevos ejemplares. También el volumen de producción de algunas ciudades tuvo que ser necesariamente mayor para facilitar numerario a las situadas en su entorno que no disponían de taller.

#### La ceca de Untikesken entre los indigetes

Las monedas con leyenda *Untikesken* (Vives 13, MLH A.6) son las que representan a este grupo, cuya capital estuvo situada en el lugar ampuritano de L'Escala (Girona) coincidiendo con la ubicación de la antigua colonia griega *Emporiton*. Le precedió un importante número de emisiones, anepígrafas o con la leyenda en griego y, a su vez, a la ceca ibérica le sucedió otra latina cuando Augusto la convirtió en municipio romano de *Emporia* en torno a los años 27 a 25 a. C.



En las emisiones ibéricas no se hace mención a la ciudad sino a sus habitantes, los indigetes. Al igual que en *Kese*, la diferenciación de emisiones se puede realizar a través de los distintos símbolos incorporados: el ánfora, el caduceo, la corona, la mariposa, la palma, el toro, la Victoria y la proa en los ases, y la cornucopia, la corona y el creciente en los divisores. Las figuras de Palas Atenea ocupando el anverso y de Pegaso con la cabeza modificada el reverso constituyen el nexo de unión con la tradición anterior y las cívicas que les suceden (fig. 92).







Fig. 95

Conforme a la sistematización de Villaronga, el taller comenzó a producir moneda de bronce en abundancia después del 195 a. C., a juzgar por la presencia de sus monedas en los hallazgos atribuidos a estos primeros años del siglo II. Hasta el 133 a. C. aproximadamente llega muy escasamente el numerario republicano al área emporitana, en contra de lo que era normal en los años precedentes, evidenciando "tal vez la temprana pérdida del papel de cabeza de puente de Roma en Hispania tras la fundación de Kese que pasa a ocupar su lugar", como afirma Ripollès. Las primeras emisiones de Untikesken siguieron el sistema uncial romano, adoptando como reversos: Pegaso en la unidad, el toro en el semis, el león en el cuadrante y el caballo en el sextante, con diferentes símbolos complementarios (la corona, la comucopia y el caduceo). Desde el punto de vista metrológico las siguientes emisiones continuarán dentro de la órbita romana respetando las sucesivas devaluaciones de su patrón (figs. 93, 94 y 95).



En los años centrales de la centuria se produjeron varias modificaciones, como añadir los símbolos del pequeño toro embistiendo, la proa, el creciente o el ánfora y los nombres personales Eterter, Serkir y Luki (fig. 96). Es de destacar la modificación de los reversos que se verificó en la serie tercera de la clasificación de Villaronga, donde el león pasó a caracterizar a la unidad, el hipocampo al semis, el gallo al cuadrante y el jabalí al sextante, que vemos también en la emisión de peso más reducido con los nombres de Iskerbeles, Iltirarker, Luki, Tiberi y Atabels (fig. 97).

Para la segunda mitad del siglo y primera del siguiente se verificó una drástica reducción de sus valores permaneciendo únicamente el as y el semis, con patrón paralelo al uncial reducido primero y semiuncial desde comienzos del siglo I a. C., con una modificación tipológica al incorporar las representaciones de la Victoria sobrevolando a Pegaso y la proa como símbolo en los reversos.

Las cecas de los layetanos: Laieśken, Abafiltur, Iltifkesken, Ilturo, Lauro, Baitolo, Biluaon, Baśti, Ieśo y Ośkunken

A este grupo se asignan las cecas de Laieśken, Abafiltur, Iltifkesken, Ilturo, Lauro, Baitolo, Biluaon, Baśti, Ieśo y Ośkunken, en su mayor parte de localización desconocida, que produjeron moneda en diferentes momentos del siglo II a. C. Los aspectos iconográficos más sobresalientes se refieren a la diadema o láurea que con frecuencia ciñe la cabeza del anverso, a veces adornado el cuello con un torques con terminación zoomórfica. El jinete se muestra enarbolando una palma, con la excepción de Ilturo y Ośkunken donde es sustituida por una lanza. Es de notar que algunos de los símbolos asociados a las figuras principales se ven también en Kese, como la punta de lanza, el caduceo, el casco y el timón.

Se han vinculado a este grupo las inciertas *Biluaon* y *Basti* (Vives 73, MLH A.29), conocidas únicamente a través de unos divisores, con cabeza masculina en el anverso y caballo galopando en el reverso. *Osunken* u *Oskumken* (Vives 24, MLH A.32) pudiera estar entre el Vallés y el Maresme, acuñó ases con el jinete lancero. *Ieso* (Vives 14, MLH A.10), capital de los *iessonensis* (*Plin*. III, 23) y ubicada posiblemente en Guisona (Lleida), acuñó dos emisiones de ases con el jinete con palma diferenciadas por los símbolos de la clava o la palma en la parte posterior de la cabeza de los anversos.





Fig. 98

Laiesken (Vives 8, MLH A.13) es el centro que ha conservado el nombre de la etnia que debió ocupar un amplio territorio de la Cataluña actual con límites que van desde la costa, apoyándose en el Llobregat, hasta el norte del Noia, el sur de los Pirineos y el este del Segre. Este topónimo se conserva en los epígrafes latinos Anniae Laietanae yPraefectus Orae maritimae Laietanae. Tradicionalmente vinculada a un supuesto asentamiento indígena precedente de la romana Barcino, hoy no se acepta esta ubicación por falta de pruebas arqueológicas o documentales, no existiendo otra propuesta. Representan a la ceca dos emisiones de ases, con sus divisores mitad y cuarto, acuñadas desde poco antes de mediados del II a. C., diferenciándose entre sí principalmente por el estilo de la primera, más próximo al clasicismo, mientras que la emisión de la segunda mitad del siglo ofrece cuños de peor arte. Los anversos se caracterizan por la representación de la cabeza masculina, ceñida a veces por la corona con lemniscos, incorporándose el símbolo de la punta de lanza en las emisiones más recientes. El reverso del as ofrece el jinete con la palma, el del semis el caballo con la láurca encima y el del cuadrante el medio pegaso (fig. 98).

Abariltur (Vives 93, MLH A.27) emitió solamente moneda fraccionaria y, aunque se desconoce su situación puesto que las únicas piezas difundidas hasta ahora ban sido halladas en Ampurias y en Burriac (Cabrera del Mar, Barcelona), es atribuida a la zona catala-

na por la adopción de tipos similares a los de otras cecas del mismo ámbito, como el toro, el caballo y el delfín. El toro ocupó el reverso de los semises y sextantes, en estos últimos también figuró el caballo, su protome o el delfín y en los cuadrantes el caballo. Por otra parte la presencia de la leyenda Ban del anverso relaciona a esta ceca con las ausetanas. Se le han atribuido unas pequeñas piezas anepígrafas con la misma cabeza masculina del anverso y el toro por reverso.





Fig. 99

A Baitolo (Vives 15, MLH A.8) se le supone el antecedente de la ciudad romana de Baetulo, nombrada por Mela y Plinio e identificada con la actual Badalona (Barcelona). Acuñó ases con el jinete con palma, cuadrantes con el medio pegaso y un singular sextante con el delfín hacia la derecha y encima la leyenda de la ceca y la marca de valor representada por tres palos verticales (fig. 99).

La dispersión de los hallazgos monetarios de *Iltifkesken* (Vives 10, MLH A.19) conducen a situar este taller en Solsona (Barcelona), aunque también se ha propuesto *Dertosa* (Tortosa). Un antecedente de sus series de ases, semises y cuadrantes ibéricos es la dracma de imitación emporitana con leyenda *Iltifkesalir*. Se conoce una emisión de mediados del II a. C. figurando el jinete con la palma en las unidades, el caballo en los semises y el medio pegaso en los cuadrantes. Las emisiones atribuidas a la segunda parte del siglo y principios del siguiente no modifican la iconografía aunque incorporan el signo n como marca en los anversos.









Fig. 101

En cuanto a *Ilturo* (Vives 7, MLH A.11), en apoyo de su situación en la mencionada Burriac están unos epígrafes descubiertos en esta localidad con el topónimo latino *ILVRO*. La ceca emitió poco antes de mediados del siglo II a. C. ases, semises, trientes y sextantes. En los anversos se representó la cabeza orientada hacia la derecha, con alguna excepción hacia el lado contrario, figurando sobre los reversos de los respectivos valores el jinete lancero (as), el caballo (semis), la pareja de delfines sinistrógiros o hacia la derecha, enfrentados entre sí, con la leyenda entre ambos (triente) y el delfín con dos glóbulos (sextante) (fig. 100). Los anversos llevan aparejados además los símbolos del jabalí, la oreja o el casco y el delfín. En la segunda mitad del siglo dejó de acuñarse el sextante, siendo sustituido por el cuadrante con el tipo del medio pegaso, y ya en los últimos años desapareció también el triente.

Se ha planteado cierta confusión en la situación de la ceca de Lauro (Vives 1, Ml.H A.14), ya sea en la costa levantina, catalana o en la Bética, según se interpreten las citas literarias que la mencionan. Según Plutarco y Orosio hay una Lauro relacionada con la victoria de Sertorio en el año 76 a. C. que se ha identificado con Lliria (Valencia). Otras referencias aluden a la captura de Cn. Pompeyo en Lauro tras la batalla de Munda que, por consiguiente, estaría en la Bética. Por su parte Plinio cita otra Lauro junto a los layetanos, tarraconenses y baleáricos.

En la actualidad, los hallazgos numismáticos, repartidos principalmente por las comarcas del Vallés y el Maresme, y el topónimo medieval *Laurona* inducen a situarla en Llerona (Barcelona). Se conocen ases, semises y cuadrantes, con la cabeza del anverso adornada con el torques, a veces cubierto el cuello por el manto, pudiendo añadirse a veces el caduceo, el cetro o la clava para diferenciar las emisiones (fig. 101). En el valor inferior también figura la venera como tipo principal y la marca de los tres puntos. La cara opuesta muestra el jinete con la palma (as), el caballo galopando (semis), el medio pegaso o el delfín (cuadrante).

#### Las cecas de los cessetanos: Kese, Kaio y Masonsa

Los ilergetes del área de Tarragona fueron desplazados por los cessetanos, a la par que se producía la diferenciación entre los ilergetes y los ilergavones. Así se percibe en Plinio que cita a los cessetanos en la región de Tarragona (III, 21), lo que significa la sustitución de los grupos anteriores por los habitantes de Kese, que es ciudad que acuñó moneda. Este topónimo reemplazó al ibérico de Tafakonsalir presente en las dracmas de imitación emporitana y que curiosamente reaparecerá en las monedas que se producen en época imperial con el rótulo latino TARRACO.

Kese (Vives 20 y 25, MLH A.12) fue una de las cecas ibéricas más activas en el ámbito del noreste durante la ocupación romana. Para fijar el comienzo de sus acuñaciones se barajan dos alternativas, según Villaronga antes del 211 a. C., en relación con la segunda guerra púnica, mientras para Knapp sería de un momento inmediato al 195 a. C. Sea una u otra fecha, sus emisiones mantuvieron una larga duración hasta el siglo I a. C., a lo largo de la cual se ajustaron a dos patrones metrológicos, el cartaginés y el romano. Acuñó todos los valores de bronce desde el as a la uncia y en plata el denario y el quinario, destacando en general por su gran calidad artística y por la perfección técnica que las hace obras próximas a las griegas.

La primera emisión se distingue de las que le siguen por su patrón de peso bajo (8/9 g), adaptado del cartaginés vigente en la península, y la ausencia de marcas de emisión o de valor en sus piezas. Según Villaronga comprende un único nominal utilizado con valor de semis. Todavía en la primera mitad del siglo II, se introdujeron modificaciones en su estructura monetaria completando la serie de divisores hasta la uncia, los cuales se irán ajustando a las oscilaciones que el patrón fue experimentando, influenciado a su vez por las variaciones que estaba sufriendo el romano en vigor, e incorporando el denario y su



Fig. 102



fracción. A partir de esta emisión, hasta principios del siglo I a. C., la adición de símbolos (ánfora, bueranio, caduceo, oreja o casco, cetro, cornucopia, clava, espiga, láurea, haz de rayos, maza, palma, proa, punta de lanza, timón) y puntos representativos de cada valor (entre cuatro y uno), suponen una excelente ayuda para ordenar las distintas emisiones que se van sucediendo (figs. 102 y 103).



En las últimas emisiones, los símbolos figurados son reemplazados en muchos casos por signos vocálicos, silábicos o combinación de ambos (a, l, bal, be, a, ta, te, ti, tu, tiki, titas, ns. ku, il), además de introducirse la leyenda Kesse (fig. 104). Algunas de estas figuras secundarias fueron copiadas por otras cecas de los ausetanos y layetanos, como Ausesken (la espiga), Eusti (el ánfora), Laiesken (la punta de lanza), Iltirkesken (la palma), Ilturo (la oreja o el casco), Lauro (el caduceo, el cetro y la espiga) y Baitolo (el timón).

Sus anversos se caracterizaron en general por la cabeza masculina desnuda, a excepción de unos cuadrantes y uncias en los que aquella se muestra con un singular tocado alado o petasus (fig. 105).



Fig. 107



Fig. 108



En cuanto a los reversos, es uno de los talleres que mayor diversidad iconográfica presenta, a saber, la figura del caballero con la palma en el as (fig. 106), llevando un segundo caballo en el denario y quinario (fig. 107), el caballo galopando o piafando en el semis (fig. 108), pastando en el triente (fig. 109), saltando en la uncia, además del hipocampo (fig. 110), el gallo o el perro en el cuadrante y el delfín en el sextante.

Es excepcional un as de bronce con el epígrafe griego ANTINOOΣ OKTIAIO y letra ibérica cu en al anverso, sin variar el reverso señalado. Ripollès le atribuye una cronología de mediados del siglo II a. C. basándose en la sistematización de la ceca que elaboró







Fig. 109

Villaronga, pero es nuestra opinión que el mismo hecho del bilingüismo y la buena factura del grabado puedan ser razones para adelantarla a principios del mismo siglo.

En el mismo territorio cessetano pudieron estar las inciertas *Kaio* (Vives 66, MLH A.82) y *Masonsa* (Vives 22, MLH A.15), si nos atenemos a la similitud de sus tipos y símbolos con los de la ceca anterior, así el jinete con la palma en el reverso y el timón del anverso que en *Masonsa* recuerdan a otras emisiones de *Kese*, o bien el caballo piafando o pastando de los divisores de ambas cecas.

### Las cecas de los edetanos Arse, Saiti, Kili, Kelin. La ceca de Ikalesken

No hay duda de que las ciudades de *Arse*. *Śaiti*, *Kili* y *Kelin* quedaban integradas en la *Edetania*. Por su parte, *Ikalesken* permanece sin concretar su localización, quizás en la parte septentrional de la *Bastetania*, aunque muy vinculada a este mismo territorio, razón por la cual hemos optado por estudiarla dentro del mismo apartado. Para Estrabón los edetanos se ubicaban en la parte meridional de la Celtiberia (III, 4, 12), aunque en otros pasajes los confunde con los sedetanos. No obstante ser tardía, la fuente más importante para su estudio es Plinio que conoció bien esta región cuando ejerció su cargo de procurador de la *Citerior*, adscribiéndola al territorio entre los ríos *Sucro* (Júcar) y *Udiva* (Mijares) (III, 20), con su centro en *Hedeta* (actual Lliría).

En las postrimerías del siglo III a. C., finalizando la presencia púnica en la península, Arse (Sagunto, Valencia) y Saiti (Játiva, Valencia) comenzaron a emitir sus dracmas y a renglón seguido las series ibéricas basadas en el as y el denario. Más tarde se incorporaron a la actividad Ikalesken, Kelin y Kili. A excepción de Ikalesken y Kelin, todas las demás cecas presentan algunos rasgos comunes que las separan de la mayoría de las ibéricas y celtibéricas en cuanto a su tipología, más influenciada por la griega y romana, y al bilingüismo de las emisiones más tardías, respondiendo ello a la más temprana latinización del territorio.

La ceca de Arse (Vives 17-19, MLH A.33). Conocida por sus monedas y a través de Ptolomeo que la menciona entre los edetanos, junto al emporio griego de Sagunto (II, 6, 62), fue la ciudad que más numerario produjo en este territorio desde el último tercio del siglo III hasta el I a. C., continuando las acuñaciones más tarde como municipio de Saguntum hasta Tiberio. La monografía de Villaronga y las más recientes contribuciones de García-Bellido y Ripollès, principalmente, han permitido ordenar las emisiones.

La serie con la que se inicia la actividad del taller arsetano, identificada por la imagen femenina con casco corintio (para Villaronga Palas o Roma) plasmada en casi todos los anversos de las monedas, incluye dracmas, hemidracmas y hemióbolos con diversas leyendas escritas en alfabeto ibérico y una metrología ajustada al patrón ponderal indígena (2,99 g). Es tema de discusión su cronología, posterior al 212 a. C. para el mismo autor, en relación con la liberación de la ciudad por los romanos, mientras que Mª P. García-Bellido propone un momento inmediato al 218 a. C. cuando se encontraba bajo el poder cartaginés, basándose fundamentalmente en la presencia de estas piezas en el tesoro sevillano de Montemolín y su ausencia en otras ocultaciones posteriores, repartidas por las áreas valenciana y catalana principalmente, en las que, sin embargo, aparecen las series siguientes con la representación de Hércules. Por su parte, Marchetti, Crawford y Ripollès coinciden en fijar la acuñación con anterioridad a la ocupación bárcida de la ciudad, constituyendo un argumento más en su defensa el descubrimiento de uno de sus divisores en el tesoro de Villarrubia de los Ojos (Ciudad Real).









Fig. 111

Fig. 112

La iconografía de los anversos de las dracmas responde a la cabeza femenina galeada y la de los reversos a la rueda con la inscripción Arsesken o el toro andrósopo con Arseetar encima y, en algunos casos, también Arsakiskuekiar (fig. 111). Característica del anverso de la hemidracma es la cabeza de caballo con este último letrero alrededor, mientras del reverso lo es el toro andrósopo y Arseetar en la parte superior. A esta misma serie se atribuyen tres divisores de plata con valor posiblemente de hemióbolos y uno de bronce: a) el delfín en el anverso y Arsetar en el reverso, escrita de abajo arriba y de izquierda a derecha, a veces retrógrada; b) la cabeza femenina galeada en el anverso y el prótomo de caballo en el reverso con Arseetarkiterter; c) un tercer divisor con la misma tipología, para Villaronga y Ripollès anepígrafo, mientras García-Bellido propone la leyenda Arsakiskuekiar; d) por último está el único divisor de bronce con la venera como anverso y la proa de nave como reverso, escribiéndose debajo Arseetar (fig. 112).

A continuación se batieron las series de plata que presentan en el anverso la cabeza de Hércules, a veces laureada, mostrando su lado derecho o izquierdo, y en el reverso el toro normal o andrósopo y la leyenda Arskitar. Los símbolos del delfín, el creciente, la estrella o la flor trilobulada han permitido a Villaronga establecer grupos distintos (las clases II a VII, tipos I y II).

A mediados de siglo apareció la serie de monedas de bronce del jinete: ases, cuadrantes y sextantes con metrología romana y el topónimo *Arse* en el reverso. La cabeza con el caduceo situado detrás en el anverso y el guerrero con lanza en el reverso representaron a la unidad. El cuadrante adoptó la venera por anverso y el delfín por reverso, con su marca de valor de tres puntos y, a veces, el creciente, además del letrero *Aiubas* completo o reducido al primer signo. El sextante siguió la misma tipología, pudiendo estar asociado a los símbolos astrales y al signo epigráfico a.



Ya en el último tercio de la centuria se redujeron las emisiones a los ases y los cuadrantes. En las primeras series perduró el tipo de la cabeza con casco y se introdujo la característica proa sobrevolada por la Victoria con el caduceo delante (fig. 113). Además del rótulo ibérico se incorporaron los nombres personales de *Ikofbeles* y *Balkakaltur* en el mismo alfabeto (fig. 114). En los cuadrantes no se manifiesta ninguna variación significativa en cuanto a los cuños, a no ser la presencia ahora de los signos indígenas ai. A continuación se incluyó el nombre de la ciudad romanizado, en la forma *SAGVNTINV* (*NT* o *NTV* en nexo), o abreviado, conservándose en algunas piezas el epígrafe ibérico en el reverso, junto a otros nombres personales: *CS*, *CSMQ*, *MQ*, *Q*, *VALERI*, *M*, *AE*, *PVCA*, *CAPV*, *C*, *AE*, *L*, *BMP*, *MA*, *MB*, colocados tanto uno como otros indistintamente en el anverso o en el reverso. Las emisiones siguientes, con las mismas figuraciones, no muestran sin embargo el rótulo *Arse*, haciéndose en ellas más evidentes las nominaciones de los magistrados desarrolladas en latín, en algún caso con indicación del cargo: *CN*, *BAEBI*, *GLAB*, *L*, *CALPVRN* (*AED*), *M*, *FABI*, *AE* (*D*), *M*, *AEMILI*.



Villaronga adscribe al siglo I a. C. los ases con la efigie galeada y la proa, además de los magistrados ibéricos Builakos y Balkaltur y los latinos M. AEM (ERCOL), Q. POPIL, M. ACIL, L. SEMPR. VETTO, L. FABI. POST, pudiendo aparecer las dos leyendas Arse y SAGVNTVM en el mismo reverso (fig.115)

La ceca de Saiti (Vives 10, MLH A.35). El núcleo que precedió a Játiva siguió una trayectoria paralela a la saguntina, ejecutando en el último tercio del siglo III a. C. sus emisiones de didracmas, dracmas (fig. 116) y hemidracmas con la leyenda ibérica Saitabietar y una tipología influida por modelos greco-púnicos, como se ve en la cabeza de Hércules acompañada de sus atributos en el anverso y el águila con las alas explayadas en el reverso.

Para mediados del siglo II a. C. se batieron las emisiones ibéricas del jinete con todos los valores de bronce y las leyendas ibéricas Saiti y Saitir. Las amonedaciones que llevan



el primer epígrafe presentan la cabeza masculina diademada de estilo clásico en el anverso de la unidad y de su mitad, constituyendo el jinete lancero y el caballo los reversos respectivos, con los símbolos de la palma y los dos ángulos detrás de la cabeza. El medio pegaso, la venera y el delfín constituye la iconografía característica de los valores más pequeños, cuadrante y sextante. El grabador mostró una mayor originalidad en los cuños de las fracciones de las emisiones con la leyenda Saitir, sin modificar los de las unidades a no ser la incorporación esta vez del cetro como símbolo. Ocupa el anverso del semis la rodela vista de lado, con la inscripción Ikoritas, y el reverso el amorcillo montado sobre el delfín. La iconografía de los cuadrantes es más variada: a) coinciden las mismas figuraciones del valor anterior pero reduciéndose el peso y el módulo; b) los símbolos astrales en el anverso y el amorcillo sobre el delfín en el reverso con las leyendas Saiti y Saitir; c) por último, la proa con las letras latinas V e I en el anverso y el águila con insecto en el reverso, además de la leyenda Saitabi (figs. 117, 118 y 119).

Las emisiones de la segunda mitad del siglo incluyeron ases y semises con la misma efigie masculina y el símbolo del cetro en las unidades, apareciendo en el reverso de éstas el jinete con la lanza en ristre y en el de los divisores el caballo galopando.



Por fin, las acuñaciones bilingües pusieron fin a la actividad del taller sobre mediados del siglo I a. C. Lo más notable, aparte del jinete con la palma, es la coincidencia en la misma pieza de la leyenda latina SAETABI en el anverso y Saiti en el reverso (fig. 120).

La ceca de Kili (Vives 2, MLH A.34), de localización incierta, debió estar también en la Edetania a juzgar por la proyección de sus hallazgos. Su período de actividad se exten-

dió entre la segunda mitad del II y mediados del I a. C., produciendo ases con el tipo del jinete con palma y cuadrantes con la venera en el anverso y el delfín en el reverso. Como las demás batió emisiones bilingües a mediados del siglo I a. C. con el topónimo latino GILL.

De Kelin (Vives 91, MLH A.94), ubicada en el lugar de Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia) se conocen solamente ases con el jinete lancero por reverso y semises con la representación del toro.

La ceca de Ikalesken (leída también Ikalosken o Ikalkunsken) (Vives 90, MLH A.95). Para su ubicación no contamos de momento con una propuesta clara, a pesar de que algunos autores, fijándose principalmente en los signos epigráficos e, s y ke, además de la abundancia de denarios que intervienen en los ocultamientos de Sierra Morena, la sitúan en la Ulterior. Hay, sin embargo, otros elementos que influyen en su aproximación más hacia la zona levantina, concretamente hacia la parte septentrional de la Bastetania o suroeste de la Edetania, como es la tipología y la distribución de la mayor parte de los hallazgos con moneda de bronce. A. Martínez sugiere el sur de Cuenca o la parte septentrional de Albacete por donde se distribuyen la mayor parte de las monedas de bronce y Villaronga Iniesta o Arcas (Cuenca), de donde procede un importante tesorillo de denarios. De cualquier forma lo que sí es seguro es que Ikalesken constituyó en este territorio oriental la ceca con mayor producción de monedas de plata, después de Arse y Śaiti, erigiéndose en el principal centro abastecedor de un amplio sector carente de estas acuñaciones entre mediados de siglo II y principios del I a. C.



Es cierto que los hallazgos plantean algunas dudas acerca de su localización en una u otra de las provincias hispanas, al igual que la grafía meridional de su leyenda. Sin embargo, en líneas generales, su iconografía coincide con la de las cecas con alfabeto ibérico del norte, a excepción de ciertos detalles también documentados en cecas de la *Ulterior*, que vamos a comentar (fig. 121). Efectivamente la escena de decursio figurada en los denarios, con algunas variaciones de contenido, es en esencia la misma que ilustran los de Kese y copiaron los quinarios de Turiasu. Sin embargo, a diferencia de las mencionadas, el jinete se muestra desde su costado izquierdo, sosteniendo un escudo redondo con umbo central como en Ituci y Carissa, a la par que sujeta por las bridas un segundo caballo. Es la misma orientación que el grabador eligió para el lancero de los ases, así como para el caballo y jabalí respectivamente de los semises y cuadrantes. La incorporación en el anverso de las letras latinas Q y CNF distingue a los ases y semises de la última emisión, conservando los denarios sin embargo la misma tipología de las anteriores (fig. 122).

#### Las cecas de los ausetanos: Ausesken, Eusti/Eustibaikula y Ore

Para los ausetanos, P. Jacob ha propuesto la existencia de dos grupos con el mismo nombre, uno circunscrito a la comarca de Vich (Barcelona), el otro, próximo al Ebro, podría haber pertenecido lingüísticamente a los celtíberos primero y belos más tarde, siendo en tal caso el que habría tomado parte en los sucesos ocurridos en este territorio en la transición del siglo III al II a. C., juntamente con los ilergetes, suessetanos, sedetanos, lusones, belos y titos.

No obstante estas apreciaciones, tradicionalmente se atribuyen a los ausetanos de la comarca de Vich las cecas de Ausesken, Eustil Eustibaikula y Ore, que emiten a lo largo del siglo II a. C.





Fig. 123

En Auśesken (Vives 3, MLH A.7) se conserva el nombre del grupo, tradicionalmente identificado con Ausa, ciudad que fue aliada de los cartagineses y por ello sitiada por Cn. Escipión, el Africano, en el 218 a. C. Reaparece con el nombre de Ausona en el siglo VII y como condado con este mismo nombre, a fines del XII. Aún careciendo de pruebas documentales o numismáticas seguras, en la actualidad se identifica con la actual Vich por homofonía con el topónimo medieval Vicus Ausoniensis. Es el único centro ausetano que batió denarios, además de ases, semises y cuadrantes, reconocidos respectivamente por el jinete con la palma, los denarios y ases, y el caballo y el medio pegaso los divisores. Es de notar el uso de la palma y el jabalí como símbolos en el as, el primero también en el semis y el delfín en el cuadrante (fig.123).

En Eusti o Eustibaikula (Vives 4 y 5, MLH A.9) se establece una alternancia en el uso del topónimo en las monedas, completo o abreviado. Las únicas referencias a este pueblo o su capital son las de Ptolomeo, que menciona una Baecula, ciudad de los ausetanos (XII, 6, 69), y la de Plinio que se refiere a los baeculonenses (N.H. III, 23). Sin embargo de la primera parte del topónimo no sabemos nada. Los hallazgos monetarios la aproximan al grupo de los ausetanos, mientras que los tipos de sus piezas la vinculan al grupo "centrocatalán" de la sistematización de Villaronga, pudiendo localizarse hacia el sur de Vich. Se reconoce una emisión de ases, semises, cuadrantes y sextantes con similar tipología que Ausesken, utilizando en su simbología también el jabalí y el delfín. El ánfora diferencia a los mismos valores de la segunda emisión.

En cuanto a Ore (Vives 6, MLH A.31), de localización incierta, acuñó ases y semises sin alejarse de los tipos reseñados para las cecas precedentes, introduciendo sin embargo el toro como símbolo. Los escritores clásicos mencionan a unos oretanos en Andalucía, pero ni la tipología ni argumentos de otra índole permiten dar por buena esta situación.

Habrá que considerar la propuesta más reciente de Pérez Almoguera en Orrit, cerca de Isona (Lleida), la *Orretum* documentada sobre una inscripción *aesonense*.

#### Las cecas ilergetes: Iltirta, Arketurki y Eśo

Mencionados por primera vez por el historiador y geógrafo griego Hecateo, los ilergetes fueron protagonistas de numerosos episodios bélicos. Livio describe la región en sucesivos pasajes como un campo de batalla entre romanos y cartagineses, entre los años 217 y 215 a. C., y a sus pobladores apoyando unas veces a los romanos y más frecuentemente hostigando a sus aliados sedetanos y suessetanos.

En su Naturalis Historia, Plinio sitúa en una mención la regio Hergetum después de la Cosetania (III, 21) y en otra hace a los ilerdenses dependientes jurídicamente del Convento Cesaraugustano (III, 24). Los primeros serían los ilergetes de la Segarra, es decir los que conservaron el topónimo monetal Htirkesken (entre los layetanos), y los segundos los ilergetes del Ebro que utilizaron en sus monedas el epígrafe Iltiría.

Esta agrupación de pueblos consiguió dominar un gran territorio, desde los Pirineos hasta el Ebro, en vecindad con los layetanos por el este y los sedetanos y suessetanos por el oeste. Procedentes de los antiguos *Heragautes*, establecidos en la costa, la primitiva población debía estar originalmente más extendida hacia el este, ocupando la zona de *Tarraco*, donde más tarde fue reemplazada por los cessetanos, produciéndose la diferenciación entre ilergetes propiamente dichos e ilergavones, próximos éstos a la desembocadura del Ebro, con centro en *Dertosa* (quizás *Htirkesken*). El límite con los sedetanos quedaba establecido entre las Bardenas Reales y los Monegros y con los suessetanos por el curso del Gállego. La línea septentrional seguía hasta los llanos de Urgel y por el curso del Segre hasta alcanzar la confluencia con el Ebro conformaba su límite oriental. *Herda* (Lleida) y *Bourtina* (Almudévar, Huesca), fueron sus ciudades más importantes, además de *Atanagrum*, de localización incierta.

La ceca de Iltifta (Vives 13, MLH A.6.01). Se conocen abundantes monedas de plata y bronce de este núcleo que precedió al municipio hispanolatino, el cual volvió a acuñar en época augustea con el rótulo ILERDA. Las series monetarias de Iltifta, que nada tienen que ver con las de Iltiftesken, como en principio se creía, se iniciaron y desarrollaron casi paralelamente a las más antiguas de Untikesken y Kese, manifestando una gran proyección e influencia por la Cataluña interior y el valle medio del Ebro. En coincidencía con la segunda guerra púnica, emitió dracmas imitando las emporitanas y divisores de plata según el modelo masaliota, con gran variedad de leyendas: Iltiftar, Iltiftasalir, Iltiftasalirban e Iltifta, que perduraron en su numerario con tipología ibérica.

En la transición a la segunda centuria comenzó sus acuñaciones propiamente ibéricas hajo el mismo patrón cartaginés utilizado por Kese. Son ases, semises y cuadrantes, con los reversos del lobo, el león y el jabalí y la leyenda Iltiria, incorporando las marcas del



creciente y los cuatro glóbulos en el semis y cuadrante respectivamente. La cabeza masculina es común a todos los anversos (figs. 124, 125 y 126).

A continuación y todavía dentro de la primera mitad del mismo siglo, se ejecutaron, según Villaronga, dos emisiones paralelas, una continuista de la anterior con idéntico patrón e iconografía, mientras la otra adoptó la del jinete y el sistema metrológico romano. La emisión dependiente del sistema romano estaba constituida por denarios, quinarios, ases, semises, cuadrantes y sextantes.



Los valores de plata utilizaron la representación varonil rodeada por los tres delfines en el anverso y el jinete vestido con el manto llevando la palma en el reverso, añadiendo además el rótulo *Iltirtasalirban*, mientras en los de bronce figuran distintos reversos en función del valor encarnado: el jinete en el as y el caballo en los divisores, diferenciándose éstos últimos entre sí por las marcas del creciente, la estrella y los dos puntos (figs. 127 y 128). Esta emisión perduró hasta las guerras sertorianas (80-72 a. C.), momento en el que la ceca reanudó su actividad de nuevo bajo el patrón cessetano, si bien ligeramente devaluado, y el tipo del lobo, degenerando notablemente la calidad artística de los cuños.



Se acuñó una curiosa serie de semises en los que la efigie del anverso fue sustituida por el rótulo del topónimo colocado entre el creciente y la cabeza de lobo, adoptando el caballo por reverso (fig. 129).

Menos información hay de Eso (Vives 23, MLH A.17), que batió ases con el caballero con la palma, quizás próxima al ámbito local de Iltirta y de Arketurki (Vives 8, MLH 28), cuya ubicación se la disputan la Seo de Urgel (Lleida) o algún núcleo del Bajo Aragón. En opinión de Pérez Almoguera es más verosímil la primera atribución, haciendo derivar el actual topónimo Urgel del ibérico *Urki*. Burillo, por su parte, resalta el parecido de las primeras emisiones de *Arketurki*, posiblemente del siglo II a. C. —el jabalí por símbolo en el anverso y el lancero en el reverso—, con las más antiguas de *Ausesken*, en tanto que las posteriores —los delfines junto a la cabeza del anverso y el jinete con palma—, estarían más relacionadas con otras del valle medio del Ebro. A reforzar este último paralelismo podría contribuir la existencia de un plomo monetario con epígrafe de la ceca y un anverso similar a otro de *Lakine*, dado a conocer por Casariego, Cores y Pliego.

#### Las cecas de los suessetanos y iacetanos: Sesars, Bolskan, Sekia y Iaka

El nombre de los suessetanos fue trasmitido por Plínio (III, 4), autor que engloba en su territorio a los oscenses (Oscenses regionis Suessetaniae). El suelo suessetano debió coincidir geográficamente con la comarca de las Cinco Villas, comprendiendo la ciudad de Corbio y otras identificadas con poblaciones actuales de la provincia de Huesca, como Sesars, Bolŝkan y Sekia. Se les supone originalmente vinculados a los suessiones — galobelgas—, y por tanto con elementos indoeuropeos que se introdujeron en esta zona hacia el siglo VII a. C., siendo, al parecer, aniquilados hacia el 184 a. C. y absorbidos por las poblaciones vecinas.

Sesars (Vives 38, MLH A.44), equiparada a la localidad oscense de Sesa por el parecido del topónimo, inició su actividad monetaria aproximadamente desde mediados del
siglo II a. C. con diversos valores, denarios, quinarios, ases, semises, cuadrantes y sextantes. Para fijar este comienzo ha sido de gran utilidad la presencia de sus bronces en los
campamentos numantinos, así como el descubrimiento de un denario bíbrido con el reverso característico de la ceca y el anverso de un denario consular con esta datación. Su tipología y estilo están próximos a los de las acuñaciones de Bolskan, Sekia y Iaka: el jinete
lancero en el denario, el quinario y el as, el pegaso en el semis, el caballo galopando con
los tres glóbulos en el cuadrante y en actitud estática con los dos glóbulos en el sextante.









La leyenda ofrece sendas variantes de los signos s y e muy poco babituales en el signario ibérico, aunque el primero también está presente en *Tirsos*. Igualmente cabe señalar algunas particularidades en los tipos con respecto a las demás cecas mencionadas, tal es la imagen galeada representada en una serie de denarios y la cabeza bifronte en los sextantes (figs. 130 y 131).

Desconocemos la importancia que tuvo esta ciudad pero de la escasa cuantía de hallazgos documentados se deduce que el volumen de su producción no fue muy elevado.

centrándose ésta en un momento concreto de necesidad de numerario por parte de los romanos para afrontar determinados gastos derivados de su actividad en *Hispania*. Es muy posible que la función de sus denarios y bronces, casi exclusivamente representados en los campamentos numantinos, fuese reemplazada seguidamente por los de *Bolskan*. Esta última ciudad llegó a centralizar sin lugar a dudas el mayor número de acuñaciones entre la segunda mitad del siglo II a. C. y el primer cuarto del I a. C. en el valle medio del Ebro, en particular durante el desenvolvimiento de las guerras celtibéricas y sertorianas.

La ceca de Bolskan (Vives 37, MLH A.40). No hay duda sobre su situación bajo la actual Huesca (a reservas de fijar con mayor precisión la extensión del núcleo indígena), inicialmente entre los suessetanos, aunque de la lectura de Estrabón se deduce que, en algún momento de la expansión de los ilergetes, pasó a formar parte de su demarcación territorial. La información que proporcionan los analistas grecorromanos sobre la ciudad es escasa, confusa y sobre todo tardía, refiriéndose fundamentalmente al momento en que Sertorio la eligió como sede y centro de operaciones frente al gobierno de la República.



Fue la ceca que produjo el mayor volumen de monedas de toda Hispania en los dos últimos siglos anteriores al cambio de Era y asimismo aquella cuyos ejemplares alcanzaron una mayor dispersión, a tenor del número y distribución de hallazgos y tesaurizaciones conocidas, estando prácticamente presentes en todas las ocultaciones. Sin embargo sus amonedaciones, como las de muchos otros talleres, plantea una problemática de difícil solución por el momento, tal es la ausencia de símbolos o marcas que posibiliten la diferenciación de emisiones dentro de tan dilatado período. Posiblemente el momento de mayor reactivación de la ceca fue el sertoriano, cuando el numerario puesto en circulación debió ser de tal envergadura que, en lo sucesivo, apenas se precisaría batir más moneda, a no ser coincidiendo con las guerras civiles de tiempo de César, lo que no es probable. El elemento característico de Bolskan es el jinete lancero con la estrella en el campo, tanto en los denarios como en los ases (figs. 132 y 133). Para las escasas emisiones de semises y cuadrantes se optó por el pegaso y el caballo respectivamente (figs. 134 y 135). En concurrencia con los períodos bélicos, la escasez de plata y la urgencia de moneda corriente obligaron a fabricar denarios de cobre forrados de plata en número nada despreciable.

Transcurridas las guerras cesarianas, se ejecutó una emisión muy reducida de piezas de plata, en torno al 39 a. C., para conmemorar la victoria de Domicio Calvino sobre los pueblos cerretanos. En ellas se respetó formalmente la tipología indígena del anverso, si bien la representación de los signos pontificales en el reverso es indudablemente romana, además de sustituir la leyenda ibérica por la latina OSCA, que conservarán las acuñaciones realizadas seguidamente a nombre de Augusto, Tiberio y Calígula.

Por lo que respecta a Sekia (Vives 36, MLH A.43), fue también suessetana hasta ser absorbida por los vascones en el momento de su máxima expansión (Ptol. II, 6, 66). Sus emisiones coincidieron aproximadamente con las de Bolskan: denarios, ases, semises y cuadrantes con el lancero en los dos primeros y el caballo en los divisores, además de los símbolos del delfín, la estrella y el creciente. El topónimo ibérico, que se encuentra también en el Bronce de Áscoli, pudo derivar hacia el actual de Ejea (Zaragoza) a través de formas transitorias, como la visigoda Egessa o las medievales Exia o Exisa.

Algo más tardías son las emisiones de los iacetanos. Población de habla ibérica, asentada en los Pirineos como los cerretanos occidentales, alcanzada por la expansión vascónica, se presenta en las fuentes en relación con las campañas de Catón (Liv. frag. Lib. XXXIV, 21) y las guerras sertorianas (Estr. III, 4, 10; Ptol. II, 6, 67). Iaka (Vives 51, MLH A.41) fue ciudad que precedió a la latina *lacca*, conservando el topónimo en la actual Jaca (Huesca). Se conocen ases con tipología paralela al resto de las suessetanas entre finales del siglo II y primer tercio del I a. C.

#### Las cecas vasconas: Baśkunes, Bentian, Arsakos, Arsaos, Ontikes, Tirśos y Unambaate

Los vascones, desde su emplazamiento histórico primitivo, ensancharon sus dominios gracias al favor de las autoridades romanas, probablemente entre los siglos II a. C. y principios del I d. C., en detrimento de los várdulos, celtibéricos, suessetanos y iacetanos. Es decir, que centrados en torno a *Pompaelo*, o el actual ámbito provincial de Navarra, debieron sobrepasar Oyarzum por el noroeste, llegarían por el norte a Aquitania y por el sur limitarían con la Ríoja Baja, desde Calahorra hasta Alfaro. Los límites orientales de este pueblo son los más complejos de seguir porque estuvieron sometidos a frecuentes variaciones y seguramente lograron alcanzar las Cinco Villas y Alagón, en la provincia de Zaragoza, y la Canal de Jaca-Berdún, en la de Huesca.

No hay seguridad para identificar ninguna de las cecas de los vascones con núcleos actuales o yacimientos arqueológicos conocidos, únicamente la ciudad de los *Baskunes* es verosímil que fuera la antecesora de Pamplona. Su período de actividad monetaria se fija entre la segunda mitad del siglo II y principios del I a. C.

Se intuye en las leyendas Baśkunes o Baŕśkunes (Vives 41, MLH A.38) el nombre del grupo étnico que se extendió por la actual provincia de Navarra. La leyenda Benkota que figura en el anverso de los denarios y de algunas series de ases de esta ceca pudo hacer referencia al topónimo de la ciudad que acuñaba moneda indistintamente para los Baśkunes y para los





Fig 136

bentianos. No obstante ninguno de estos nombres se muestran en las fuentes, tal vez porque el núcleo indígena permutó su nombre por el de *Pompelon* o *Pompelone* (Pamplona) a instancias de Pompeyo. Los hallazgos monetarios coinciden precisamente por los alrededores de esta localidad. El punto de partida de las acuñaciones de plata pudo ser la segunda mitad del II a. C., continuando con las de bronce hasta el primer cuarto del siguiente. En los valores de ambos metales son representaciones inconfundibles la cabeza de tipo vascón entre el delfín y el arado en el anverso y el jinete alzando la espada en el reverso. Por las mismas fechas en el taller de *Bentian* se batió una emisión de ases exhibiendo el rótulo *Benkota* detrás de la cabeza del anverso, con las letras on y el delfín delante de la misma, y el lancero, además de otra de denarios y ases en los que el jinete lleva la espada como atributo (fig.136).

Arsakos (Vives 49, MLH A.36) y Ontikes (Vives 59, MLH A.42), de emplazamiento desconocido, tienden a ubicarse por el Alto Aragón o Navarra en razón de la tipología de sus denarios y ases, quizás próximas a la mencionada Baskunes. Por su parte, la figura del caballero enarbolando una hoz o falx caracterizó a las monedas de las cecas de Tirsos (Vives 71, MLH A.45) y Unambaate (Vives 56, MLH A.46), también de localización incierta, ésta última incluyó, además del epígrafe que da nombre a la ceca, la leyenda Etaon en el anverso, que en Arsakos aparece partida.

Fatás sostiene que Arsaos (Vives 44, MLH A.37) pudo formar parte de los suessetanos, entre Sos del Rey Católico (Zaragoza) y Sangüesa (Navarra), a tenor de la referencia a un "arsitanus" sobre una inscripción hallada en Sofuentes (Zaragoza), aunque quedara luego en territorio vascón, presentando las monedas grandes paralelismos con las anteriores. Esta ceca dispuso de un cuantioso numerario, evolucionando desde piezas técnicamente de muy buena factura a otras más toscas. La primera emisión incluyó ases con el guerrero con la doble hacha o bipenne en el reverso y los símbolos del arado y el delfín en el anverso, semises en los que estos símbolos han sido sustituidos por la estrella, con el caballo como reverso, y cuadrantes que no varían en esencia las representaciones.





Fig. 137

En la emisión que le sigue, con denarios, ases y cuadrantes, se verifican algunas modificaciones como incorporar las letras *on* en el anverso de los ases, al igual que en *Bentian*, y los dos símbolos astrales en los cuadrantes (fig. 137).

Las cecas de los sedetanos: Seteisken, Saltuie, Kelse, Alaun, Lakine, Iltukoite, Otobeśken y Usekerte

Entre finales del III y principios del II a. C. los sedetanos estuvieron territorialmente instalados entre los ilergetes y suessetanos y por ello frecuentemente fueron víctimas de los pillajes de los primeros y de las alianzas que mantuvieron los segundos con los romanos. Efectivamente sabemos que el ager sedetanus fue centro de los enfrentamientos entre los régulos ilergetes Indíbil y Mandonio y los romanos (Liv. frag. Lib. 34, 20). Más tarde, Q. Pompeyo llegaría a esta región a través de Malia (Apiano, Iber. 77), ciudad que se ha identificado con la indígena Lakine.

Actualmente la interpretación de los distintos códices de la Naturalis Historia no permite dudar acerca de la inclusión de la zona de Saltuie-Caesaraugusta (Plin. III. 24) dentro de la Sedetania y no la Edetania, a la que se refiere también Ptolomeo. Este último autor les atribuye, además, las ciudades de Bernama (quizás por Azuara o Letux). Ebora (¿La Puebla de Albortón?), Belia (por Belchite). Arse (entre La Zaida y Azaila), Damania (quizás Hinojosa de Jarque). Leonica (por Mazaleón), Ossicerda (se propone Osera), Etobesa, Lassira (Lécera), Hedeta y Saguntum, mezclando, como es patente, ciudades con seguridad edetanas, como son las dos últimas, con otras sedetanas, la mayoría de las cuales son de dudosa o desconocida localización.

De acuerdo con estas referencias, los límites geográficos de la Sedetania histórica por el norte coincidirían más o menos con el actual límite provincial de Zaragoza, entre Zuera y los Monegros, o quizás el mismo Ebro; por Occidente las tierras de la Huerva, la Muela y los Montes de Castejón, siendo por este lado vecinos de los celtíberos y suessetanos y luego de celtíberos y vascones; por el este confinaban con las tierras de los ilergavones (o los ausetanos del Ebro si se acepta la propuesta de Jacob expuesta más arriba), en las proximidades del río Matarraña. Finalmente la línea que cierra el territorio por el sur sería la divisoria de aguas de la cuenca del Ebro, en la provincia de Teruel, teniendo por vecinos en la zona suroccidental a los lusones, belos y titos, y por la suroriental a los turboletas, extendidos por los páramos y cercanías de Teruel, lobetanos, por Albarracín, y olcades, ocupando la serranía de Cuenca y la Mancha Oriental, todos ellos situados entre la Sedetania y la Edetania levantina.

Sólo unas pocas ciudades acuñaron moneda y Seteis fue la que se erigió en capital de los sedetanos y no Saltuie, a pesar de su posición estratégica en el valle medio del Ebro.





Fig. 138

Los epígrafes Seteisken y Seteis (Vives 30, MLH A.25) hacen mención del pueblo y de la propia ciudad. Siguiendo la similitud tipológica y la dispersión de los hallazgos

se le supone localizada entre las sedetanas, posiblemente cerca de Sástago (Zaragoza). El año 143 a. C. separa la primera de la segunda emisión salidas del taller monetario. En la primera, la cabeza del as lleva asociado un creciente, presentando el jinete la particularidad de sostener un estandarte militar o caduceo, elemento éste que volvemos a encontrar en el reverso del semis (fig. 138). En la segunda, el creciente va asociado a dos delfines, mientras que el jinete sostiene la palma en lugar del estandarte. En el último tercio del siglo surgió una nueva emisión cuya principal diferencia con respecto a la anterior es la sustitución del creciente por un tercer delfín. Cuando se acuñaron divisores, el caballo representó al semis y al cuadrante, además del medio pegaso en éste último. Entrado el siglo I a. C., las mismas representaciones figuraron sobre cuños menos cuidados y de baja calidad artística.

Por lo que respecta a Saltuie (Vives 19, MLH A.24), las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en el subsuelo de Zaragoza permiten afirmar hoy con seguridad que se trata del núcleo indígena que precedió a la imperial Caesaraugusta. El topónimo se conserva en la epigrafía y textos plinianos. Salluitana se denominaba la turma del Bronce de Áscoli, fechado en el 89 a. C., por la procedencia de los jinetes reclutados; mientras que sus habitantes, los Salluienses, aparecen citados en la Tabula Contrebiensis. Salduba era como los romanos denominaban a esta ciudad: "Caesaraugusta colonia inmunis, amne Hibero adfusa, ubi oppidum antea vocabatur Salduba, regionis Sedetaniae" (Plin. III, 24). Su pertenencia, pues, a la Sedetania es indiscutible, salvando un posible error estraboniano de asignación a los celtíberos, que no puede interpretarse como un cambio étnico en relación con una situación anterior: "También las colonias recientemente fundadas son una señal de transformación de aquellas tribus..., Caesaraugusta entre los celtíberos" (transcripción del texto de Estrabón, III, 2, 15).





Se conoce una emisión bastante limitada de ases y semises fabricada en la transición del siglo II al I a. C., los primeros con el jinete portando la palma en el reverso y los tres delfines acompañando la cabeza en el anverso, cuyo cuello se presenta vestido con el manto y sujeto a veces con una fibula, como en Kelse, Alaun, Iltukoite y Otobesken (fig.139). El único divisor que se conoce utilizó el caballo y el creciente como distintivos de su valor mitad. La colonia situada sobre su solar volvió a acuñar con el rótulo latino CAESARAVGVSTA bajo Augusto, Tiberio y Calígula.

Otro centro sedetano, situado en Velilla de Ebro (Zaragoza), a pesar de que aún no se ha demostrado arqueológicamente su existencia, fue Kelse (Vives 87, MLH A.21). Los vestigios estudiados por M. Beltrán en Las Eras, partida agrícola de Velilla, pertenecen sin duda a la colonia que Lépido, en el año 44 a. C., siendo gobernador de la

Citerior en su segundo mandato, fundó bajo el nombre de Colonia Victrix Iulia Lepida y Octavio cambió por el de Colonia Victrix Iulia Celsa. En opinión de Fatás esta ciudad presenta el problema nunca bien resuelto de su atribución ptolemaica a los ilergetes, por la situación de constante fricción entre ambos grupos territorialmente colindantes y los sucesivos desplazamientos que sus respectivos límites experimentaron entre los siglos III y II a. C., pasando a formar parte de los ilergetes en el momento de su máxima expansión hacia el oeste.





Fig. 140

Se conocen varias emisiones de bronces, constituyendo la figura ecuestre con la lanza el principal elemento diferenciador de la primera con respecto a las siguientes (fig. 140). También la variante epigráfica que se reconoce en el signo kc (con travesaño), idéntico al de las series más arcaicas de Kese, permite concretar la cronología de la emisión inicial, sin denarios, poco antes de mediados del II a. C. Más o menos entre la mitad del siglo y el año 45 a. C., se sucedieron las emisiones que incluyen denarios además de bronces cuya tipología de los tres delfines rodeando la cabeza del anverso y el jinete con la palma del reverso es la misma que caracteriza a otras sedetanas. Esta cabeza, a veces con manto y collar en el cuello, muestra un tocado alado en una serie de semises, como en Kese.

Los reversos de este último valor adoptaron las figuras del pegaso o el caballo y los cuadrantes el medio pegaso.





Fig 141

Coincidiendo con las guerras cesarianas, Kelse acuñó sus ases bilingües en los que la única modificación, aparte de ser cuños de peor arte, es la leyenda latina abreviada CEL en el anverso conservando la ibérica en el reverso (fig. 141).

Alaun (Vives 17. MLH A.16) plantea dos problemas, de difícil solución por el momento, de su asignación a los lusones o a los sedetanos y de su ubicación actual. Debió ser una ciudad situada en el límite entre los dos grupos y quizás también en algún momento vascona (Ptol. II, 6, 67). Desde luego existen todas las reservas en cuanto a identificarla con la actual Alagón (Zaragoza) al no haberse localizado sus restos arqueológicos y ser los hallazgos monetarios muy poco significativos, sin embargo, por el momento, no existe

otra propuesta alternativa. Unos alavonenses mencionados en la Tabula Contrebiensis pudieron ser los habitantes de la Allobone del Itinerarium Antoninianum (444, 1). A pesar de esta incertidumbre la única emisión de ases que salió de la ceca, posiblemente, producida entre finales del siglo II y primer cuarto del I a. C., con la tipología sedetana ya apuntada, nos inclina a estudiarla dentro del grupo. Batió además semises con el caballo como reverso.

Se consideran más tardías las de *Iltukoite* (Vives 16, MLH A.20), *Lakine* (Vives 18, MLH A.22), *Otobešken* (Vives 80, MLH A.23) y *Usekerte* (Vives 97, MLH A.26).





Fig. 142

Para la primera se ha sugerido la localización de Oliete (Teruel) y para Lakine el yacimiento de La Corona (Fuentes de Ebro, Zaragoza), en función de los hallazgos conocidos por su entorno, entre ellos los de dos plomos monetiformes con las leyendas Lakine y Laki, respectivamente (fig. 142). La única variación que su tipología presenta respecto del esquema sedetano atañe a Lakine, introduciendo la venera en el sextante y el atún en la uncia, nada habituales en este ámbito y sí en la layetana Lauro y las edetanas Arse y Kili. Se vuelve a la tipología del jinete lancero en Otobesken, quizás la Etobessa que Ptolomeo situó entre los sedetanos y la Octogesa de César, desconociéndose su ubicación actual.





Fig. 143

Por lo que atañe a *Usekerte*, el topónimo ibérico coincide con el de la hispanolatina *Osicerda*, para la que se ha propuesto el lugar de Osera (Zaragoza). Un interesante epígrafe sobre un mosaico del yacimiento de La Caridad (Caminreal, Teruel), datado entre el siglo II y el 75 a. C., de un *Likinos* que se declara oriundo de esta localidad, simplemente sirve para corroborar la existencia de la ciudad con anterioridad a la fecha en que se acuñaron las piezas ibéricas, pero no la ubicación de la ceca. Tampoco nos solventa este problema la mención de Plinio a los *osiderdenses* (III, 24) sin concretar el lugar de su capital, ni otras inscripciones latinas alusivas a individuos con esta procedencia. La ceca indígena acuñó una única emisión de semises bilingües con una tipología muy peculiar y única en el mundo indígena: la Victoria *sthefanofora*, con la palma y la corona, en el anverso y un elefante pisoteando a un dragón o *carnix* galo en el reverso, además de las leyendas latinas abreviadas *OSI* u *OS* junto a la ibérica (fig. 143). Estas piezas se batieron, al parecer, para

conmemorar la victoria de César en la batalla de *Ilerda* (49 a. C.) con típos ya conocidos en la amonedación romana desde el siglo III a. C., siendo el más próximo al anverso indígena el del quinario acuñado en Roma por A. Licinius Nerva, dos años después de la batalla de *Ilerda*, y para el reverso el denario emitido por Mn. Acilius probablemente desde un taller itinerante de la Galia (49-48 a. C.). El taller permaneció inactivo hasta la época de Tiberio cuando se introdujeron los tipos propios de la época y la leyenda completa OSI-CERDA.

#### La Celtiberia

Las importantes discrepancias que podemos encontrar entre los autores antiguos al definir los límites de la Celtiberia y de los propios grupos que la integraban son expresadas con claridad por G. Fatás: "Hay una cuestión sin resolver (aunque, a menudo, se da por resuelta). Si los celtíberos, como es moda decir, son los habitantes de la Céltica hispana, los celtas de Iberia, ¿porqué hay poblaciones célticas de Iberia que no son llamadas celtibéricas? No me refiero a los conjuntos aislados o alejados de la Celtiberia, como los bético-lusitanos, sino a pueblos claramente célticos, a los que los clásicos conocieron, inevitablemente, al mismo tiempo que a los celtíberos del Ebro, de quienes, además, hablaron con algún detalle y a quienes describieron, por si fuera poco, como llegados con migraciones célticas a su emplazamiento histórico definitivo (es, por ejemplo, el caso de los berones). Dicho de otro modo, ¿en qué consiste precisamente lo celtibérico? Solamente una aproximación solvente a esta cuestión permitirá ceñir con mayor exactitud que hasta ahora el alcance geográfico de lo celtibérico. Entre tanto, seguimos, poco más o menos, obligados a enumerar lo ya sabido por las fuentes; discutir si los grandes pueblos celtibéricos eran cuatro o cinco y proponer la exclusión o inclusión en su nómina de olcades, lobetanos o turboletas".

Parece que el mismo nombre de Celtiberia y el de sus habitantes se adoptó desde fuera de ellos mismos. Se podría aceptar la opinión de Untermann de que se trata de un término culto surgido de la historiografía grecolatina para referirse a los enemigos de la guerra numantina, es decir un grupo mal conocido y marginal en el conjunto de otras etnias de Hispania mejor documentadas. Más tarde los propios indígenas se autodenominaron celtíberos, como se observa en escritos de época imperial, pero desafortunadamente desconocemos en qué momento se produjo esta adaptación.

Actualmente, tras distintos intentos de reestructurar el tema, continúan existiendo aspectos que no se pueden concretar totalmente a partir de la información disponible, como es el ámbito territorial de los lusones, belos y titos que ha intentado acotar Burillo. No cabe duda que estos problemas afectan a la localización de las ciudades antiguas, de tal forma que la integración de unas u otras dentro de la Celtiberia, o la pertenencia a alguna de las poblaciones que la componían, puede variar notablemente de unos autores a otros. En general, los analistas de los siglos II y I a. C. consideraron celtíberos a los pelendones, arévacos, belos, titos y lusones, a los que habría que sumar los olcades y turboletas por proximidad geográfica.

A Polibio se le debe la primera información sobre estos pueblos. Para él son celtiberos los habitantes de la Meseta: arévacos, lusones, belos y titos, pero no los berones ni los vacceos. Estrabón, que no conocía la región y escribió a partir de Posidonio, consideraba solamente a los arévacos y lusones, en tanto que Plinio se refería a la Celtiberia en un sentido más amplio y, como Livio, integró en ella a los pelendones, junto a los arévacos y lusones. Por su parte, Ptolomeo, haciendo una interpretación más restrictiva, consideró una única tribu celtibérica en la que no estaban incluidos los arévacos y pelendones; es de suponer que detrás de esta modificación de límites estarían los cambios territoriales que se produjeron a raíz de los enfrentamientos de la primera mitad del siglo I a. C., momento que recogen las fuentes en las que probablemente se basó el geógrafo griego.

Aún con todas las limitaciones y contradicciones expuestas, podemos referir el ámbito geográfico de la Celtiberia histórica aproximadamente a las provincias de Soria, Guadalajara, suroeste de la de Zaragoza, noroeste de la de Teruel, parte de las de Burgos y Logroño y norte de la de Cuenca, si se consideran las ciudades carpetanas citadas por Ptolomeo como celtiberas.

#### Cecas incluidas en la Celtiberia

Son numerosas las ciudades celtibéricas que emitieron entre mediados o finales del II y princípios del I a. C. coincidíendo con el destacamento de tropas romanas en el territorio. Característica común a todas ellas fue el uso del bronce. Acuñaron sobre todo el as, algo menos la moneda fraccionaria y, excepcionalmente, el denario, de forma que este último valor solamente salió de los talleres de Afekofatas, Belikiom, Kolounioku, Kontefbia Kafbika, Oilaunikoś Sekaisa, Śekobiřikes y Tuřiasu. En cuanto a la iconografia, apenas se presentan variaciones formales respecto a la ya descrita: el jinete portando la lanza en las unidades, con las excepciones de Louitiskoś, Oilaunikoś y Tuřiasu -con la trompa, el gancho o la hoz de guerra como atributos en lugar de la lanza-, Śekaisa -el estandarte-, Olkairun y Uarakoś -la espada-, Kueliokoś -el venablo- y Teitiakoś -la doble hacha-, y el caballo o el pegaso habitualmente en los divisores, siendo reemplazados ocasionalmente por el medio pegaso o el gallo.

Tenemos muchas lagunas para decidir la localización de buena parte de las cecas celtibéricas. Los criterios tipológicos, la continuidad del topónimo en época romana o bien la propia distribución de sus hallazgos han servido de orientación en algunos casos. Bajo este punto de vista consideramos probable la relación entre *Titiakos* (Vives 68, MLH A.58) y *Tritium Megallum* (Tricio, Logroño), *Uarakos* (Vives 42, MLH A.59) y *Vareiu* (Varea, Logroño), ciudades de los berones, como también lo pudieron ser las inciertas *Uarkas* (Vives 78, MLH A.93), *Metuainum* (Vives 47, MLH A.84) y *Teitiakos* (Vives 70, MLH A.57), aunque ésta última tal vez perteneciera a los titos si seguimos a Fatás. Por su similitud con el topónimo latino *Virovesca*, *Uirouias* (Vives 63, MLH A.71) ha sido tradicionalmente identificada con Briviesca (Burgos), si bien para Burillo debía estar en otro lugar puesto que aquella última ciudad pertenecía a los autrigones que no acuñaron. Ya en

Sigüenza y Alcalá de Henares tenemos a *Śekotias Lakas* (Vives 76, MLH A.77) que pudo haber derivado en *Segontia* e *Ikesankom Kombouto* (Vives 28, MLH A.74) en *Complutum*.





Fig. 144

No hay certeza en la localización de Afatikos o Afatis (Vives 52, MLH A.61), quizás en Aranda de Moncayo, Zaragoza, Bofneskon (Vives 46, MLH A.81), por el valle del Jalón, Afkailikos (Vives 69, MLH A.62) y Uśamus (Vives 42, MLH A.72), en las proximidades de la antigua Uxama, entre los núcleos sorianos de Osma y el Burgo de Osma, así como Ekualakos (Vives 64, MLH A.63), por la cuenca alta del Duero. El parecido tipológico con las vasconas motiva la búsqueda de Kueliokos (Vives 53, MLH A.54) y Olkaifun (MLH A.60) por el Alto Ebro, en el límite territorial entre los celtíberos y vascones, aunque Tovar hizo de este último topónimo el precedente indígena de Pamplona, en lugar de Baskunes. No hay propuestas claras para Okalakom (Vives 61, MLH A.85) y Tabaniu (Vives 62, MLH A.90), quizás en algún lugar de las provincias de Soria o Burgos (fig. 144).

Basándose en argumentos filológicos, Untermann atribuyó Ofosís (Vives 50, MLH A.86) a la Celtiberia, que Burillo localiza en el yacimiento turolense de La Caridad (Caminreal, Teruel). El topónimo monetal está grabado también en el santuario de Peñalba de Villastar (Teruel). La ceca de Tamaniu (Vives 29, MLH A.79) se ha adjudicado a otro lugar turolense, Hinojosa de Jarque, y Tertakom (Vives 48, MLH A.70) pudiera ser Tierga o Trasobares (Zaragoza).

Lutiakos (Vives 77, MLH A.76), que emitió ases con el jinete lancero tardíamente, se identifica, ul igual que Afekofatas, con la localidad de Luzaga (Guadalajara). Si admitimos que entre el topónimo actual y los lusones pudo haber algún nexo, como propuso Almagro Basch (en cuyo caso la extensión de éstos sería mayor que la que habitualmente se les adjudica), frente a la tesis arévaca de Burillo, podríamos estar ante una, o quizás dos, ciudades más de este grupo celtibérico citerior.

Centrándonos en Afekofatas o Afeikofatiko (Vives 34, MLH A.52), una de las cecas que batió abundantes denarios y bronces por lo menos durante media centuria, nos encontramos con varias propuestas de ubicación, la más tradicional es la de Ágreda (Soria) y la más reciente la del yacimiento de El Castejón (Luzaga, Guadalajara) por parte de Vidal y Sánchez-Lafuente. Desde poco antes de mediados hasta finales del siglo II a. C. Afekofatas acuñó cuatro emisiones con distintas variantes de la misma leyenda, además de Sos. La primera emisión, diferenciados sus valores por marcas, se compone de denarios y ases con el jinete lancero, semises con el gallo, trientes con el caballo y cuadrantes con el medio pegaso o el caballo, fabricados en torno a la década 168-158 a. C.









Fig. 145

Fig 148

La segunda emisión coincide con los años de las guerras celtibéricas hasta la destrucción de Numancia (133 a. C.), no variándose el atributo del guerrero en el denario, que sin embargo es reemplazado por la palma en el as, además figura el caballo galopando en el semis y el medio pegaso en el cuadrante. En los años que restan hasta finales de siglo se produjeron la tercera y cuarta emisiones en las que perduraron el jinete con la lanza en los ases y el gallo y el medio pegaso en sus respectivos valores (figs. 145 y 146)

No se ha alterado la primitiva asignación de *Efkauika* (Vives 60, MLH A.64) en al yacimiento conquense del Castro de Santaver (Cañaveruelas, Cuenca), y así parecen confirmar-lo los últimos estudios de Mª V. Gomis. En Livio (*frag. Lib.* XL, 50) y Ptolomeo (2, 6, 57) se menciona en la Celtiberia, rindiéndose a los romanos tras las incursiones de Sempronio Graco en el año 179 a. C. Batió dos emisiones de bronce, sin divisores, en la segunda mitad del siglo II a. C., continuando en época imperial con la leyenda latina *ERCAVICA* hasta el cierre de la ceca bajo Calígula. La tipología de sus series ibéricas, con la cabeza entre arado y el delfín, presenta ciertos paralelismos con otras cecas vasconas y de la misma Celtiberia.

Kaiskata (Vives 57, MLH A.49) se ha identificado con el núcleo indígena que precedió a Cascantum, municipio de derecho latino localizado en Cascante (Navarra), con amonedaciones de época de Tiberio. A este lugar le aproximan la toponimia, además de las fuentes escritas y las arqueológicas. Sería la ciudad de los Cascantinorum de Livio (frag. Lib. XCI) y los Cascantenses de Plinio (III, 24). Sus series celtibéricas de ases con el lancero y divisores con el caballo se centran en la segunda mitad del II a. C.

A la antigua Calagurris Iulia Nassica (Calahorra, Logroño), citada repetidas veces por las fuentes desde Posidonio, con emisiones en época imperial, le corresponde también un oppidum indígena, Kalakorikoś. Este primitivo núcleo debió ser celtíbero y asignado a los vascones después de ser arrebatado por Pompeyo al bando sertoriano según Ptolomeo, que menciona una Kalagorina entre las ciudades pertenecientes al pueblo vascón (II, 6, 66). Parece que la producción monetaria de Kalakorikoś (Vives 67, MLH A.53) fue muy corta, entre el año 91 a. C., cuando se introdujo el sistema semiuncial al que se adaptaron sus monedas, y el 72 a. C., momento en el que la ciudad fue asediada y destruida por Pompeyo. Es verosímil que sean emisiones de necesidad realizadas para las campañas de Sertorio. Tanto el as como su divisor ostentan la imagen masculina acompañada del creciente y la estrella en los anversos, siendo el jinete con lanza y el caballo la iconografía propia de los reversos respectivos. Una serie de ases adoptó la cabeza de estilo vascón por influencia de este grupo.

Actualmente no hay dudas de que Sekobirikes (Vives 26, MLH A.89) debía estar en el sector formado por el Alto Duero y el Pisuerga o bien por el valle medio del Ebro, posiblemente en la localidad de Pinilla de Trasmonte (Burgos), y así lo avalan los hallazgos monetarios. El topónimo indígena de las monedas conserva una raíz que es habitual en el

área céltica (Segontia, Segeda, Segisama) y también en la onomástica personal (Segontius), y quizás sea arévaca junto con Kolounioku.



Fig. 147

Volviendo a la leyenda, estaríamos ante un préstamo del grafismo ibérico para interpretar sonidos de otra lengua, en este caso indoeuropea, de manera que, como ya planteó Untermann, probablemente el nombre del núcleo, tal como se manifiesta en las monedas, se pronunciaría Segobrix. Ya finalizando el siglo II a. C. la ceca celtibérica llevó a cabo sus emisiones en las que el as y el denario muestran los símbolos del delfín, la palma o el creciente en el anverso y el típico lancero en el reverso. Le pertenece además un peculiar divisor con la cabeza galeada en el anverso y el león con el creciente en el reverso (fig. 147).

A Kolounioku (Vives 27, MLH A.67) le sucedió la ceca hispanolatina con rótulo CLVNIA (Peñalba de Castro, Burgos). Como núcleo celtibérico produjo a principios del siglo I a. C. dos series de denarios con el lancero, ambas diferenciadas por la posición de las marcas de valor, dos palos verticales, y el signo ko en el anverso.

En territorio carpetano, donde se ha sugerido también la ubicación de *Ikesankom Kombouto* (Alcalá de Henares), se sitúa *Konterbia Karbika* (MLH A.75), identificada con Fosos de Bayona (Huete, Cuenca). El taller se puso en marcha poco después del 133 a. C. con una serie de denarios, ases, semises y cuadrantes y hacia la primera mitad del I a. C., tras un período de inactividad, volvió a batir ases antes de ser abandonado el lugar.



Tanto en las unidades, con el arquetipo del lancero, como en las fracciones, con el caballo, se patentiza la fidelidad de esta ciudad a las representaciones que son comunes a buena parte del territorio celtibérico. Incluyó diferentes leyendas derivadas de las raíces de ambos topónimos (fig. 148).

Por último, una ceca que merece destacarse del conjunto de las de la Celtiberia por su particular problemática es la de *Tamusia*, también leída como *Tanusia* (Vives 31, MLH A.91). A juzgar por la tipología de sus ases, el jinete lancero del reverso y los delfines del anverso, sería celtibérica, siendo éste el territorio que en un principio se le había asignado

y más en concreto la zona de contacto con la Sedetania, sin embargo, actualmente se propone su atribución a los vettones -célticos o celtiberos- limítrofes con otros pueblos meseteños, principalmente con los vacceos y carpetanos. La propuesta de Sánchez y García de localizarla en el castro de Villasviejas de Tamuja (Botija, Cáceres) podría verse confirmada por la continuidad del topónimo y el hallazgo reciente de un importante número de monedas de la ceca, además de dos tesserae escritas en latín con la leyenda TAMVSIEN-SIS CAR en mala caligrafía y con la misma fórmula recogida en las tesserae de hospitalidad celtibéricas.

En opinión de Burillo, el surgimiento de esta ceca en una zona tan alejada del ámbito en el que, por lógica, debería estar, podría explicarse por un primer desplazamiento de celtiberos contratados para el trabajo de las minas de oro y plata existentes en su entorno, de cuya explotación hay indicios por la misma época, habiéndose producido en un segundo momento el asentamiento de un contingente mayor de población que dio lugar a la creación de la ciudad de *Tamusia*. El hallazgo de sus monedas en el contexto arqueológico del castro de Villasviejas de Tamuja (Cáceres) y el paralelismo tipológico con las más tardías de *Sekaisa*, que coinciden circulando por las tierras extremeñas, fija la cronología de sus emisiones dentro de la primera mitad del 1 a. C.

## Cecas atribuidas a los lusones: Burśau, Karaues, Nertobiś y Turiasu

Apiano situó a los lusones en las proximidades del Ebro hacia el siglo II a. C., es decir en un área entre el Moncayo y los ríos Queiles y Huecha, atribuyéndoles la ciudad de Complega (Iber. 42, 79; 43), relacionada con Caravis, mientras que para Estrabón estaba en las fuentes del Tajo (III, 4, 13).

Los trabajos de Schulten y Bosch Gimpera la reubicaron de nuevo en el Jiloca y Jalón medio, al identificar erróneamente Complega con la Contrebia de Livio (frag. Lib. 91) y con la actual Daroca (Zaragoza). Alonso los llevó al curso bajo del Jalón y Almagro Basch a las tierras de Mofina de Aragón (Guadalajara). De los estudios de Burillo se concluye que pudieron ocupar un territorio que comprendería el Campo de Cariñena, el Campo Romanos y la zona media y final del Jiloca, teniendo por vecinos a los arévacos, belos y titos. Bursau, Karaues, Nertobis y Turiasu fueron con seguridad ciudades lusonas.

Referencias a la ciudad y los pobladores de *Bursau* (Borja, Zaragoza) pueden encontrarse en distintos autores (Ptol. II, 6, 57; Plin. III, 24 y Liv. *frag. Lib.* XCI). La ceca (Vives 58, MLH A.48) acuñó ases con el jinete lanza en ristre y el símbolo del creciente, además de semises y trientes -o cuadrantes- con el caballo como reverso. La presencia del delfín y de la inicial del topónimo acompañando la cabeza varonil es característica de la unidad y solamente la última del divisor.

Karaues (Vives 74, MLH A.66), tradicionalmente identificada con Caravis o Karaouin, se localiza en el actual núcleo de Magallón (Zaragoza). En las monedas figuran, además del letrero del topónimo, el abreviado Cal. Este segundo epígrafe pudiera estar alu-

diendo a la procedencia de sus gentes y quizás conservarse fosilizado en el topónimo actual de Gallur (Zaragoza) -el Foro Gallorum o la Mansio Gallicum de los itinerarios-, núcleo donde además se halló un epígrafe con la referencia a un pagus gallorum, posible asentamiento de individuos galos en esta zona. Se conoce una emisión limitada de ases que se atribuye a la segunda mitad del siglo II a. C. con el lancero por reverso.

También en relación con las guerras del siglo II a. C. encontramos mencionada a Nertobriga, con una posible ubicación en el yacimiento arqueológico de La Torre, en el término municipal zaragozano de Calatorao. La ceca con nombre celtibérico Neftobis (Vives 54, MLH A.50) batió ases y semises caracterizados los primeros por la presencia de un delfín y el signo n. o simplemente dos delfines, junto a la efigie del anverso y el lancero en el reverso; los segundos por el signo n y la marca de valor detrás de la cabeza y el caballo con los dos puntos y la palma en el reverso.

De mayor importancia fue *Tufiasu* (Vives 55, MLH A.51), para Ptolomeo situada entre los pueblos celtibéricos (II, 6, 57). Aunque no se han encontrado sus restos arqueológicos, no debió estar muy lejos de Tarazona (Zaragoza) donde están documentados sin embargo los del municipio imperial que continuó emitiendo con epígafe latino *TVRIASO*. Los distintos valores que salieron del taller desde la segunda mitad del siglo II hasta el primer cuarto del I a. C. nos dan a conocer dos leyendas, la que define el nombre de la ceca y *Kastu*, en la que se intuye una relación de dependencia con la ciudad meridional de *Castulo*.









Fig. 150

Diversos símbolos y los signos de esta última leyenda, repartidos en torno a la cabeza de algunos anversos, permiten diferenciar cinco emisiones que se sucedieron en el período cronológico indicado. Sin denarios la primera, de la segunda mitad del siglo II a. C., los ases llevan en el anverso la cabeza del tipo vascón entre el signo ka y el delfín y en el reverso el jinete con la hoz, mientras la imagen galeada y el jinete sin atributo conforman respectivamente el anverso y reverso del semis, con el creciente y la estrella y, a veces, un glóbulo o punto (fig. 149). La segunda, con denarios y su valor mitad, considerada de finales del mismo siglo, cambia el reverso del as y del denario, adoptando el lancero que permanecerá en las siguientes. De principios del I a. C. se data la tercera, con los mismos valores que la anterior, diferenciándose éstos por la incorporación de los signos de la leyenda Kastu distribuidos en torno a la cabeza (fig. 150), además de presentar una variante tipológica de denario con el círculo con punto central -tal vez el signo cu-, como el de Arekoratas, en lugar de los anteriores signos del alfabeto, y el caballo o el pegaso en el semis. Los tres delfines que se añaden en torno a la imagen del anverso representan a la cuarta emisión de ases que, junto con la última, de nuevo con denarios, pudieron producirse entre las guerras sertorianas y las cesarianas.

# Cecas atribuidas a los belos y titos: Kontebakom Bel, Belaiśkom, Belikiom, Bilbilis y Śekaisa

Los belos y los titos se muestran siempre asociados a los acontecimientos de los años 179 y 143 a. C. (Apiano, *Iber*, 44, 48 y 50; Polibio, 35, 2; Diod. 31, 39; Estr. III, 4, 13; Floro, I, 34, 3), siendo seguramente pronto sometidos y romanizados ya que no se les vuelve a mencionar a partir de la última fecha. A los belos se les presenta tradicionalmente ocupando un sector del Alto Jalón, limitando con los lusones y los arévacos, siendo ciudades de su territorio *Segeda*, *Segobriga*, *Arcobriga* y *Ocilis*, aunque Almagro Basch propuso más tarde la ubicación de ambos pueblos en las comarcas de Daroca y Calatayud. Es más complejo concretar la territorialidad de los titos. Con seguridad ciudades de los belos que acuñaron moneda serían *Kontebakom Bel, Belaiŝkom, Belikiom, Bilbilis* y *Sekaisa*.

Kontebakom Bel (Vives 33, MLH A.75) se ha identificado sin problemas con el yacimiento del Cabezo de las Minas (Botorrita, Zaragoza).

En la Tabula Contrebiensis, descubierta en el mismo lugar, aparece como Contrebia Belaisca, cuya perduración imperial está atestiguada en el Ravenate, y como Kontebias Belaiskas en la tessera Froehner. Sus emisiones, cuyo inicio debe estar en un momento de la segunda mitad del siglo II a. C., perduraron hasta principios del siguiente. La cabeza flanqueada por el delfín y el letrero Bel, acreditativo del grupo al que pertenecieron los contrebienses, ocupa el anverso de los ases y el jinete con palma o el lancero el reverso. Los divisores sólo se diferenciaron entre sí por el tipo de marcas del reverso, dos o tres puntos sobre el caballo según sean semises o cuadrantes.

Entre las diversas opciones que se han dado para la ubicación de *Belaiskom* (Vives 45, MLH A.80) están Osma (Soria) y Cervera del río Alhama (Logroño). Sin embargo la raíz **bel**- pone este topónimo en conexión con la ceca anterior, por lo que no es disparatado pensar en una proximidad geográfica a la propia *Kontebakom*. Se le atribuye una emisión muy limitada de ases con el lancero y semises con el caballo.





Fig. 151

Otra ciudad cuya raíz confirma su pertenencia territorial al mismo grupo celtíbero es Belikiom (Vives 39, MLH A.47). Tres núcleos del Bajo Aragón se disputan su ubicación: Belchite, el Cabezo de Alcalá de Azaila y Azuara. En relación con este último, hay datos más recientes procedentes de un yacimiento del término, el Piquete de la Atalaya, que podrían contribuir a ajustar más la propuesta. Aparte de los epígrafes monetales, el nombre está documentado también en una estela funeraria de Ibiza. Los ases y denarios reprodujeron el caballero empuñando la lanza, los semises el pegaso y los cuadrantes el caballo y los cuatro puntos acreditativos de su valor. En los anversos de los ases están presentes los delfines en torno a la cabeza, figurados también en otras cecas de la Celtiberia (fig. 151).

Bilbilis (Vives 88, MLH A.73), mencionada por Estrabón en relación con las guerras sertorianas (III, 4, 13), tuvo continuidad en época imperial bajo el nombre de Bilbilis Italica, erigida sobre el cerro de Bámbola (Calatayud, Zaragoza). La celtibérica se situó en el yacimiento de Valdeherrera, donde se han descubierto restos arqueológicos y numismáticos de gran valor (Domínguez y Galindo). Acuñó desde un momento no definido de la segunda mitad del siglo II a mediados del I a. C. ases con el jinete lancero y semises con el caballo.









Fig. 152

Fig. 153

Delfín y creciente son los símbolos propios sus dos emisiones, diferenciadas entre sí por los signos bi o  $\acute{s}$  situados detrás de la cabeza del anverso (fig. 152). Un cuadrante, con tipos poco habituales en la *Citerior*, pero estilísticamente más próximo a los ibéricos que a los hispanolatinos, muestra la cabeza con casco y en el reverso una figura estante hacia la derecha junto al epígrafe latino BIL, podría constituir la transición a la amonedación imperial, cuyas primeras series, ya con la leyenda completa, conservaron la figura ecuestre (fig. 153).

La ceca de Śekaisa (Vives 89, MLH A.78) fue la que más volumen de moneda acuñó en la Celtiberia. No cabe duda de que se trata de la Segeda de los belos citada en las fuentes en relación con los precedentes de las guerras celtibéricas, aunque Estrabón la creía arévaca (III, 4, 13). Burillo y Ostalé han propuesto fijarla en Durón de Belmonte, precediéndole una primera ocupación en el Poyo de Mara, ambas situadas en Calatauyd (Zaragoza) y muy próximas al emplazamiento de Bilbilis. Se pueden ordenar sus seis emisiones a partir de las ocultaciones documentados (Domínguez).

La emisión que consideramos más antigua, si bien es la que más dudas presenta por el escaso número de ejemplares conocidos, es la del jinete sin atributo y Śekaisakom, que por tipología podría datarse en torno a la primera mitad del II a. C. En sus semises y cuadrantes se representó el caballo, diferenciándose por la marca de valor de los segundos.

Hacia el 154 a. C. se troquelaron las series correspondientes a la segunda emisión, que llevan el singular jinete sujetando un estandarte coronado por un ave que dirige hacia delante en el reverso y el símbolo del felino, tradicionalmente identificado con una leona (en algunos ejemplares tiene más parecido a un cánido), delante de la imagen del anverso. Entre esta fecha y el 143 a. C. pudo estar el inicio de la tercera emisión de ases y denarios, que muestran este mismo animal, ahora detrás de la cabeza, mientras en el reverso se repi-





Fig. 154

te la representación anterior, situándose el ave esta vez a la altura del hombro del jinete (fig. 154). El campamento numantino de Renieblas III es el que ha proporcionado una fecha de referencia para el final de la emisión, que comprende monedas de peso más bajo, quizás en relación con el patrón uncial reducido adoptado por entonces también por *Iltifta*. No encontramos de momento argumentos concluyentes para considerarlo un sistema particular de esta ceca y de *Bilbilis*, como se ha sugerido.









Fig. 155

Fig. 156

Ya dentro de la segunda mitad del siglo el taller puso en marcha la cuarta emisión de ases y denarios, figurando en el anverso la cabeza entre las iniciales del epígrafe monetal y el delfín, y en el reverso el jinete con la palma; los semises adoptaron el caballo y los cuadrantes el jabalí o el caballo, añadiendo ocasionalmente las marcas de valor (figs. 155 y 156). Esta emisión nos plantea una particular problemática en relación con los patrones metrológicos que pudieron seguir, puesto que se acuñaron paralelamente dos series de bronce con los mismos motivos diferenciadas solamente por el patrón de su unidad, una con un peso similar al del as de la tercera emisión y la otra de casi la mitad, que funcionaría posiblemente como semis. No es un hecho aislado, habiendo sido advertido ya en otras cecas del valle del Ebro por Richard y Villaronga que lo identifican con un "patrón ibérico". La ausencia de estas monedas en los campamentos de Numancia y su presencia en los tesoros de Azaila (Teruel) han sido determinantes para establecer su datación después del año 133 y antes del 93 a. C, momento en el que para M. Beltrán se inician las relaciones entre esta ciudad y el *oppidum* bajoaragonés.





Fig. 157

Entre el 133 a. C. y las guerras sertorianas, coincidiendo con la reorganización administrativa y económica del territorio bajo dominio romano, situamos la última emisión de

ases de *Sekaisa* en la que se utilizó como anverso la cabeza flanqueada por los dos delfines y como reverso el caballero con la lanza (fig. 157). Sin duda es la más abundante. La cronología de esta emisión se soporta sobre las ocultaciones realizadas en los campamentos de Escipión en Numancia, del 134-133 a. C., y en el de Cáceres el Viejo (Cáceres), del 96 a. C., al igual que en la ciudad de Azaila destruida durante las guerras sertorianas. Las monedas de la última emisión tienen un gran parecido con las de la celtibérica *Okalakom*, pudiendo corresponder también a este último período.

#### Las cecas ibéricas localizadas en la Galia Narbonense

La diversificación de centros de acuñación indígenas descrita tiene una prolongación al otro lado de los Pirineos, a raíz de la creación de Narbona en la segunda mitad del siglo II a. C., influyendo en la formación de un gran número de amonedaciones, como son las imitaciones en bronce de ases de tipología ibérica (la cabeza masculina, el león y el jabalí) y leyendas en griego, emitidas por caudillos galos en la región de Beziers. Unas curiosas piezas de imitación de denarios romanos y de Kese, con leyendas escritas en ibérico, fueron troqueladas por los volcae.

La ceca de Longostaleton/Biurbi (MLH A.2) acuñó dos emisiones influenciadas por otras griegas e ibéricas, como se ve en los tipos y símbolos (cabeza masculina, trípode, caduceo, cornucopia) y sobre todo en la leyenda griega que alterna con la ibérica Biurbi, a veces coincidiendo ambas en la misma moneda.

Al oeste del Herault se distribuyeron un número mayor de talleres, los de Neronken, Śelonken, Bifikantin/Bifikantio y Kurukuruaitin, sin embargo sólo del primero conocemos su localización en el lugar narbonense de Mont Laurés.

Neronken (MLH A.1) fue efectivemente el centro más importante por su producción y por la influencia que ejerció en su entorno. Batió dos emisiones con leyendas ibéricas e influyó en la producción de *Śelonken* y *Bifikantin/Bifikantio*. La iconografía incluye en principio la cabeza femenina o masculina cubierta con piel de animal en los anversos y el toro saltando con la láurea encima en los reversos











Fig. 159

Las emisiones correspondientes al siglo 1 a. C., además de la leyenda propia de la ceca, introducen otras como *Tiuis*, *Biu*, *Ekeke*, que pudieran ser nombres personales (figs. 158 y 159).





Fra 160

No sabemos dónde pudo estar el taller que acuñó las monedas con la Kurukuruatin (Vives 21, MLH A.30), posiblemente por la misma región narbonense si nos atenemos al ámbito de dispersión de sus monedas, aunque Untermann defendió en su momento su ubicación en Cataluña. El epígrafe del reverso se debe referir al nombre de algún jefe galo, lo que supondría una excepción a la norma general de la amonedación ibérica ya que en este caso está ocupando el lugar que habitualmente corresponde al topónimo. Sin embargo, el rótulo Bersa del anverso podría referirse al de la ciudad. Lo más característico de estas piezas con tipología y leyenda ibérica, realizadas hacia finales del siglo II a. C., es el atributo del jinete: una insignia militar con jabalí (fig. 160). La figuración de este animal en los signa era habitual en la Galia, al estilo del ave de Sekaisa y el caduceo de Seteisken. El águila aparece también en las monedas hispanolatinas de Clunia y en contramarcas de esta misma ciudad.

En la Galia se produjeron igualmente imitaciones de las monedas de *Iltiftesken* e *Iltifta*, incorporando signos ilegibles que trataban de reproducir los del modelo. Se detecta esta influencia en divisores hallados en Ampurias y Ruscino (Castell Roselló); en un sextante con el delfín y diversos signos en el anverso y dibujos geométricos en el reverso, y en un cuadrante con letras dentro de una corona en el anverso y delfín con algunos signos en la otra cara de la pieza.

# 3. EL TALLER DE ACUÑACIÓN. CUESTIONES DE FABRICACIÓN

Los iberos y celtíberos utilizaron la plata y el cobre para las amonedaciones. La plata se empleó en estado puro, ya que en principio no fue necesario adoptar medidas de reducción de su ley. Ahora bien el hecho de que en su composición aparezcan ocasionalmente trazas de plomo (< 1.5 %) y oro (< 0.7 %) no significa una adición intencionada de estos metales, más bien son impurezas inherentes a la clase de plata y la técnica de copelación empleada para su obtención y refinado.

Otra explicación tiene la presencia de trazas de cobre en la plata, pudiendo llegar a alcanzar el 12 % de su composición, siendo agregadas voluntariamente para mejorar sus propiedades y facilitar la impresión del cuño, en determinados momentos también para

alterar el valor de las monedas, generalmente por voluntad del gobernante. Los denarios forrados son un ejemplo de piezas producidas en situaciones de necesidad, es decir empobrecida su plata deliberadamente y reducida a la parte visible del flan mientras el alma era de cobre (± 90 %). Su acuñación debió ser habitual en todas las cecas que produjeron plata, aunque no siempre se han descrito como tales, siendo conocidos los de Sesars, Iltirtasalirban, Bolskan y Turiasu.

Ignoramos cuál fue la técnica empleada en la fabricación de esta clase de piezas. Los análisis efectuados a partir de denarios romanos por Feliu, López, Martín y Rovira, han revelado el uso de dos sistemas de plateado de los cospeles de cobre: la inmersión del núcleo de cobre en plata líquida o el encapsulado con una fina capa de plata de elevada pureza, ésta última técnica precisaba someter todo el conjunto a una temperatura elevada durante pocos minutos para lograr la unión de ambos metales. En el caso de los ibéricos parece que se debió utilizar el primer sistema dado que la superficie plateada ha desaparecido casi totalmente, convirtiéndose en piezas prácticamente de cobre.

Aparte de la plata se utilizó el cobre aleándolo con otros metales para endurecerlo y mejorar sus propiedades en el troquelado. Al convertirlo en bronce con la agregación de estaño (8 a 12 %), además de plomo (< 3 %) y/o zine (< 5 %), en proporciones variables, se endurecía y facilitaba la producción de piezas de mejor calidad y mayor detalle.

Análisis realizados por fluorescencia de rayos X (Ripollès-Abascal; Domínguez-Montero-Rovira) han revelado que la composición ternaria de cobre, estaño y plomo fue la elegida por los iberos y celtiberos en la mayor parte de los casos, si bien, en ocasiones, la proporción del último llegó a duplicar o triplicar la del segundo en la aleación. En algún caso, como se determina en Kelin y en ciertas monedas de Ikalesken el estaño está ausente. También se ha puesto de relieve que ocasionalmente se utilizó el cobre en un estado casi puro en acuñaciones de Bolskan, Ekualakos, Kalakofikos, Kueliokos, Šekobifikes, Titiakos y Turiasu. Tal uso se podría justificar, en opinión de Ripollès, porque la mayor parte de los ases posteriores a la lex Papiria se batieron utilizando cospeles de cobre, quizás por la falta de disponibilidad de estaño en el momento y en su ámbito geográfico. Estos resultados contrastan con la composición a base de cobre y plomo más propia de las cecas con escritura indígena de la Ulterior, apareciendo el estaño únicamente en sus emisiones bilingües y latinas. La proximidad a las fuentes de producción -las minas de Castulo. Linares y Cartagena- justificaría la elevada presencia de plomo en las monedas de Kelin, al igual que en las de Castulo y Obulco.

## El aprovisionamiento del metal

No es fácil conocer cuál era el origen del metal que emplearon los indígenas, seguramente de extracción mineral, pero también intervendrían las razzias o el botín de guerra confiscado a los pueblos vecinos. Además de que el metal conseguido por estos medios constituyó, a su vez, una de las principales fuentes de abastecimiento para los romanos durante la República, en forma de impuestos y todo tipo de exacciones. Ahora bien, si el uso de la plata estaba supeditado a la existencia de filones en las cercanías del centro de emisión, lo lógico sería que solamente se acuñaran denarios en aquellas ciudades que los controlaban, lo que no es cierto como puede deducirse del estudio de unos y otros. Es factible, pues, pensar que cuando en un territorio no existían minas, o éstas no estaban en proceso de explotación, la plata podía obtenerse por intercambio comercial con otras ciudades con recursos o la reutilización de sus monedas para batir la propia. Efectivamente hubo cecas que disponiendo de minas de plata cercanas solamente acuñaron bronce como es el caso de *Tamusia*.

En la Celtiberia el metal pudo obtenerse dentro del propio ámbito. En efecto, las investigaciones recientes están demostrando un potencial metalogenético del Sistema Ibérico de gran importancia que justificaría la explotación de los filones de plata in situ y, en consecuencia, las emisiones de denarios. Burillo ha propuesto modelos diferentes de comportamiento en su aprovisionamiento en función del reagrupamiento de las cecas que emitieron denarios. De modo que la extracción sería directa cuando los filones se encontraban dentro de la zona de control de las ciudades, como en el caso de Belikiom, Sekaisa, Tufiasa, Afekofatas y Oilaunes, o por intercambio comercial cuando aquellos estaban alejados de su radio, sistema que fue seguramente el practicado por Sekobifikes, Kolounioka. Sekotias, Kontefbia Kafbika e Ikalešken.

Que Hispania era rica en minerales no cabe duda y así lo trasmitieron los analistas e historiadores. Sabemos también del interés puesto por los cartagineses en su explotación, además de las enormes sumas de oro, plata y cobre extraídas por los romanos en los períodos republicano y altoimperial. Mela, Plinio, Estrabón y Diodoro, principalmente, se referían a las minas de cobre hispanas, pudiendo depender las acuñaciones de la Celtiberia y gran parte de las del valle medio del Ebro en cierta medida de la explotación de las minas mencionadas, además de las navarras y del Pirineo.

En el caso del estaño, obtenido de la casiterita, tendría que importarse del noroeste peninsular o de la Lusitania.

Se han descubierto minas de plata con vestigios de laboreo antiguo o medieval en el área pirenaica occidental, en Aldituro, próximo a Oyarzum (Guipúzcoa), y en Bagnères de Luchon, también cerca de la localidades navarras de Baigorri y Lanz. Aparte está la documentación medieval que se refiere a minas de plomo argentífero localizadas en el norte de las provincias de Zaragoza y Huesca. En cuanto a las de cobre, desconocemos si las descubiertas por el Pirinco oriental de La Garrotxa. El Ripollès, El Ampurdán, El Pallars y el Vallés Oriental fueron explotadas ya por los indígenas, aunque, por la información de Schulten, al menos debieron serlo en época imperial

### El procedimiento de fabricación de las monedas

La moneda entre los iberos fue acuñada, no habiendo noticias sobre el uso de la fundición, que sí utilizaron, sin embargo, para la preparación de los cospeles. Podemos acercarnos al proceso seguido en esta operación a través de las mismas monedas, las escasas imágenes que reproducen alguna de sus fases y ciertos elementos empleados, como patrones o patrices de cuños, aparecidos en muy contadas ocasiones debido a su refundición una vez amortizados.

Esta labor, aparentemente sencilla, exigía unos mínimos conocimientos técnicos para conseguir piezas de calidad con el menor coste y esfuerzo posible. El procedimiento era colocar la pieza de metal (flan o cospel) caliente entre dos cuños, uno de ellos fijo al yunque (el anverso), mientras el otro era móvil (el reverso), estando sujeto por un obrero mientras era golpeado por otro con el martillo hasta imprimir el motivo elegido. El hecho de estar sometido más directamente al impacto provocaba más roturas y desgaste al cuño de reverso que al de anverso, razón por la cual conocemos, a través de las propias piezas, mayor variedad de los primeros que de los segundos.

Algunas monedas presentan distorsiones que pueden deberse a errores en la operación de acuñar (fig. 132). Aparte de contornos duplicados de las figuras porque fue preciso dar más de un impacto, uno de los defectos más habituales, documentado en los denarios de *Bolškan*, es la impresión en el reverso de la figura del anverso en negativo, lo que debió producirse por el hecho involuntario de quedar una pieza anterior, ya acuñada, adherida al cuño móvil. Son las mal llamadas monedas incusas. Por otro lado la gran diversidad de orientaciones observable en la relación entre los cuños de anverso y de reverso nos está señalando el rudimento de la técnica, no disponiendo de ningún sistema o dispositivo de fijación de los cuños entre sí que garantizara la relación los ejes durante el proceso de fabricación, mientras que una tecnología controlada proporcionaría orientaciones del eje de los cuños de 6 ó 12 (según el huso horario).

Conocernos sólo un caso claro de moneda ibérica híbrida: se trata de un denario acuñado con epígrafe de Sesars que ha tomado el reverso de la ceca y el anverso de un denario romano.

Dada nuestra ignorancia sobre el desarrollo de estas actividades, incluido el tipo de instrumental empleado por los operarios dentro de un taller indígena, tenemos que remitirnos a la información que nos llega de los griegos y los romanos y pensar que, salvando las distancias que marcan la tradición y experiencia de aquellos, en lo básico no diferiría demasiado. Así, bajo la supervisión de un funcionario o magistrado, un número suficiente de operarios se preocupaba por atender cada una de las fases del proceso: la preparación de los cospeles, el control de su peso, el calentamiento previo a la impresión de los cuños respectivos y el propio momento de imprimir los tipos. En esta nómina no estarían comprendidos los scalptores que preparaban los cuños, probablemente por su condición de orfebres a cuyo taller se acudiría en demanda de sus servicios.

Faltando básicamente la documentación arqueológica, o de otro tipo, de época ibérica, son las reproducciones monetales las que nos ilustran acerca del instrumental utilizado en un taller. De nuevo la principal información proviene de materiales romanos, tal es el denario ya mencionado de Tito Carisio, del 45 a. C., donde figura un cuño, un yunque, el forceps o tenacillas para sujetar el cospel y el malleolus o martillo, y una pieza de Paestum que ilustra el acto mismo de acuñar.

Los flanes debían ser obtenidos en serie mediante fundición del metal en moldes semicilíndricos o bien recortados a partir de láminas. El hallazgo de dos rodajas de bronce sin acuñar, una separada y otra a medio recortar, en el yacimiento de Valdeherrera (Calatayud, Zaragoza) documenta el segundo método de obtención de los cospeles. En este último metal, más que un peso exacto se trataba de conseguir un número fijo de piezas por libra, sin embargo en la plata cada flan era pesado y ajustado en el momento de la acuñación.

Por otra parte está la operación de fabricación de los cuños propiamente dichos. La utilizada por los iberos y celtíberos se ha explicado mediante dos sistemas. Para documentar el primero nos podemos servir de los patrones de plomo que nos han llegado, como el aparecido en Vielle-Toulouse con la impronta del anverso y reverso de una moneda de *Śekaisa*, publicado por Fouet y Sàves, y otros dos con representaciones del denario oscense, uno hallado en el citado lugar de Valdeherrera, estudiado por Medrano, y otro procedente un lugar de Lanaja (Huesca), dado a conocer por Domínguez. En todos ellos figuran los distintos elementos que deben ir reflejados en la moneda, las figuras y las leyendas. Suponiendo que el sistema de fabricar los cuños fuese parecido al explicado por Balog en la amonedación musulmana de Egipto en la Edad Media, el procedimiento técnico que se seguiría comenzaría con el grabado en negativo sobre una lámina de plomo, más maleable que el bronce, positivando la imagen a través de un molde de arcilla (son las denominadas "monedas de arcilla" que aparecen casualmente en los yacimientos).

Con este molde, previamente cocido, se confeccionaba un nuevo negativo en bronce que era el empleado para preparar el punzón en positivo y a partir de él obtener un número amplio de matrices destinadas a la fabricación de los cuños. Aunque en principio supondría un sistema rápido de fabricación de monedas sin embargo las sucesivas operaciones conflevarian la pérdida de muchos detalles del grabado.

Otra de las técnicas de elaboración se refleja en los punzones de bronce, de forma cónica o troncocónica, como el procedente de Valdeherrera, cuya imagen troquelada en relieve en uno de sus extremos era la que se trasladaba a los cuños matrices, quedando la figura en hueco, y probablemente las leyendas se aplicaban directamente en éstos, dada la dificultad de trabajar éstas en relieve en los propios punzones. Es posible que este segundo sistema fuera el seguido cuando se necesitaba moneda en gran cantidad y en lugares distintos, utilizándose el primero en condiciones normales de funcionamiento de la ceca. Sea uno u otro sistema, los cuños, hasta su total amortización, eran los que intervenían en el acto mismo de acuñar.

Algunos detalles que a veces pasan desapercibidos, como círculos concéntricos, trazos o puntos para distribuir las letras, son los que, junto al propio arte monetario, nos alertan acerca del uso de determinados útiles o del proceso técnico de elaboración de los
cuños, donde el compás fue de gran utilidad para marcar el borde circular, según el diámetro del valor correspondiente, y el buril para orientar y fijar los límites de los trazos de
las leyendas o hacer retoques en las imágenes.

### El sistema monetario ibérico y celtibérico

Como hemos visto las cecas de la *Citerior* partieron de bimetalismo, en contraste con el monometalismo de las ubicadas en los ámbitos actuales de la Alta Andalucía y Sur de la Mancha. Se fabricaron piezas de plata y bronce. Cada metal comprendía sus unidades y fracciones respectivas: en plata el denario dividido en dos mitades llamadas quinarios y en bronce el as, su mitad, tercera, cuarta, sexta y doceava parte, que denominamos respectivamente semis, triente, cuadrante, sextante y uncia.

Pero nuestra seguridad de conocimientos sobre el sistema monetario ibérico y celtibérico es sólo aparente. Ignoramos en realidad las denominaciones que estos pueblos dieron a sus propias monedas, con escritura indígena y metrología basada en principio en el sistema romano, dado que las únicas referencias a una moneda local se encuentran en Livio y son poco explícitas no pudiendo interpretarse como denarios ibéricos, según veremos. De modo que la ausencia de información ha conducido a utilizar -tal vez erróneamente- la terminología romana para mencionar los valores indígenas, conforme a su peso, módulo y, a veces, marcas de valor.

Precediendo a la adopción del denario, algunas ciudades próximas al litoral mediterráneo habían ejecutado ya valores de plata con tipología griega y escritura ibérica didracmas, dracmas, hemidracmas, hemióbolos- en cantidades notables. Una vez instaurado el sistema de referencia nos llama la atención el escaso número de cecas que utilizó este metal. No es raro que lo hicieran Kese e Iltirta, conocidas sus dracmas anteriores, pero además se incorporaron otras nuevas entre los ausetanos (Ausesken), suessetanos (Sesars, Bolskan, Sekia), vascones (Arsakos, Arsaos, Baskunes, Bentian), sedetanos (Kelse) y celtíberos (Belikiom, Sekaisa, Turiasu, Arekoratas Oilaunes, Sekobirikes, Kolounioku, Sekotias, Konterbia), también Ikalesken, en territorio edetano. Son excepcionales las que fabricaron quinarios y siempre en emisiones muy reducidas (Kese, Sesars, Turiasu). De cualquier forma, la práctica totalidad de los talleres nos son conocidos por sus emisiones de bronce, ases en mayor o menor cuantía y muy pocos divisores, siendo solamente Untikesken, Kese, Iltirta, Eusti y Arekoratas las que introdujeron en algún momento todos o casi todos los valores.

Además estaban las monedas de plomo, hasta hace poco nada valoradas, en opinión de M" P. García-Bellido emitidas para pagar a los operarios que trabajaban en las minas, a lo que habría que añadir que la propia necesidad de moneda divisionaria conduciría a la fabricación de estas piezas de pequeño módulo, con iconografía similar y, a veces, igual leyenda que los ases (en Arketurki, Bolskan, Šekaisa, Lakine, Šekaisa) aunque solamente los tres glóbulos, cuando están presentes, nos advierten de su valor como cuadrantes (fig. 142).

Si bien dentro del sistema republicano las distintas especies monetarias se distinguían por las figuras de los anversos, el indígena eligió los reversos para incorporar unos esquemas figurativos que van a ser distintivos de cada nominal y repetidos hasta la saciedad, sin apenas variar formalmente a lo largo de toda su producción.

Eran figuras humanas o animales, a veces acompañadas por símbolos o signos. Es cierto que hay un total desconocimiento acerca de las normas que rigieron el uso de los tipos y de las marcas, pero lo que si es patente es que uno mismo pudo encarnar a valores diferentes. Así queda reflejado en el desarrollo de las emisiones de *Untikesken*, donde los reversos adoptados desde las primeras, del siglo II a. C., que prácticamente se mantuvieron sin cambios hasta el cierre del taller, fueron el pegaso en las unidades, el toro embistiendo o el hipocampo en los semises, el león en los cuadrantes y el caballo en los sextantes. Sin embargo hay una excepción en una de sus emisiones de mediados de la segunda centuria, en la que el león pasó a representar al as y el hipocampo al semis, y dos tipos nuevos, el gallo y el jabalí respectivamente al cuadrante y al sextante.

Al margen de singularidades como la mencionada, se puede considerar que hubo unas representaciones más o menos fijas en cada valor. En el as y el denario por lo general era el jinete con distintos atributos. En otros denarios y en los quinarios figuró un segundo caballo conducido por el mismo jinete, que quizás represente una escena de decursio como en las monedas romanas. Tipos peculiares de los ases fueron el pegaso de Untikesken, el lobo de Iltiria y el toro de Neronken. En cuanto a la moneda fraccionaria de bronce, la imagen generalizada a todos los valores fue el caballo en diferentes actitudes, casi siempre galopando, y a veces piafando o pastando, en los cuadrantes también se utilizó el medio pegaso y, en los sextantes, además del caballo mencionado, su protome o el delfín. Excepcionalmente el toro representó al semis de Untikesken y Abariltur, el león al mismo valor de Iltiria y al cuadrante de Untikesken, el jabalí al cuadrante de Ikalesken e Iltiria y, en algún caso, al cuadrante y sextante de la ceca indigete; en cuanto al gallo solamente aparece en el semis de Arekoratas y ciertos cuadrantes de Untikesken.

Aparte de la iconografía, que como vemos ofrece escasas variaciones, el peso de las monedas puede constituir un referente más para conocer y distinguir los valores, siempre con las cautelas que conlleva el sistema de fabricación de los cospeles y las devaluaciones inherentes a todo sistema monetario.

Sabemos que en la Antigüedad las unidades ponderales precedieron cronológicamente a las monetarias en unos casos, mientras que en otros ambas unidades siguieron un curso paralelo. Por una cuestión práctica los problemas que planteaba la utilización de piezas de peso tan elevado, junto con el aumento progresivo del valor del cobre, hicieron que las monetarias comenzaran a disminuir de peso, aunque se procuró mantener las mismas denominaciones y una relación proporcional con las ponderales. Algo similar debió suceder en el sistema ibérico.

Hacia el 211 a. C. se crearon el denario y victoriato romanos, con un peso de 4,5 g y 3,4 g respectivamente, experimentando a principios del siglo siguiente un moderado descenso. A la metrología de este denario más ligero de 3,90 g, vigente con escasas variaciones a lo largo de toda la centuria, se acogieron los ibéricos y celtibéricos. Las gráficas de pesos manifiestan que las piezas indígenas más antiguas tendieron a respetar el patrón o sobrepasarlo ligeramente en algún caso, mientras que las correspondientes al último cuarto del siglo y primera parte del siguiente muestran una bajada de cerca de 0,5 g por lo general, como se ve en las emisiones de *Ikalesken*, *Turiasu* y *Sekobifikes*, principalmente.

Más complejo es concretar la metrología de las monedas de bronce. Varios sistemas estaban vigentes a principios del siglo II a. C. y los que influyeron en las amonedaciones de la Citerior fueron el cartaginés y el romano. El cartaginés fue usado por este pueblo en el sur de Italia y Sicilia e introducido en Hispania después del 211 a. C., con un peso en torno a los 8/9 g -o 30 monedas en libra- próximo al del shekel fenicio (la mitad del sextante del sistema triental romano), evolucionando más tarde a 10/11 g al equipararse al romano. Por su parte, el sistema romano al que se pudieron acoplar las emisiones indígenas fue el uncial, que vino a imponerse en el primer cuarto del siglo II, es decir, aquel en el que el peso del as pasó a tener el de la primitiva uncia, en origen de 28/27 g, y en sí mismo era producto de devaluaciones anteriores a partir de la libra cuyo peso en origen era de 324,45 g (postlibral, triental, quadrantal y sextantal). A mediados de la segunda centuria sufrió una nueva bajada de su peso implantándose el uncial reducido de aproximadamente 18 g y en el primer tercio del siglo I a. C., tras la aplicación de la lex Papiria, devino en semiuncial con un peso teórico en torno a los 14 g.

Es opinión de Villaronga que en el actual territorio catalán, en el siglo II a. C., coexistieron los dos sistemas metrológicos, el cartaginés, secundado por Kese y el romano por Untikesken e Iltiria, influyendo probablemente la metrología de los indigetes en el desarrollo de las emisiones ausetanas y layetanas más antiguas, sin constituir, no obstante, un obstáculo para que las más tardías pasaran a depender del patrón cessetano. Para este autor, el taller de Kese inició sus emisiones bajo el sistema de 18 monedas en libra antes del 211, para continuar fabricando bajo la ocupación romana entre 24 y 30 piezas con la misma cantidad de metal, hasta incluir 40 piezas al descender el peso del patrón a principios de la siguiente centuria.

En cuanto al resto del ámbito estudiado, no podemos llegar a establecer ningún tipo de generalización, ni menos asegurar la coexistencia de patrones diferentes teniendo en cuenta el carácter fiduciario de la moneda que estamos tratando y la diversidad de cecas. Además está la dificultad ya expuesta de ordenar cronológicamente las emisiones en las que, salvo excepciones, lo habitual es no incluir todos los valores, presentándose con frecuencia serias dudas sobre la definición de las fracciones en relación con su unidad correspondiente.

A juzgar por las enormes desviaciones que se manifiestan en las curvas metrológicas se deduce que, si bien las cecas en las que se acuñó bronce pudieron tener en principio como referencia los patrones romanos descritos, sin embargo no se ajustaron a ellos estrictamente, y no sólo porque la técnica de fabricación de los cospeles a partir de una cantidad de metal prefijada no permitía obtener pesos exactos, sino también porque ello no era seguramente imprescindible dada la función y ámbito de circulación de estas piezas orientadas, preferentemente a la actividad comercial dentro del ámbito local, a diferencia de las de plata que, por su destino también fiscal, estaban más obligadas a ceñirse al patrón romano.

# 4. ICONOGRAFÍA

La cierta regularidad iconográfica, tanto de anverso como de reverso, es un rasgo común a las monedas de la *Citerior*, lo que contrasta con la mayor libertad en la elección de tipos en la *Ulterior* siendo un número de cecas bastante inferior.

El acto soberano de la acuñación queda expresado por la leyenda que refleja a la comunidad, o su parte más representativa, y quizás también por la imagen del anverso si la consideramos como la expresión plástica de la etnia del grupo. Cabe suponer, no obstante, una cierta influencia o condicionamiento en su puesta en marcha por parte del poder romano, aunque es difícil precisar en qué grado, y no parece que afectase a la decisión de acuñar con una determinada y reiterada tipología que se convierte en emblemática durante todo el tiempo que duraron estas emisiones.

No hay duda de que la procedencia de los prototipos que copiaron o en los que se inspiraron hay que buscarla en la Magna Grecia, especialmente en Sicilia, y en los ámbitos púnico y romano, no habiendo posibilidad de admitir hoy una relación con las célticas centrocuropeas, también con busto varonil y jinete, como en otro tiempo se pensó.

Si bien es cierto que las comunidades centroeuropeas copiaron en un principio los tipos griegos, y más tarde se inspiraron en otras piezas que eran imitación de las griegas y que circulaban por la Galia, también lo es que las poblaciones ibéricas tenían los modelos en su propio territorio y no sería necesario pasarlos por el tamiz céltico, cuyas influencias ni siquiera se manifiestan evidentes. Más bien al contrario, las monedas ibéricas, introducidas en el circuito comercial desde finales del siglo III a. C., contribuyeron a la aparición de un gran número de acuñaciones en la Galia Narbonense desde mediados del siguiente.

De esta forma, aunque los iberos carecían en principio de tradición monetaria, sin embargo, tuvieron la oportunidad de conocer y usar la moneda a través de su actividad comercial con los griegos. Más tarde, el desarrollo de la segunda guerra púnica les facilitaría el contacto con las monedas púnicas, hispano-púnicas y romanas que circulaban mezcladas con las griegas. Son todas estas piezas las que utilizarán de modelo por el prestigio que conllevaban, que podía suponer mayor garantía para el cambio.

# Hombres y dioses en las monedas ibéricas y celtibéricas

El anverso más habitual es la efigie masculina mostrando el perfil derecho, excepcionalmente el izquierdo (algunas piezas de *Iltirta*. *Ilturo*. *Baśkunes*. *Arse*. *Ikalesken*), a veces con barba. En raras ocasiones se presenta laureada o diademada. Hay contadas representaciones femeninas o no son demasiado evidentes, siendo así como se ha interpretado el rostro de algunas de las piezas de *Neronken*. Una excepción a esta tipología es la venera reservada principalmente a monedas edetanas, aunque la encontremos también en *Lauro* y *Lakine*, así como la cabeza del lobo con el creciente flanqueando la leyenda de *Iltirta* (fig. 129).

Formalmente esta imagen se apartó muy poco de un tipo de representación fija, aunque el estilo y el arte en sí ofrezcan una mayor diversidad. Diferentes diseños se aprecian en su trazado, que van desde los rostros equilibrados y perfiles más acorde con una estética claramente griega en las primeras emisiones, en particular las de las cecas litorales, hasta la degeneración y tosquedad de estilo de las del último período, sobre todo las de las cecas del interior. Es evidente que, conforme transcurre el tiempo y se adentran en la península el arte de estas monedas se desprende del influjo griego para aceptar una estética más autóctona, propía de unos pueblos menos acostumbrados a representar la figura humana, que a veces se manifiesta fuertemente expresiva. Este expresionismo de los rasgos faciales es especialmente notable en las de tipo vascón, evidenciando una singularidad en la forma de concebir el ojo por medio de dos triángulos, uno de menor tamaño, que dibuja la pupila, en el interior de otro mayor que conforma la cavidad orbital, unido a una nariz y unos pómulos muy salientes y una frente corta y huidiza. La cabellera es la que proporciona mayores posibilidades de diferenciar estilos. El artista se recreó dibujando uno a uno los diferentes rizos que la conformaban, por lo general a base arquitos paralelos, teorías de "eses" o semicírculos enfrentados en torno a un punto, llegando al extremo de la esquematización en algunas cecas celtibéricas y en las vasconas.

El busto, delimitado a la altura del cuello por una línea curva u ondulada, puede aparecer adornado con un collar o torques, o viéndose vestido con el sagum, manto que, al decir de Diodoro y Posidonio, llevaban los celtíberos recogido sobre el hombro derecho sujeto con una fíbula. En los ejemplares en los que se representa esta sujeción, ésta se ajusta a la del tipo anular hispánica, un modelo muy extendido por la península ibérica desde el síglo VI a. C. (Bolskan, Tamaniu, Kelse, Kese e Iltiria).

Torques, casco, diadema, láurea, son elementos complementarios o de dignidades añadidas que, asociados a las distintas efigies, debieron tener un significado formal o un contenido que se nos escapa, no habiendo posibilidad de contrastarlo con fuentes plásticas. Los indígenas, como hemos dicho, eligieron un prototipo de imagen de entre los conocidos porque para ellos debía tener un sentido especial, aunque éste no tenía que coincidir necesariamente con el de origen.

Creemos que la representación monetal del adorno del cuello correspondería a un collar convencional de cuentas, representado por una teoría de puntos, o al torques si la línea es continua. Éste último puede ajustarse a la esquematización o simplificación del collar rígido que conocemos a través de los ajuares de las tumbas célticas. Era un objeto ornamental formado por un tubo de metal hueco, de sección circular o poligonal, a veces helicoidal, decorado y rematado en los extremos por distintos tipos de cierres, generalmente botones y a veces cabezas estilizadas, ejemplificado en las monedas de Lauro y Oskunkem.

Se encuentra además ilustrado en las estelas célticas y en las monedas galas. Según la información de las fuentes sabemos que los guerreros de alto rango lo adoptaron como signo distintivo o insignia honorífica, hecho que, para Dechelette, tuvo lugar hacia finales del siglo IV a. C., cuando dejó de aparecer en las tumbas femeninas de La Tene II. Esta asociación y su presencia en las monedas de *Gadir* e hispano-cartaginesas ha conducido a

algunos autores a extrapolar la supuesta adaptación indígena de un Marte o Hércules púnico de las monedas del sur a las cabezas ibéricas y celtibéricas, no obstante pensamos que tal asimilación basada exclusivamente en la adición del ornamento mencionado no parece demasiado convincente, no habiendo duda, sin embargo, en la efigie de las dracmas y didracmas de Arse y Śaiti por estar acompañada de los atributos propios de esta última divinidad.

Una mayor relación con prototipos griegos, púnicos y romanos demuestran las figuraciones galeadas, diademadas y laureadas. La efigie de las draemas, hemidraemas y divisores de Arse tuvo este origen y su uso perduró en los ases ibéricos de la ceca hasta las emisiones bilingües, lo mismo que la de *Untikesken* con una continuidad hasta las hispano-latinas. La representación galeada se extendió a otras cecas del interior, así *Sesars* la incluyó en sus denarios y *Sekobirikes, Turiasa* y *Bilbilis* en sus divisores de bronce. A su vez los galos la reprodujeron en una serie de draemas tomándola directamente del denario consular, mientras el reverso constituye una mala copia del cessetano.

Sobre una serie de semises de Sesars aparece un tipo peculiar y excepcional. Es el de la cabeza bifronte, representación de Jano, el dios ambivalente de dos rostros adosados, uno mirando hacia defante y otro hacia atrás, con el aspecto juvenil de las emisiones republicanas (fig. 131). Por otro lado, es difícil interpretar la imagen masculina con un gorro o tocado alado de ciertos cuadrantes de Kese y semises de Kelse, quizás un Hermes o Mercurio, y no descartamos una posible readaptación del casco alado de la de Roma. Varias cecas indígenas pusieron la cabeza del anverso ceñida por una laurea o una diadema, de la que a veces penden las cintas o femniscos que la sujetaban por la parte posterior, cuyo modelo podría buscarse entre las dracmas de Arse y bronces de Saiti, inspiradas a su vez en el tipo de representación helenística de las monedas de los bárquidas acuñadas en Hispania. Para Crawford los rostros laureados de las emisiones más antiguas de Kese recuerdan a las de Hierón "Moericus" de Morgantina (Sicilia).

### El tipo del jinete

La imagen predominante sobre el reverso del as y del denario es el guerrero enarbolando un arma y las menos veces una palma o un estandarte, pudiendo llevar un segundo caballo en los denarios y quinarios de *Kese, Iltirkesken, Turiasu e Ikalesken.* Excepciones son el pegaso en *Untikesken* y el lobo en *Iltirta*, también utilizados en valores inferiores al as en otras cecas.

El precedente más inmediato del jinete con lanza que aparece entre las monedas de los suessetanos, vascones y celtíberos principalmente, puede verse en las dracmas con leyenda *Htifkesalir*, donde además lleva un escudo redondo.

De esta figura sólo se ve su costado derecho, con la mitad superior del cuerpo en posición frontal, y, como excepción, se representó algún detalle del lado opuesto. En *Ikalesken* se documenta la única imagen monetal de la *Citerior* orientada en el otro sentido, al modo de las meridionales *Ituci* y *Carissa* (figs. 121 y 122). El atuendo en cualquier caso es el propio de un guerrero, una túnica corta sobre el pantalón o *bracae*, viéndose en cuños poco desgastados la banda o cinturón que ceñía aquella a la cintura y los tirantes de cuero que se entrecruzaban a la altura del pecho. Sobre sus hombros lleva el *sagum*, utilizado indistintamente por los guerreros ibéricos y celtibéricos. Va provisto de botas de montar y se cubre la cabeza con un casco de variada tipología. Uno de los más figurados, documentado además en contextos arqueológicos de Quintana Redonda (Soria), Azuara y Caminreal (Teruel), es el casco de forma cónica rematada en la parte superior por un botón, con visera de ala ensanchada, aproximándose bastante al "Montefortino" y al *petasus* griego o romano aunque de copa más alta. Es el que llevan los jinetes de las monedas de *Sesars*, *Bolskan, Ikalesken, Bentian* y *Bursau*, entre otras, aparte del modelo sin visera o el de cimera de tipo romano también adoptados por los iberos y celtíberos.

En relación con esta imagen del jinete montado sobre un caballo en movimiento, apoyado sobre las patas traseras, lanza en ristre, la única modificación consistirá en cambiar aquella por otro objeto sin alterar la posición del cuerpo (palma, estandarte) o girando el brazo derecho hacia atrás para mostrar armas de menor peso y longitud (espada, hacha doble, hoz, venablo) en las cecas localizadas en los territorios céltico o celtibérico. Definir con exactitud el tipo de arma por la forma o el tamaño carece de importancia condicionado como estaba el grabador por el soporte y el espacio, derivando necesariamente hacía representaciones más bien esquemáticas y poco detalladas.

Para interpretar el armamento, aparte de las fuentes, está la pintura vascular, la escultura y los objetos de metal ibéricos y celtibéricos. El vástago largo que sostiene el jinete monetal es un arma que se pretende lanza dado el modo de sujetarla, no existiendo suficiente detalle como para diferenciarla del pilum como la define Guadán en algunas piezas. En ese caso cabría pensar en otras armas de características similares utilizadas con gran eficacia por parte de la caballería indígena, como la falarica, fabricada de madera y hierro, o el soliferreum, de mayor longitud y fundido en hierro, de procedencia céltica, documentándose además su uso por los cartagineses y otros pueblos del Mediterráneo.

La que sostiene el jinete de las monedas de Baskunes, Bentian, Olkairun y Uarakos (fig. 136), similar a las ilustradas en Turirecina y en los denarios emeritenses, puede ajustarse a la falcata de hoja curvada y un sólo filo, cuyo precedente está en el sable griego o machaera, más propia del ambiente mediterráneo, al igual que la espada recta de doble filo o gladius hipaniensis, que prefirieron los celtíberos. Ambas, fabricadas de hierro, formaron parte de los ajuares funerarios celtibéricos en asociación con arreos y bocados de caballo (p. e. en las necrópolis sorianas de Ucero y Carratiermes).

Más dudas presenta la identificación de las otras muestras del armamento por la extraordinaria simplicidad del grabado. Se ha interpretado como hacha el objeto que lleva el jinete en las monedas de Arsaos y Teitiakoś, parecido a una flecha o martillo (fig. 137), si es hacha podría atender a la descripción de la bipenne que, según Silio Itálico, llevaba el cántabro Larus, y de la que contamos además con reproducciones monetales en un as de la ceca de BALLEIA (Hornachos, Badajoz) y en el denario emeritense de P. Carisius. Documentada igualmente en conjuntos funerarios celtibéricos del Alto Duero, fechados entre los siglos IV y III a. C., se encuentra la hoz o falx que lleva el jinete de Oilaunes, Tufiasu, Tifsos y Unanbaate, con forma de vástago corto y recurvado en su extremo superior, aunque esta interpretación no excluiría su posible asimilación al cayado.

Otros elementos vinculados también con las actividades guerreras son la trompa. que recuerda al cornix galo y el signum o estandarte militar. El primero es alzado por el guerrero de Louitiskos, al modo de los reproducidos en las monedas griegas y utilizados en los desfiles o paradas de las tropas auxiliares de las legiones romanas. Historiadores como Apiano nos informan acerca del uso de los cuernos de guerra entre los numantinos, además de estar documentados arqueológicamente y en la plástica ibérica. así en la propia Numancia y en el bajorrelieve de Osuna. Con variantes se presenta el supuesto signum o estandarte militar que ostentan los jinetes de talleres situados en ámbitos distintos, los de la sedetana Seteisken, la celtíbera Sekaisa, y la presumiblemente ceca gala de Kuřukuřuatin, habiendo referencias literarias al uso de estos elementos entre los celtíberos, en particular en T. Livio. En Seteisken se representa como una larga vara rematada por un creciente lunar que, por el modo de sostenerlo, creemos que se trata del estandarte o emblema militar, aunque no faltan opiniones sobre su identificación con el caduceo simbolizando la misión del praeco o heraldo (fig. 138). Singulares son también el de Kuřukuřuatin con la figura de un jabali (fig. 160) y el de Sekaisa con un ave de presa que quizás sea un águila, del que volveremos a hablar más adelante (fig. 154).

Se puede deducir de lo expuesto que, si bien los prototipos monetales que les sirvieron de modelo pertenecían al mundo clásico con el que mantenían contacto, sin embargo la temática figurada era esencialmente indígena y así lo confirman otras representaciones plásticas y los propios objetos documentados en los contextos arqueológicos y descritos por los escritores grecolatinos.

## El origen del tipo del jinete y su significación

Heiss, Vives, Amorós, Schulten fueron los primeros en advertir la extraordinaria similitud existente entre las monedas del jinete y las emitidas por Hierón II de Siracusa (274-216 a. C.) después de la victoria sobre los mamertinos.

A confirmar esta relación contribuyó la aparición en la localidad siciliana de Morgantina de unas piezas con la figura de Palas Atenea en el anverso, formalmente idéntica a la de *Untikesken*, y el jinete lancero mostrando el manto en el reverso, además de la leyenda latina *HISPANORVM* alusiva al origen de los mercenarios que participaron en la batalla. La explicación de las características de estas monedas ha generado dos propuestas principalmente. Apoyándose en la presencia de Sexto Pompeyo en Sicilia, los partidarios de una cronología baja han defendido su acuñación con posterioridad a las ibéricas, las cuales les servirían como modelo. Sin embargo, es opinión más generalizada actualmente que fueron los mercenarios iberos los que copiaron las siracusanas, constituyendo éstas

entonces el precedente de las ibéricas, con lo que se adelantaría su cronología a la segunda mitad del siglo II y primer cuarto del I a. C.

Pudo ser efectivamente éste modelo y el de las monedas de Hierón el que influyó en la adopción de un tipo que les era ya familiar, pues de hecho es una imagen, la del caballero enristrando lanza, que está presente en otras manifestaciones de la cultura ibérica y los historiadores clásicos confirman la vinculación de los iberos a la actividad ecuestre al referirse al dominio que tenían sobre el caballo y sus tácticas en la batalla, lo que llamaba la atención de sus enemigos.

Otra es la estampa del caballero con manto al aire, apoyando sobre su hombro derecho la rama o palma que recuerda la representación de los Dióscuros. Cástor y Pólux, sobre los denarios republicanos. En realidad una variación sobre el mismo esquema descrito más arriba que los grabadores de Kese aplicaron al denario y al as, siendo utilizado en otras cecas de los territorios más nororientales -Auŝesken, Ilturo, Iltirta - y del litoral levantino -Śaiti, Kili-, e incorporado por determinados pueblos del interior al menos en alguna de sus emisiones, principalmente por los sedetanos -Kelse, Seteisken, Saltuie- y en menor medida por los celtíberos -Śekaisa, Kontebakom Bel-. Sin entrar en la consideración del momento en que se introdujo este elemento en la amonedación, convirtiéndola los romanos, junto con la corona, en atributo de la Victoria, es factible pensar que la representación de las indígenas no guardaría relación con un triunfo concreto como pudo simbolizar la propia imagen de la Victoria en los semises bilingües de Usekerte -o la anterior de Untikesken-.

Más bien nos parece que lo que trataban de expresar los iberos y celtíberos con este atributo era el propio deseo de victoria y la paz consiguiente, al modo de las escenas alegóricas de algunos denarios romanos, como los tardorrepublicanos acuñados en *Hispania* por *M. Minatius Sabinus*, en el 46-45 a. C., con la efigie de Cn. Pompeyo Magno, donde aparece *Hispania* con la palma delante del soldado pompeyano. La rama palmiforme podría significar también la asimilación por parte de los indígenas de determinadas costumbres romanas como la expresión de los *ludi publici*, bien de los juegos ecuestres consecutivos a las victorias (al estilo de los instaurados por Sila tras sus campañas en Oriente), bien de los anualmente celebrados *Ludi Apollinares* donde la palma intervenía como símbolo de purificación.

En pocas cecas el jinete se muestra sujetando por la brida un segundo caballo como expresión tal vez de la parada militar, tal como lo vemos en Kese y con algunas modificaciones, como el cambio de orientación hacia la izquierda, la desaparición de los atributos del jinete kesetano y la incorporación del escudo, en Ikalesken. Resulta así la imagen de Ikalesken una representación excepcional en la Citerior, salvando el precedente mencionado de las dracmas de Iltifikesalir, siendo más habitual en la Ulterior (Ituci, Carissa). Paralelos iconográficos del escudo redondo con umbo central se encuentran en estelas del suroeste, en los relieves de Porcuna (Jaén) y Almodóvar del Río (Córdoba) y sobre monumentos y estelas norteafricanas. Este escudo podría ser la caetra de la caballería romana o la parma de los jinetes meridionales africanos. Otra particularidad de Ikalesken podría ser la misma imagen del jinete con un haz de jabalinas al hombro, en sustitución del manto,

sino fuera porque esta característica se manifiesta solamente en un cuño de mal arte que Villaronga incluye entre los denarios de la ceca; no habiéndose detectado otro similar ni siquiera entre las piezas de bronce parece que no hay duda de que se trata de la misma elámide.

Por último es preciso dedicar unas líneas a la pretendida escena de cetrería de las monedas de *Śekaisa*, cuya interpretación no nos parece correcta si nos atenemos a la estricta representación monetal, careciendo además de referencias netas a esta costumbre en *Hispania*, tanto en la plástica indígena como en las fuentes. No encontramos justificada la posible asociación de la imagen con las de las monedas geto-dacias ni con la decoración vascular de Boltax (Murcia) que propone A. Beltrán, en las que por otra parte nos parece difícil identificar la escena de caza.

Así pues, explicar el origen y significación de esta figuración nos remite de nuevo al arquetipo del lancero modificado. Las piezas de Sekaisa, eronológicamente atribuidas a poco antes de mediados del siglo II a. C., acogen el mismo tipo, con la diferencia de que la lanza o jabalina ha sido reemplazada por un estandarte coronado por la figura de un ave. sin variar la postura del caballero. De estar condicionados por el tamaño del animal y la idea de una escena de cetrería podríamos pensar en la figuración de un halcón o un azor (o porqué no de un águila), en cuyo caso no nos parece correcta la manera de llevar sujeto el animal, porque es inviable. El torenta colocó la enseña donde pudo y como pudo, en el único espacio que tenía libre, es decir delante o detrás del caballo, pero siempre en el extremo de un largo vástago con idéntico esquema al del lancero en el primer caso, no siendo probablemente (an importante concretar la especie como el becho de representar un animal, lo más seguro un águila, que tendría un sentido especial para los habitantes de Sekaisa. Recordemos que además el águila es un tipo que ya figura en didracmas de Saiti de finales del siglo III a, C, y en sus emisiones posteriores. Estamos, pues, en la ceca celtibérica ante el signifer enarbolando el signum, al estilo del representado en las monedas hispanolatinas con el águila legionaria sobre un astil central flanqueado por los signa manipulares.

## Representaciones de animales y objetos

Parecido esquema figurativo al descrito para el anverso del as se encuentra en los divisores, cuya tipología de reverso ofrece una mayor variedad resumida en la representación de animales como el caballo, el toro o el delfín, o bien de objetos como la proa o la rueda. Es indiscutible que cualquiera de estas imágenes tenía por sí misma un contemdo simbólico que ha podido desaparecer al plasmarse en el objeto monetal.

El caballo resulta ser el más común, figurándose en diferentes actitudes en la mayor parte de las monedas ibéricas y celtibéricas, también como pegaso e hipocampo, además del toro, que en Arse y Neronken adoptó la cabeza humana de frente. A este último se le concedió mayor protagonismo en las cecas indígenas de la Ulterior, aunque más tarde será utilizado por varias cecas hispanolatinas de la Citerior.

Como elementos iconográficos ambos, caballo y toro, eran perfectamente conocidos por los iberos y celtíberos y como tipos monetales estaban presentes en las piezas que les sirvieron de modelo. Por lo general se representaron junto a los dos símbolos astrales por excelencia, el sol o estrella y el creciente lunar, en Arse con el trébol y en Untikesken y Neronken con la corona de laurel. La figura de pegaso responde al caballo celeste (como el hipocampo al marino) que los griegos comenzaron a representar desde el siglo VII a. C. En Untikesken constituyó una clara continuidad de las emporitanas y los indígenas lo emplearon como tipo en pocas cecas -Sesars, Bolskan, Kelse, Belikiom, Tuñasu, entre otras-. Fue sin embargo restringida la elección del hipocampo a divisores de Untikesken y Kese.

Aunque la utilización del delfín como símbolo es lo más habitual, en ocasiones ejerció el papel de tipo principal, así lo vemos en los reversos de los divisores de Abařiltur, Arse, Ilturo, Kese, Lauro, Śaiti, Euŝtibaikula, Kili, Baitolo, Lauro e Ilturo, como también lo fueron excepcionalmente el gallo (Ařekořatas y Kese), el jabalí (Untikesken, Iltiřta, Šekaisa), el perro (Kese), el león (Untikesken, Iltiřta, Šekobiřikes), el lobo asociado con la rueda (Iltiřta) y la proa (Arse).

Entre los distintos símbolos complementarios a los tipos principales se repiten animales que debieron tener alguna significación especial como el jabalí, el lobo, la leona, el perro y el delfín, además de otros objetos como la punta de lanza, el caduceo, el cetro, la proa, el timón, la Victoria o la palma, entre otros, pero sin duda el más representado fue el delfín.

En sí mismo el delfín constituye también uno de los elementos cuya filiación clásica es fácilmente reconocible, como representativo de Apolo Delfinios y símbolo de la amistad y protección del hombre. Como motivo ornamental complementario es muy frecuente su colocación en mosaicos, monumentos funerarios o estelas, y también en las monedas, siendo la griega Emporiton la primera ceca peninsular que adoptó la efigie rodeada por los delfines, cuyo prototipo más cercano está en la siracusana ninfa Aretusa, y que los iberos, sin interpretar la relación de acompañamiento de una divinidad acuática, la adaptaron a la cabeza masculina.

La estrella, aislada o asociada al creciente lunar, se acuñó en principio en monedas itálicas, masaliotas y en las cartaginesas, junto al caballo, como luego se verá en Kese, Iltirta, Kelse, Bilbilis, Turiasu y Kalakorikos o junto al jinete como en Arse, Bolskan y Turiasu. Quizás este símbolo pueda estar en relación con el culto solar, del que sería una simplificación esquemática, conectado a una divinidad masculina o a animales que simbolizan la virilidad, la fuerza (la guerra) como el caballo, el león o el toro.

Del análisis de la tipología se puede deducir que las representaciones de los reversos están relacionados de alguna forma con la misma imagen del anverso, la cual pudo representar a la propia comunidad, en uno y otro caso acompañados de atributos o símbolos que contribuían a realzar esta significación de poder o fuerza del grupo. Es decir, que el tema de la guerra está siempre presente en la efigie masculina y en el heros equitans en diversas actitudes, con distintos tipos de objetos, expresando siempre la misma idea. Idea que evoca también el caballo (o el toro), cuando se presenta sin jinete en los divisores y que es recurrente a toda la plástica eéltica e ibérica.

### 5. MARCAS Y CONTRAMARCAS

Determinadas marcas o símbolos grabados en las monedas podían hacer referencia al valor que se asignaba a una pieza, a una emisión o corresponder al distintivo del toreuta o del magistrado monetario. Otra cosa bien distinta fueron las contramarcas (llamadas también resellos, punzones, contraseñas o graffiti) aplicadas en un momento posterior al de la acuñación. En la moneda ibérica y celtibérica no siempre resulta fácil diferenciar unas de otras y sobre todo decidir la función que desempeñaron en cada caso.

### Marcas de valor y de emisión

Aunque la propia imagen era indicativa del valor de la pieza, no estaba de más la adición de marcas -glóbulos, puntos, barras o numerales-, para mayor confirmación del ciudadano al que con toda seguridad debían planteársele muchas dudas acerca de la valoración de las monedas, sobre todo las de bronce siendo como estaban sometidas a constantes oscilaciones de su peso.

Sin embargo ésto era al menos en teoría y así se encuentran establecido en el sistema duodecimal romano donde una barra representó a la unidad de doce uncias, una S al valor mitad o seis uncias -semis- y así sucesivamente, es decir; cuatro puntos equivalían a la tercera parte del as -triente-, tres puntos a la cuarta parte del as -cuadrante-, dos puntos a la sexta parte del as -sextante- y uno a la duodécima parte -uncia-. Más tarde con las sucesivas devaluaciones los valores se fueron adaptando en función del nuevo peso o patrón de la unidad correspondiente (uncial reducido, semiuncial, etc.).

Cabe suponer que, por mimetismo, los indígenas emplearan un sistema de marcas similar para diferenciar sus nominales, sin embargo en la práctica vemos que no siempre ocurrió así y su uso fue bastante aleatorio. Bien es cierto que al menos un tercio de los centros indígenas de la *Citerior* las utilizaron en algún momento de su producción. Siendo *Kese* una de las cecas que emitió todos los valores de plata y bronce observamos que tampoco en ellos se incorporaron correctamente, así un punto puede representar tanto a la uncia como al semis, cuatro al triente, tres al cuadrante y dos al sextante. Se podrían explicar también como indicativo del valor los dos palos verticales paralelos del sextante de *Baitolo* (quizás reemplazando a los dos puntos), si bien la misma señal la encontramos en el denario y el as de *Kolounioku* y una barra simple en el denario de *Arsakos*, en cuyo caso lo serían de la unidad dentro de cada metal.

 Kontebakom Bel y Karbika. No encontramos justificación de momento para conceder la misma significación a la ku de los cuadrantes en Kueliokos, donde casualmente coincide con la inicial de la ceca, aún a sabiendas de que el mismo signo se emplea en los de Kaiskata, sin relación aparente con el rótulo.

Se constata, pues, que hubo ciertos titubeos en la incorporación de estas señales, como el caso mencionado de Kese donde el punto se encuentra en divisores distintos, mientras en otras cecas es privativo del denario y del as, también los tres o cuatro puntos utilizados indistintamente en los trientes y cuadrantes en Afekorátas y Belikiom. Así lo podemos comprobar en la relación siguiente con los valores en los que estas marcas aparecen habitualmente:

- un punto (glóbulo) o barrita en ases, denarios, semises y uncias.
- dos puntos en semises y sextantes.
- dos barritas o dos puntos en ases y sextantes.
- cuatro puntos en trientes.
- tres o cuatro puntos en cuadrantes.
- el signo s en semises
- el signo ku (o círculo con punto central) en denarios y cuadrantes.

Otras marcas se han interpretado como expresión de un concepto numérico. El primer autor en dar este sentido a ciertos signos que aparecían repetidos sobre materiales epigráficos tanto de la Citerior como de la Ulterior fue Gómez Moreno. Tales son los epígrafes Eba y Ban, grabados en los ases de Untikesken y Śaiti y en los denarios de Ausesken, que para Guadán equivaldrían a 15 nummus, el primero, y 10 el segundo, es decir a 15 y 10 ases, sin embargo el mismo Ban aparece sobre divisores de bronce en Abafiltur y Lakine, sin duda refiriéndose más a la marca de emisión que al valor. Del mismo modo que nos parece insegura la equivalencia del signo X (o el ibérico ta) grabado sobre el as de Uarakos con el numeral romano, pues de ser así sería más lógica su aplicación sobre el nominal de plata que no sobre la unidad de bronce.

Hay marcas que pueden recibir distintas interpretaciones, de emisión, alusivas al toreuta, al magistrado, etc. En efecto, fue habitual incluir signos alfabéticos, silábicos o combinación de ambos para diferenciar las emisiones, ocupando en algunas el lugar de los símbolos figurados, como en Kese, o simplemente complementándolos como en Nertobis e Iltirkesken. No obstante, algunas de estas señales epigráficas pudieran hacer referencia al distintivo de un grabador, tal es como P. Otero interpreta la letra s disimulada entre los rizos del pelo de la cabeza de los denarios de Sekobirikes, apoyándose en paralelos similares de las monedas griegas y romanas. Para Crawford serían marcas de control o de recuento de piezas, aunque también podrían referirse a los magistrados.

### Contramarcas

Otro caso son las contramarcas aplicadas ya desde época republicana y más corrientes sobre las monedas hispanolatinas y las ibéricas que siguieron circulando en época imperial, como confirman los hallazgos. Un ejemplo de ocultación comprendiendo denarios romanos e ibéricos contramarcados es el de Villar del Álamo, en la provincia de Cuenca. Son por lo general símbolos en forma de dibujos, letras sueltas o formas geométricas, realizados a troquel o cuño, o con un objeto de punta aguda o roma, de sección circular o cuadrangular.

Contramarcas singulares son la rueda sobre ases de Arekoratas (similares a las de las monedas de Nemausus del año 19 a. C.), la lúnula o torques aplicada a piezas de Belikiom y Tamaniu y la estrella a las de Kese.

El punzón circular o cónico centrado, a veces con punto central, debió tener su precedente en los victoriatos y bronces de la República, impreso sobre diversos valores de
plata y bronce ibéricos (Bilbilis, Afekofatas, Baśkunes, Śekobifikes, Kelse, Kontefbia
Kafbika). Guadán interpreta esta señal como una marca de control de la producción
monetaria en todos los casos, sin embargo estamos de acuerdo con Mª P. García-Bellido
en que el situado detrás de la cabeza de los anversos de los denarios de Afekofatas puede
estar relacionado con la marca de su valor y nada tendría que ver con una contraseña o
punzón. También podría tratarse del signo silábico ku, presente en Kueliokoś, en cuyo
caso estaríamos ante la misma incógnita expresada al tratar de las marcas de valor o de
emisión.

Aparte de una o en Orosis y de unos signos aberrantes, con apariencia de púnicos, en Sekaisa, no se conocen más letras indígenas con esta función, siendo latinas las demás, como CA o CD en Kelse, VA en Bilbilis, S.C y S.S en Kese. Para Mª P. García-Bellido las de Kese, halladas en Sierra Morena junto con otras monedas y útiles mineros, hacen referencia a una Societas Castulonensis o Sisaponensis. Serían piezas transportadas en sacos desde el centro cessetano hasta Castulo, desde donde se condujeron a las minas y allí mismo se contramarcaron con el distintivo de todo el material minero.

Se puede constatar la dificultad de buscar una explicación unitaria a estos signos monetales, sean de un tipo o de otro, y tal vez la generalización no sea la solución más adecuada. Las letras latinas, y más raramente ibéricas, pudieron ser ejecutadas por la administración romana para garantizar la ley y autorizar la continuidad de uso de las piezas que habían sido retiradas del curso legal o para asignarles un nuevo valor en momentos de escasez de numerario. Otra es la explicación que da Gonzalbes a la marca ibérica exclusiva de Ofosis, como comprobante de algún pago efectuado en la propia ciudad, es decir que las monedas así señaladas funcionarían como tesserae para algún acontecimiento restringido sólo a una parte de la ciudadanía, teniendo validez exclusivamente dentro de su territorio. Como sistema de control de la producción por parte de los magistrados o responsables monetales expresándolo con su inicial o un símbolo es también factible y está documentado en la moneda griega y romana, pero es un tema todavía poco desarrollado en la moneda indígena.

# 6. LA EPIGRAFÍA

Las monedas de la *Citerior* son epigráficas, dándose solamente un caso de piezas sin leyendas que, de momento, se han atribuido a la ceca de *Abafiltur*, entre los layetanos, aparte de un divisor de la dracma de *Arse*.

El problema principal que se plantea es decidir si los epígrafes se refieren al nombre de la ciudad emisora o al área de circulación de una formación política más amplia, este segundo caso estaría bien expresado por las terminaciones en -aken, pero hay otras desinencias que pudieron representar la misma función. A diferencia de la *Ulterior* no se grabaron leyendas retrógradas (excepción hecha de *Arsetar*), estando escritas de izquierda a derecha sobre la parte inferior del cospel, bajo la figura del reverso, con algunas excepciones de letreros ocupando algún espacio del campo del anverso, por lo general topónimos y más raramente antropónimos.

Esta limitación del espacio y la dureza del soporte influyó en la tendencia a la geometrización y simetría en la incisión de los signos monetales que en otros materiales, como la cerámica, se manifiestan más descuidados.

Es probable que el sentido del epígrafe principal fuera complementado por determinados signos colocados generalmente en el anverso, coincidiendo casi siempre con las iniciales o final del anterior, como bon en las monedas de Bolskan, bel en las de Belikiom y Belaiska, born en las de Borneskon, n en las de Nertobis, cu en las de Kueliokos, además de utilizarse esta forma corta más frecuentemente en los divisores donde el espacio disponible era menor.

Otros letreros grabados sobre los anversos de las monedas tendrían funciones no siempre fáciles de explicar, como Etaon en piezas de Unambaate y Arsakos, Benkota en las de Baskunes y Bentian, Lakas en Sekotias, Bersa en Kurukuruatin, haciendo posiblemente alusión a la ciudad que acuñó para los respectivos grupos étnicos.

Este último no se descarta que se refiera al nombre del jefe de la comunidad gala. Kombouto alude casi seguro a la ciudad indígena que precedió a la Complutum de las fuentes, la capital del pueblo que aparece escrito en el reverso de las monedas. Otro caso es el de Kastu en Tufiasu, quizás apuntando hacia alguna alianza con la meridional Castulo.

Determinados letreros ibéricos de *Untikesken*, *Arse* y *Śaiti* tienen el aspecto de nombres personales, atribuyéndose por lo general a magistraturas monetales indígenas: *Eterter*, *Śerkir*, *Iskerbeleś*, *Iltirarker*, *Tiberi* y *Atabels* en *Untikesken*; *Aiubas*, *Ikorbeleś*, *Balkaltur*, *Balkakaltur*, *Biulakoś* en *Arse*; *Ikortaś* en *Śaiti*.

Representarían seguramente la misma función que los latinos de las emisiones bilingües de *Ikalesken* y de *Arse*, donde únicamente en dos casos consta la expresión del cargo.

Es seguro que pertenecieron al colegio de ediles los magistrados saguntinos CN. BAEBI GLAB y L. CALPVRN, M. FABI y M. AEMILI responsables de las emisiones de ases del último tercio del siglo II a. C. con el topónimo latino.

De idéntica forma se interpreta la asociación entre Q. VALERI y M. AE en emisiones del mismo período cronológico con el nombre indígena de la ceca. Ya en las de la centuria siguiente se presentan M. AEM y M. AEM ERCOL, Q. POPIL y M. ACIL, con Arse y SAGVNTVM, y por último L. SEMPR. VETTO asociado a L. FABI. POST. solamente con el latino.

Varios epígrafes que figuran en divisores de Arse-SAGVNTVM, como CS, CSMQ, MQ, PVCA, CAPV, C. AE, MA, MB, constituyen probablemente formas abreviadas de nombres personales, como lo serian también Q y CNF en Ikalesken.

Estos aspectos, aquí muy limitados, pueden tener un mayor desarrollo en la *Ulterior* y particularmente en las cecas como *Obulco* y *Castulo* donde se dispone de una mayor información sobre la expresión de las magistraturas ciudadanas.

A diferencia de las monedas del sur con grafía ibérica meridional en las de la *Citerior* se utilizó el alfabeto ibérico del norte o alfabeto levantino, escritura que J. de Hoz, tras analizar las analogías y diferencias entre los respectivos signarios o grafemas, considera que derivó de la meridional, utilizando en el proceso de adaptación de una a la otra, como modelo adicional y secundario, el alfabeto griego o el grecoibérico, el cual debía ser conocido por los que efectuaron la adaptación de las escrituras.

Esta forma de expresión gráfica, utilizada al menos desde el siglo IV a. C. y que aparece plenamente formada en las monedas entre el siglo III y mediados del II a. C., sirvió para trasmitir nombres de varias lenguas, no sólo la ibérica, sino también la celtibérica, gala, ligur y latina, a través de veintiocho signos monolíteros y biliteros con sus respectivas variantes epigráficas (cuadro 8).

Después de las investigaciones de J. Caro Baroja, A. Tovar. M. Gómez Moreno y más recientemente de J. Untermann y J. de Hoz, estamos en condiciones de relacionar los epígrafes escritos en este alfabeto con otros trasmitidos por las fuentes literarias y epígrafes latinos, pero no de interpretar el sentido de las palabras en los textos. Buena parte de los monetales corresponden a topónimos (Saiti, Bilbilis, Sekaisa, Tuřiasu, Bolškan) y nombres de pueblos (Untikesken, Itirkesken, Seteisken, Bařškuneš Ařeikořatikoš). Con frecuencia estos epígrafes constituyen la única fuente de conocimiento de los mismos, mientras en ocasiones permiten confirmar otros conocidos a través de los textos grecolatinos (p. c. Lutiakoš y Lutia, Šekaisa y Segeda).

En Untikesken y Arse Saiti figuran leyendas de nombres personales aislados, conteniendo la mayoría elementos propios de la onomástica ibérica que ha estudiado principalmente Albertos y Untermann. Se advierte si descomponemos los de Iskerbeles, Ikorbeles y Atabels, donde isker- forma parte de otros antropónimos peninsulares como SACAL/ISKER en Castulo e Iskeratin en las emisiones de Obulco, y -beles en Sanibelser. Neitinbeles, Iltubeles y Estopeles. En cuanto a la raíz y desinencia de Balkakatur y Balkaltuf está en Balciadin y Galduriaunin. En Aiubas se da la misma terminación que en otros antropónimos recogidos en el bronce de Áscoli y la pátera de Tivissa. De gran interés es la presencia de los nombres Luki y Tibefi en las emisiones más tardías de Untikesken, presentándose como formas iberizadas de los nombres latinos Lucius y Tiberius, lo que no resulta raro dada la temprana romanización de esta zona.

Un caso especial está constituido por la leyenda Kurukuruatin ocupando el lugar del topónimo de la ceca en monedas de la Galia, que para Albertos, sería un antropónimo, lo que puede verse confirmado por el hecho de que el elemento -atin es constituti-

	_	ALFABETO IBÉRICO DEL NORTE	
	Formas habituales	Variantes	Transcripción
1	PPP	D P R V P V	а
2	y F	*	е
3	la le	<b>"""</b>	i
4	H	Н	0
5	<b>↑</b> ↑		u
6	۸ 1	Λ Λ Λ	1
7	4 4	оррякяляко	1
8	◇ Ŷ	<b>Φ Φ Φ Φ Φ</b>	ŕ
9	۲	M N N	n (m)
10	<b>ሦ</b> ም	۲	m
11	Υ	r T	m (n)
12	5 5	2 8 8 5 4 5 8	S
13	M M	MMY	ś
14	۸۸	4 4 4 4 4 4 4 4 4 4 4 4 4 4 4 4 4 4 4 4	ka
15	< < <	E ( / F ( 4 k	ke
16	7	NIX	ki
17	X	XXX	ko
18	<b>◇</b>	00♦	ku
19	X	+	ta
20	<b>* *</b>	$\phi \phi \Diamond \phi \oplus \Theta \oplus O \emptyset$	le
21	4	¥ Y Ø	ti
22	ШΨ		to
23	ΔΔ	ΛΛΛ	tu
24	1	(-	ba
25	Ջ Ջ	8 Ω	be
26	7	P P	bi
27	* *	* X H	bo
28			ьи

Cuadro 8 Alfabeto ibérico del norte

vo de otros ya citados, además de *Iltufatin*, sobre una estampilla cerámica del Cabezo de Alcalá de Azaila, y *Adingibas*, uno de los jinetes de la *turma salluitana* del bronce de Áscoli.

Más dudosas por falta de base creemos las interpretaciones que se han hecho de determinados signos aislados como numerates, e y eba, en Untikesken, Saiti y Neronken, que pueden tener el mismo sentido que otras letras o grupos de letras a las que se les atribuye la misión de diferenciar emisiones o tal vez intervenir en el discernimiento del valor correspondiente (ver el apartado de "Marcas y contramarcas" en este mismo capítulo).

Algunos epígrafes indujeron en algún momento a erróneas atribuciones étnicas, tal es el caso de *Bilbilis*, con sufijo similar al de otros topónimos ibéricos del suroeste (*Myrtilis*, *Sacilis*, *Intibilis*), sin que hoy dudemos de su pertenencia al territorio celtibérico, por su situación geográfica como seguramente por su lengua. Son también de nombre ibérico *Calagurris*, como *Ocuris* en la Bética y *Gracurris* entre los vascones, aunque el topónimo monetal de las primeras, *Kalakorikos*, tiene apariencia celtibérica por su desinencia, lo que Untermann interpreta como una constatación de que el pueblo calagurritano, o por lo menos sus dirigentes, hablaban la lengua celtibérica en la fase previa a la latinización.

Centrándonos en el aspecto formal, hemos visto que los nombres, sean de un tipo o de otro, aparecen con unas desinencias que es importante resaltar para reconocer cuando se trata de una ciudad o de un étnico, aunque a veces no resulte demasiado claro, como se deduce de las diferentes propuestas. Caro Baroja y Tovar diferenciaron leyendas de topónimos en nominativo singular -Arekorata-, genítivo singular -Arekoratas-, de otras en nominativo plural -Arekoratikos- y genitivo plural -Sekaisakom - que correspondían a los habitantes de una ciudad o territorio. Para estos autores el nominativo singular y genitivo plural entrarían en las categorías gramaticales normales, y las otras formas en las categorías anómalas. Este genitivo plural sería una forma arcaica en -om, al estilo griego, como Emporiton, en lugar de -orum, como Saguntinorum.

Más recientemente F. Villar ha realizado una nueva interpretación de las formas gramaticales en que aparecen las leyendas monetales del territorio celtibérico, utilizando principalmente argumentos lingüísticos. Así ha identificado distintas leyendas que se corresponderían a su vez con las fórmulas onomásticas y sus funciones sintácticas, individuo, nombre de familia, filiación y *origo*. Su propuesta queda resumida así:

- 1) leyendas en nominativo singular en -os, -a. -is y -u
- 2) en genitivo singular en -o. -as y -oś
- 3) en genitivo plural en -um
- 4) en ablativo singular en -as, -us, -is y -cs
- 5) en nominativo/ acusativo neutro singular temático en -om

No acepta la categoría de nominativo plural de Tovar en -os y -os, por no disponer de apoyo tipológico, fonético, dialectal o sintáctico-distribucional. Por otra parte, distingue epígrafes completos de otros abreviados o incompletos. Su propuesta es que según la ter-

minación, los epígrafes completos pueden ser topónimos o adjetivos de un étnico. Entre los topónimos hay nominativos en singular de temas femeninos en -a (Ařekořata, Benkota, Eřkauika, Kaiškata), masculinos en -oś (Śekišamoś, Louitiškoś), neutro (Řotuřkom, Tefkakom), en oclusiva (Neřtobiš) o temas en -u (Buršau, Tuřiasu). Otros topónimos apatecen en ablativo singular (Kařalus, Aratis, Ořošis, Bilbilis, Ontikes, Baškunes, Šekobiříkes).

Es opinión del mismo autor que determinados topónimos deban ser interpretados como formas abreviadas del nominativo/acusativo o ablativos en singular de una forma neutra, como Oilaune, Kombouto, Neftobi, es decir formas en -e, en -o, y en -i. Más difíciles de explicar son las terminaciones en -u como Oilaunu y Kolounioku, que podrían ser formas plenamente escritas, genitivos plurales a falta de la -m final, o ablativos singulares a falta de la -s.

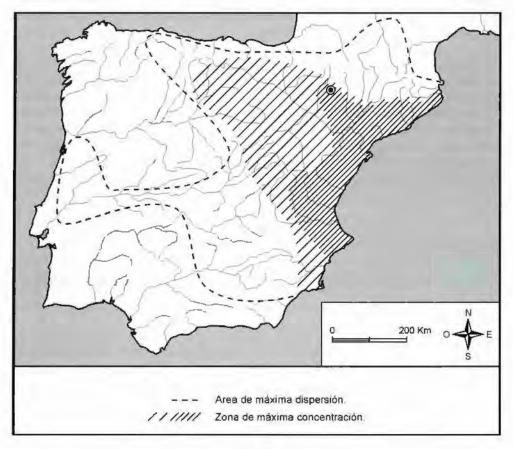
Los adjetivos étnicos pueden mostrarse, como en los epígrafes en lengua griega, en genitivo del plural (*Metuainum*). Más frecuentemente en nominativo singular masculino (*Ařekořatikoš*, *Kalakorikoš*) o neutro (*Belaiškom*, *Belikiom*) concertado con un sustantivo que podía ser "moneda" o palabra similar que justificara la alternancia de formas epigráficas en los dos géneros, masculino y neutro.

Geográficamente se puede observar una distinta repartición de la toponimia: formas en **-kos** hacia el sector noroccidental del área con epígrafes monetales celtibéricos (el valle alto del Ebro y las actuales provincias de Navarra. Logroño, Burgos, además de una parte de las de Soria y Zaragoza), y terminaciones en **-kom** hacia el sector suroriental (la parte oeste de las provincias de Zaragoza, Teruel, Cuenca y parcialmente las de Guadalajara y Madrid) y una zona de transición entre Zaragoza y Soria, posiblemente entre el Alto Duero y la Cuenca del Jalón.

## 7. LA CIRCULACIÓN MONETARIA: LOS HALLAZGOS COMO FUENTE DE INFORMACIÓN

El ámbito de circulación de las monedas se puede deducir a partir de los hallazgos aislados, de los procedentes de niveles arqueológicos y de los tesoros u ocultamientos relacionados habitualmente con momentos de inseguridad. Éstos últimos pueden contener monedas indígenas y monedas romanas, ya sean separadas o juntas, y los más antiguos además monedas de las colonias griegas. La primera deducción que se deriva del estudio de los hallazgos, cualquiera que sea su procedencia, es el distinto comportamiento de los valores de bronce de los de plata repartidos por el territorio hispano. De un modo global se constata que el movimiento de las monedas de bronce de un taller estuvo restringido a su entorno inmediato, a excepción de aquellas cecas cuyo volumen de acuñación fue mayor o cuyas piezas, por determinadas circunstancias, se vieron sometidas a desplazamientos a larga distancia, no implicando necesariamente el de los usuarios de las monedas, siguiendo éstas su curso normal una vez introducidas en el circuito comercial. Puede ser la explicación de la presencia de algunos ejemplares de bronce celtibéricos cerca de los centros mineros de la Bética y Lusitania.

La plata manifiesta un comportamiento diferente dibujándose dos orientaciones: los denarios de las cecas celtibéricas se dispersaron principalmente por los valles alto y medio del Ebro y del Duero, mientras que los de las sedetanas, mezclados con los de los talleres litorales, mostraron preferencia por el valle medio e inferior del Ebro y la costa mediterránea. Pocas cecas de las que acuñaron denarios alcanzaron otros ámbitos peninsulares como la cuenca baja del Tajo y el valle del Guadalquivir, es el caso de Arsaos, Sekia, Śekobiŕikes, Tuŕiasu, Konteŕbia Kaŕbika, Belikiom e Ikalesken, siendo especialmente significativa la dispersión del numerario de Bolśkan (mapa 13).



Mapa 13

La circulación monetaria de la ceca de Bolskan

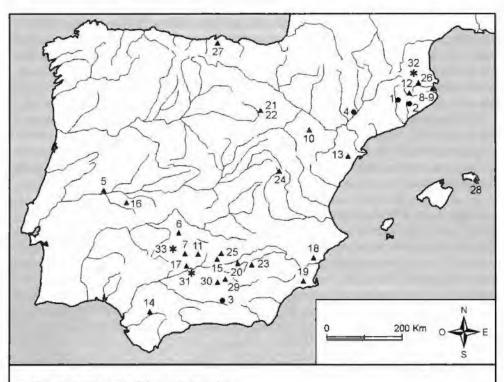
La proyección, mayoritariamente local, del bronce es explicable por las preferencias de cada núcleo a producir sus propias monedas por motivos diversos, ya sean de tipo político como una señal de independencia o de prestigio, o por razones de provecho para la civitas facilitando el intercambio interno con otras comunidades. El movimiento de la plata, en cambio, estuvo sobre todo en función del afianzamiento de los romanos en el país, ya que los impuestos y exacciones se libraban en este metal y las inversiones consustanciales a la propia conquista precisaban de las amonedaciones hispanas cuando la producción de la ceca de Roma no flegaba a las provincias, como lo atestigua la composición de los tesoros. Tampoco hay que olvidar el uso que las amonedaciones de plata pudieron tener para las propias relaciones comerciales de los iberos y celtíberos.

Volviendo a los hallazgos recuperados en el curso de excavaciones arqueológicas y los tesoros con moneda romana, hay que admitir que su valor documental es mayor debido sobre todo a sus posibilidades de datación y, en buena parte, a la seguridad de su localización. En los primeros por la presencia de otros materiales coetáneos y en los segundos por las monedas romanas asociadas. Unos y otros pueden facilitar un terminus unte quem y post quem de referencia al momento en el que se produjo la deposición y, en consecuencia, una cronología aproximada de las emisiones de la Citerior. A partir de las tesaurizaciones, además, se pueden extraer algunos datos de interés sobre las razones de la dispersión de las amonedaciones por áreas concretas.

El punto de partida de estas acuñaciones se sitúa en el último tercio del siglo III a. C. Son las dracmas indígenas, cuyos centros de producción debieron estar cerca de las primeras cecas ibéricas que se pusieron en servicio a renglón seguido, como *Arse, Saiti, Kese, Iltifta* y *Untikesken.* Junto a éstas estuban las cartaginesas e bispano-cartaginesas, además de los *euadrigati, victoriati* y *denarii.* La cantidad de moneda, sobre todo de plata, que se encontraba en circulación por entonces, estaba justificada por la financiación los gastos de la guerra púnica por parte de los respectivos contendientes, sin excluir su uso para los intercambios comerciales propios.

A partir de la llegada de M. Porcio Catón en el 195 a, C. se creó una nueva situación, pasando la amonedación indígena de plata a desempeñar una función importante en el terreno fiscal, si nos atenemos a las referencias a las tributaciones de los pueblos vencidos por parte de las fuentes. Los hallazgos corroboran la escasa presencia de la moneda republicana en el territorio ibérico y celtibérico hasta mediados del siglo. Ilegando solamente con cierta fluidez a las áreas más romanizadas, ésto es al litoral y más concretamente al área levantina, donde menos cecas indígenas se instalaron. Precisamente son los centros más cercanos a la costa o los ilergetes los que facilitaron el numerario de plata y bronce hasta el 133 a, C., alcanzando algunos, como *Iltirita*, el valle medio del Ebro y la Celtiberia. Sin embargo, posteriormente a esta fecha, se produjo un fenómeno a la inversa ya que en las áreas del interior aparecieron muchos talleres, algunas de cuyas monedas salieron además hacia el litora).

Algunas ocultaciones producidas en estas fechas, aunque escasas, son significativas para confirmar lo que decimos, así la del Alt Empordà que contiene monedas ibéricas sola-



- · Tesoros con moneda ibérica únicamente.
  - 1.- Balsareny (Barcelona)
  - 2.- Cánoves (Barcelona)
- ▲ Tesoros de composición mixta:
  - 5.- Idanha a Velha (Castelo Branco, Portugal)
  - 6.- Almadenejos (Ciudad Real)
  - 7 Almádenes de Pozo Blanco (Córdoba)
  - 8 Ampurias (Gerona) 1947
  - 9 Ampurias (Gerona) 1972
  - 10 Azuara (Zaragoza) 1890
  - 11.- Azuel ( = Villa del Rio) (Córdoba)
  - 12.- Barroca, La (Gerona)
  - 13.- Borriols (Castellón)
  - 14 Carissa (Bornos, Cádiz)
  - 15 Carolina, La (Jaén)
  - 16 Castra Caecilia (Cáceres)
  - 17 Córdoba 1959

3 - Granada 1958

4 - Lérida

- 18 Crevillente (Alicante) 19 - Fuente Álamo (Cartagena, Murcia)
- 20 Mogón II (Villacarrillo, Jaén) 1914
- 21 Numentia I (Soria)
- 22 Numantia II (Soria)
- 23.- Oliva, La (Jaén) 1861
- 24 Salvacañete (Cuenca)
- 25.- Santa Elena (Jaén) 1903
- 26 Segaró (Beuda, Gerona)
- 27.- Soto Iruz (Santander)
- 28 Torrelló d'en Cintes (Menorca)
- 29 Torres ( = Cazlona) (Jaén)
- 30 Villares, Los (Jaén)
- \* Tesoros de composición mixta y localización incierta:
  - 31 Marrubiales de Córdoba ( = Córdoba 1916)
  - 32 Alt Emporda (Gerona) 1987
  - 33 Centenillo, El (Jaén) 1929

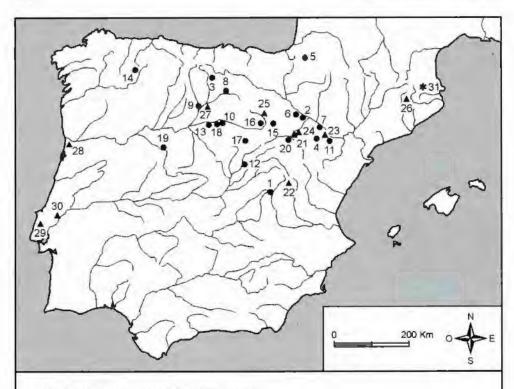
mente de *Untikesken*. Además de los hallazgos que se centran en los años 154 y 133 a. C. cuando la península se estaba debatiendo entre las guerras celtibéricas y lusitanas, en concreto los que provienen de los campamentos numantinos, ya fueran los erigidos en la Gran Atalaya o Renieblas o los de Escipión. En todos ellos aparecieron monedas romanas mezcladas con las indígenas (mapa 14).

El campamento III de Renieblas aportó piezas de *Untikesken, Kesc, Arse, Sesars* y *Sekaisa* junto con denarios y victoriatos romanos que, en teoría, determinaron su escondite hacia el 160 a. C. No obstante, siguiendo a Crawford, es preciso hacer una matización porque el desgaste que presentan todas las piezas, incluidas las romanas, sugiere que efectivamente el ocultamiento podría ser posterior a las fechas que marcan los últimos denarios, ésto es, que pasó cierto tiempo entre su acuñación y la llegada al campamento cuya construcción, fechada hacia el 153 a. C., hay que relacionar con la segunda guerra celtibérica. Esta data constituye además una buena referencia para las emisiones presentes en el conjunto, y más en concreto las de bronce de *Sesars* y las de *Sekaisa* con el *signifer* en el reverso y, probablemente, podría serlo también para los denarios con la misma tipología de ambas cecas. Un conjunto donde están hien representadas las series de plata de *Sesars* es el de Lleida (antes llamado de Hostalrich) que, a pesar de la incertidumbre que ha rodeado su descubrimiento y localización exacta, se atribuye actualmente a este mismo período.

Otra información proviene del campamento base de Escipión levantado en la circunvalatio de Numancia. Parece que una buena parte de los talleres del valle medio del Ebro y de la Celtiberia estaban activos en los años que transcurrieron entre el asedio de la ciudad y su destrucción y, con mayor certeza, los de Arsaos. Baskunes. Bolskun, Sekia, Seteisken, Iltirta, Sekaisa y Belikiom, puesto que la composición de la ocultación comprendía en su mayoría monedas de bronce de estas cecas, además de un denario forrado de Bolskun. No hay representación, sin embargo, de las de fuera del territorio.

Los tesoros escondidos en torno al 104 a, C. por el área de Cataluña se han relacionado con las incursiones de los cimbrios en la península, tras derrotar al ejército romano y atravesar los Pirineos por su parte oriental. Sobre tal suceso y la ruta que debieron seguir hasta ser reducidos por C. Mario en la Celtiberia, las únicas referencias escritas son las que reconocen a los celtíberos como sus vencedores. Los hallazgos, algunos sólo con moneda indígena del área oriental y otros con denarios romanos, están localizados la mayoría por las actuales provincias de Girona y Barcelona y constituyen una fuente de gran valor para documentar sus movimientos y la inseguridad que estos pueblos germanos provocaron entre la población (Cartellà, Sant Llop, Sarrià, Segaró, Baix Llobregat, Balsareny, Canoves), siendo además probablemente el motivo del levantamiento de las murallas de Emporion y Baetulo.

Ciertas ocultaciones se fijan en el tránsito del siglo II al I a. C., como consecuencia de las revueltas celtibéricas documentadas entre el 98-94, reprimidas con dureza por los gobernadores P. L. Craso y T. Didio y, un año más tarde, por C. Valerio Flaco. Los tesoros se han localizado sobre todo por la Bética (Azuel-Villa del Río, en Córdoba, Carissa



- Tesoros con moneda ibérica únicamente.
  - 1 Abia de la Obispalia (Cuenca)
  - 2.- Alagón (Zaragoza)
  - 3 Amaya (Burgos)
  - 4 Azuara (Zaragoza) 1865
  - 5 Barcus (Basses Pyrénées, Francia)
  - 6 Borja (Zaragoza)
  - 7 El Burgo de Ebro (Zaragoza)
  - 8 Burgos
  - 9.- Cerro de la Miranda (Palencia)
  - 10.- Fuentecen (Burgos)

- 11 Hijar (Teruel)
- 12.- Muela de Taracena (Guadalajara)
- 13.- Padilla de Duero (Valladolid)
- 14 Peranzanes (León)
- 15.- Pozalmuro (Soria)
- 16.- Quintana Redonda (Soria)
- 17.- Retortillo (Soria)
- 18 Roal (Burgos)
- 19.- Salamanca
- 20. Valdeherrera (Calatayud, Zaragoza)
- Tesoros de composición mixta:
  - 21 Aluenda (Zaragoza)
  - 22.- Arcas (Cuenca)
  - 23 Azaila (Teruel)

  - 24 Maluenda (Zaragoza)
  - 25 Numantia III (Soria)
- 26 Oristà (Osona, Barcelona)
- 27.- Palenzuela (Palencia)
- 28.- Romariz, Castro de (Aveiro, Portugal)
- 29.- Santana da Carnota (Alenquer, Portugal)
- 30 Torres Novas (Portugal) 1908
- Tesoros de composición mixta y localización incierta:
  - 31 Alt Empordà (Gerona)

en Cádiz, Idanha-a-Velha, en Castello Branco), comprendiendo principalmente denarios de Kese, Iltirta, Bolskan, Arekoratas, Turiasu e Ikalesken, además de otras cecas vasconas y celtíberas. Los de Almadenejos, Salvacañete, El Centenillo, La Oliva, La Carolina, entre otros, pudieron estar relacionados con los mismos bechos, a pesar que los denarios consulares los fechan en torno al año 100 a. C. Es posible que éstos permanecieron circulando un tiempo después de haber sido acuñados, ya que, en los primeros años del siglo 1 a. C., la moneda oficial apenas llegaba a las provincias o lo hacía con retraso; en tal caso el ocultamiento debió producirse algo más tarde de la fecha referida.

Hay una serie de escondrijos repartidos por la Meseta y valle medio del Ebro, en los que apenas intervienen piezas romanas, que se atribuyen al conflicto sertorio-pompeyano (80-72 a. C.). Sobresale en su composición monedas de cecas locales (*Bolškan*, *Tufiasu*, *Śekaisa* y *Śekobirikes*) y tan apenas de otras áreas, lo que puede ser efecto de la política sertoriana de potenciación de ciertos talleres. Efectivamente sabemos que Sertorio se apoyó en los talleres locales para cubrir sus gastos militares y administrativos, en tanto que Q. Cecilio Metelo y el propio Pompeyo Magno, además de su propia fortuna, se sirvieron de la moneda republicana para financiar los suyos. Alguna de estas emisiones, a juicio de Crawford, pudo ser parcialmente acuñada en *Hispania* por grabadores itinerantes. Los tesoros que podemos datar con mayor seguridad se atribuyen a la fase más álgida del conflicto.

Sertorio trató de consolidar su posición hegemónica en la línea del Ebro, estableciendo en el 77 a. C. su campamento en Castra Aclia y asegurándose las plazas de Kontrebia Leukade (Inestrillas, Logroño), Calagurris Nassica (Calahorra, Logroño), Ilerda y Osca, Sin embargo su éxito se vio empañado momentáneamente por la llegada de Pompeyo a la Celtiberia, que estableció su sede en Pompaelo (quizás sobre la indígena Baskunes) y arrebató varias ciudades a su enemigo.

Estos últimos años de los combates entre ambos contendientes están documentados a través de diferentes atesoramientos distribuidos principalmente a lo largo de la línea del Duero y del Ebro (Aluenda, Maluenda, Quintana Redonda, Roa, Palenzuela, Padilla del Duero) (mapa 15).

Por último, son escasos los hallazgos con moneda ibérica o celtibérica que pueden atribuirse con seguridad al período de las guerras civiles entre César y los pompeyanos (49-45 a. C.), quizás los del Centenillo y Mentesa en Jaén y Lliria en Valencia. Otros son más tardíos, como los de Arrabalde (Zamora), Tiermes (Soria), Ablitas (Navarra) y Villar del Álamo (Cuenca), representando en general un testimonio de la circulación residual de algunas de las cecas más productivas, como Arsaos. Bolskan, Sekobifikes y Tufiasu; y en el de Ablitas también de Bilbilis y Kelse, El del Villar del Álamo, que llega hasta el año 2 a. C. ofrece además la particularidad de que en él tanto los denarios romanos, consulares y augusteos, como los ibéricos de Bolskan, llevan contramarcas para ser reutilizados (mapa 16).

Del desarrollo anterior se puede inferir que nuestro conocimiento acerca del movimiento del numerario es muy parcial, estando ceñido a momentos y sucesos muy concretos: las guerras celtibéricas, la penetración de los cimbrios, las sublevaciones de los pueblos celtibéricos y lusitanos, la pugna sertoriana y la *Ulterior* entre César y los pompeyanos, y algunos hallazgos ni siquiera podemos atribuirlos con seguridad a un período concreto (mapa 17).



Mapa 16

Tesoros con moneda ibérica de la Citerior. Ocultaciones durante la segunda mitad del siglo I a. C.

Conocemos los detalles a través de los geógrafos e historiadores clásicos, además de la documentación que aportan la arqueología y los atesoramientos. Es probable que durante los períodos de paz o de estabilidad que se sucedieron entre unos y otros conflictos, no siendo posible ademas atribuir con seguridad ciertos hallazgos a un periodo concreto las monedas, producidas en menor volumen por no haber tales gastos militares, siguieran conservando la función de medio de cambio y de prestigio entre las propias poblaciones indígenas, reduciéndose su ámbito de dispersión al área de influencia de la ciudad o del grupo. Esta hipótesis resulta difícil de confirmar de no mediar investigaciones arqueológicas en los núcleos o yacimientos donde se ubicaron las cecas que determinen la situación y asociación de las monedas.



Mapa 17
Tesoros con moneda ibérica de la Citerior. Ocultaciones de cronología indeterminada

## 8. LA CRONOLOGÍA Y FUNCIÓN DE LAS MONEDAS IBÉRICAS Y CELTIBÉRICAS

Aunque los hallazgos constituyen la principal fuente de información para establecer la cronología y ordenación de las series indígenas, el principal debate continúa centrado en definir el momento en que aparece el sistema monetario ibérico y su moneda emblemática, el denario. Hasta la fecha que marcan las primeras ocultaciones, mediados del siglo II a. C., no tenemos constancia física de su existencia, convirtiéndose en habitual sólo a partir de entonces (anteriormente había la dracma de imitación). Livio, cuando escribe sobre el período de la conquista y organización administrativa de *Hispania*, alude al metal amonedado indígena únicamente hasta el año 179 a. C. El nacimiento se produjo entre estas dos fechas de referencia.

El momento de introducción de esta moneda, por consiguiente, está relacionado con la situación precaria en la que las finanzas de la República se habían quedado una vez concluida la primera guerra púnica. Este proceso es el que define la función que el denario, y en general toda la moneda indígena, pudo tener cuando Roma se vió de nuevo implicada en un segundo conflicto tras la declaración de guerra que supuso el ataque de Aníbal a Sagunto, en el 219 a. C., incumpliendo el tratado por el que se fijaba el *Hiberus* como límite de influencia entre las dos potencias en la península.

Recabar metal y moneda de las comunidades ibéricas y celtibéricas fue fundamental. al menos durante los siete primeros años del conflicto bélico, para atender las obligaciones financieras que se derivaban de su presencia en Hispania y cuando los impuestos implantados, todavía irregulares, no eran suficientes, como lo demuestran las diversas referencias escritas de peticiones de frumentum, vestimenta y stipendium. Desde el 209 a. C. la situación varió como consecuencia de la conquista de Cartago Nova, que abría la posibilidad de explotar las minas de la zona, aparte de percibir nuevas contribuciones de las poblaciones que se iban conquistando y se convertían de esta forma en estipendiarias de Roma, Según Livio, en el 206 a. C., Escipión trasladó a Roma una cantidad de signati argenti magnum numerum valorada en 1,204,728 denarios romanos (XXVIII, 38, 5-6), sólo superada cinco años más tarde por la de L. Cornelio Lentulo que alcanzó la suma de 6.081.600 denarios (XXXI, 20, 7). Es a partir de Catón cuando los magistrados que administraban las provinciae comenzarán a mostrarse seguros de poder soportar los gastos militares y administrativos sin depender de suministros exteriores, aunque las mismas fuentes recogen las reclamaciones de los populi hispanos delante del senado romano ante los abusivos impuestos en trigo o en moneda, a conveniencia del gobernador de turno. Para entonces ya debían estar instituídos los impuestos de carácter fijo, los vectigalia y stipendia, que continuaron percibiendo los Gracos.

Mientras duró la conquista, la moneda indígena tuvo también una función fiscal. Las recaudaciones (por lo menos las extraordinarias) se efectuaban en moneda de plata -o lingotes de metal- cuyo destino principal era hacer frente a los pagos oficiales, las soldadas y los salarios de los empleados públicos. Según las estimaciones de R. Knapp y M. Crawford

los ingresos contabilizados de esta forma fueron de gran magnitud, y los conseguidos entre los años 206 y el 169 a. C. rondaron los 96 millones de denarios, procedentes de los impuestos (11,400,000 denarios), los botines (47,000,000 denarios) y el metal de las minas en explotación (38,000,000 denarios). Si tenemos en cuenta que los gastos se calculan sobre unos 70,000,000 denarios, la ganancia real que obtavo Roma debió ser de 26 millones de denarios, unos 700,000 denarios anuales, lo que significa un volumen de producción monetaria de las provincias hispanas muy elevada para esos años.

Dos cuestiones surgen de estas consideraciones: en qué moneda se recaudaron las tasas, fueran extraordinarias o regulares, y cómo se realizaron los pagos, en particular los de tipo militar.

Las únicas menciones al numerario indígena se encuentran en Livio que expresa la composición de los botines que algunos magistrados se llevaban al término de su mandato interviniendo en ellos, aparte de los signati denarium y bigatorum, diversas cantidades de metal infecti o sin acuñar y moneda "oscense", o sea los signati argenti, oscensis argenti o signati oscensis nummum. Corresponden a diferentes anualidades entre el 195 y el 179 a. C. El primer año, M. Helvio, procónsul de la *Ulterior*, se llevó el equivalente a 1.373.950 denarios romanos, de entre ellos se especifican 119.439 oscensis argenti (Liv. XXXIV. 10, 4), y Q. Minucio Tremo, pretor de la *Citerior*, sustrajo cerca de 3.274.200 denarios, de los que 278.000 eran oscenses (Liv. XXXIV. 10, 6-7). Las cantidades que M. Porcio Catón confiscó, siendo cónsul de la misma província un año más tarde, están valoradas en 4.174.200 denarios, incluidos 540,000 oscensis argenti (Liv. XXXIV. 46, 2). Finalmente, en el 179 a. C. Q., Fulvio Flacco obtuvo dela *Citerior* un botín menor, de 329.440 denarios, de los que algo más de la mitad eran signati oscensis nunmum (Liv. XL, 43, 5).

Estas menciones del autor latino han dado lugar a interpretaciones diferentes y controvertidas, haciendo pensar a Th. Monmiscin y a otros autores decimonónicos que se trataba del denario de *Bolskan*. No es razonable pensar que una sola ceca batiera tales cantidades de metal. Descartado ésto, las opiniones se han dividido entre identificar el *argentum oscense* con las dracmas indígenas de imitación emporitana o con el conjunto de monedas de plata no romanas que circulaban en estos años. La primera propuesta fue defendida por M. Gómez Moreno y J. Amorós principalmente. La segunda, sustentada por M. Campo y P. P. Ripollès entre otros, se apoya en que los romanos dividían las monedas por lotes antes de trasladar los botines, separando expresamente las suyas del resto. De ser así, Livio estaría usando en su texto un término genérico para incluir todas estas amonedaciones no romanas. Pero sigue habiendo materia de discusión. Como Mº P. García-Bellido observa, no conocemos cuál era el término original recogido en los anales consultados por el tratadista romano que, con toda probabilidad, era otro dada la ausencia de denarios de *Bolskan* o de otra ceca ibérica en las ocultaciones entre la época de Catón y mediados del siglo.

Por lo que se refiere a la pregunta planteada más arriba sobre la especie monetaria utilizada en las recaudaciones y en los pagos, es razonable pensar que las exacciones extraordinarias, orientadas principalmente a las necesidades militares, se realizaran en monedas de plata (dracmas hasta la institución del denario ibérico y en esta moneda a partir de entonces), pudiéndose pagar las soldadas también en monedas de bronce romanas (cuando las había) e ibéricas (si aquellas no llegaban), lo que, a juicio de M. Crawford, justificaría la presencia de éste último en los campamentos numantinos.

En definitiva, las propuestas sobre la fecha de inicio de las acuñaciones ibéricas se sitúan entre la segunda década y mediados del siglo segundo antes de la Era. Crawford, defensor en un principio de su comienzo hacia el 180 a. C., retrasa la del denario a los años cincuenta sobre la base de la información de los tesorillos y contextos arqueológicos de entonces y sostiene que el bronce podría haber comenzado a batirse algunos años antes que aquél, a juzgar por el desgaste de las piezas.

La cronología alta, no obstante, que ya antes había sido sugerida por Gómez Moreno, es secundada actualmente por algunos de los investigadores que se han ocupado del tema, como F. Beltrán y Mª P. García-Bellido, proponiendo el 180 a. C. como fecha del cambio de moneda. De modo que el inicio del denario ibérico coincidiría con la normalización del impuesto por parte de los Gracos y la obligación de su liquidación en moneda si los pretores no deseaban el pago en especie y el papel de eslabón entre unas y otro lo ejercería la dracma de *litirtasalirban* -muy ligada a los denarios de *Ausesken e litirta-*. Es opinión de la autora que los gobernantes utilizaron en un primer momento el denario romano para establecer la *aestimatio frumenti*, es decir, la equivalencia entre el impuesto frumentario y el metálico, al ser menos pesado que la dracma. Ésto podría explicar la preferencia de las ciudades indígenas por pagar con una moneda propia equivalente a la unidad de cuenta utilizada por los romanos, a fin de evitar abusos en las reconversiones, siendo probablemente esta razón la que influyó en el peso algo más elevado que el denario ibérico tuvo en sus inicios, próximo al romano pesado.

En suma, la diferencia entre las distintas propuestas se fundamenta en la interpretación de unas fuentes escasas y poco explícitas. Ahora bien, si nos atenemos estrictamente al análisis estilístico o tipológico de los cuños, los sistemas ponderales y sobre todo la información que proporcionan los hallazgos, la cronología que se puede esbozar por el momento para las acuñaciones integradas ya dentro del sistema monetario ibérico, es la siguiente:

Las cecas de Arse. Śaiti, Untikesken, Kese e Iltirta pudieron iniciar sus emisiones en torno a mediados del siglo II a. C., juntamente con los talleres de Ausesken, Laiešken, Ilturo, Śekaisa, Sesars, Arekoratas, Seteis y. con escasa diferencia, los de Bolskan, Sekia y Kelse.

En distintos momentos de la segunda mitad del siglo se fueron incorporando las demás ceeas edetanas, ausetanas, layetanas, las vasconas y gran parte de las celtibéricas.

Por último, en la transición al siglo I a. C., se añadieron las de Iaka, Saltuie. Alaun, Iltukoite, Lakine, Otobeśken, Śekobirikes, Kalakorikoś, Kolounioku y Tamuśia

La actividad monetaria debió concluir en su mayor parte en el primer cuarto del siglo La, C., probablemente después de las guerras sertorianas, y sólo unas pocas cecas volvieron a emitir con letreros bilingües hacia mediados: las Arse. Saiti, Kili y Kelse, y la única

emisión de *Usekerte*. Es decir que, tras la pacificación, en el 72 a. C., los talleres redujeron drásticamente sus emisiones o desaparecieron, disminuyendo por consiguiente la masa circulante en todo el ámbito de la *Citerior*. Ripollès explica esta reducción como un signo de castigo a las ciudades que se pusieron del lado de Sertorio. Pero otra razón pudo ser también la desaparición de los motivos que habían influido en la puesta en marcha de las acuñaciones, la guerra y la excesiva moneda que había en circulación, no siendo imprescindible efectuar nuevas series hasta que apareció un nuevo conflicto en tiempo de César. Ello no fue obstáculo para que ciertas piezas ibéricas continuaran circulando durante algún tiempo, coexistiendo incluso con las de época imperial. Pero ésto es ya otra historia.